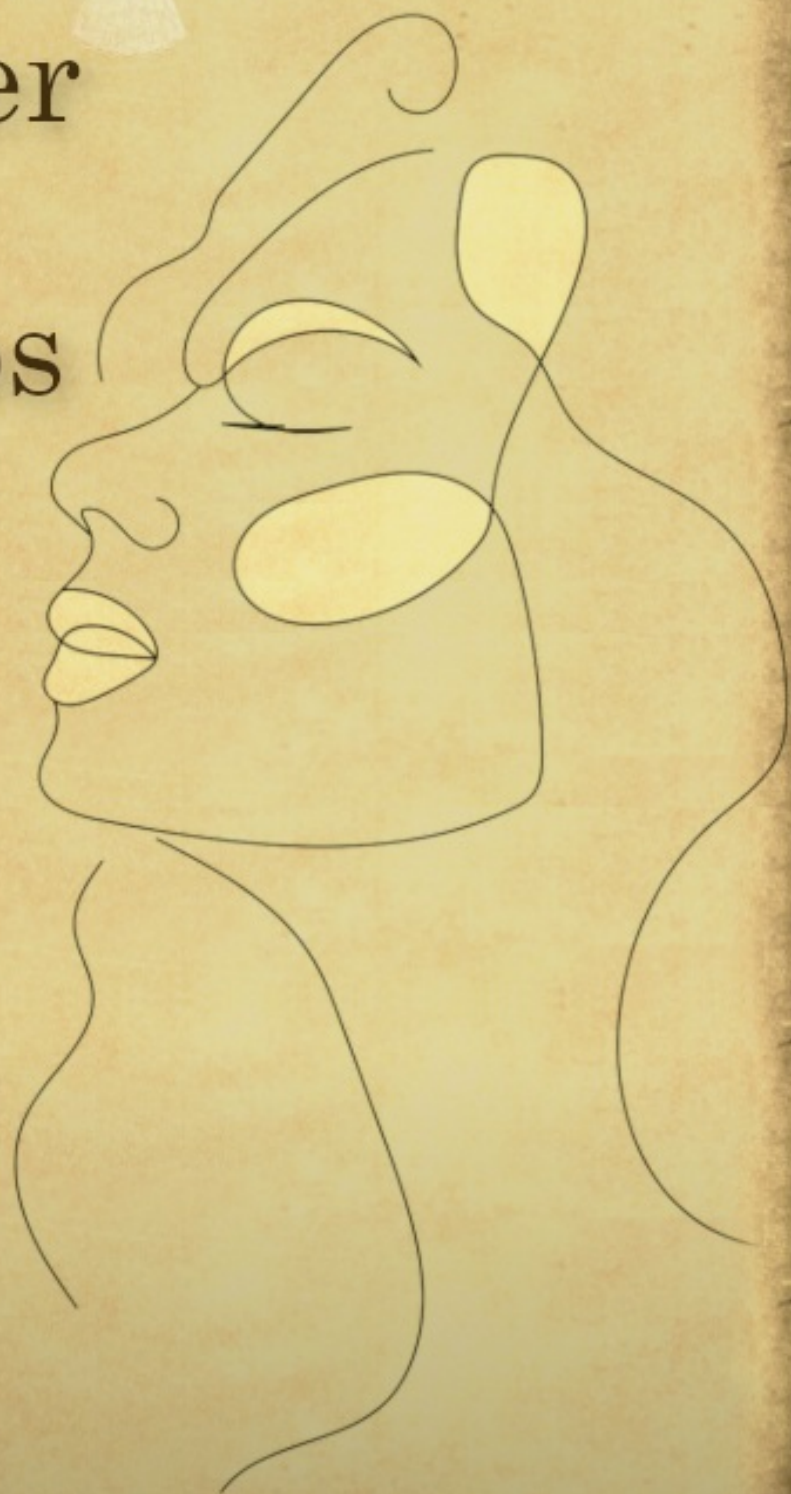


María del Pilar Sinués

La Mujer
en
Nuestros
Días



E LEJANDRIA

LIBRO DESCARGADO EN WWW.ELEJANDRIA.COM, TU SITIO WEB DE
OBRAS DE DOMINIO PÚBLICO
¡ESPERAMOS QUE LO DISFRUTÉIS!

LA MUJER EN NUESTROS DÍAS

MARÍA DEL PILAR SINUÉS

PUBLICADO: 1878

FUENTE: BIBLIOTECA HISPÁNICA DE LA BNE
EDICIÓN: AGUSTÍN JUBERA (ESTAB. TIP. DE M.
MINUESA), MADRID

ÍNDICE

La mujer en nuestros días

DOS PALABRAS Á MIS LECTORES.

LA MUJER EN NUESTROS DIAS, PARTE PRIMERA

LA MUJER EN NUESTROS DIAS, PARTE SEGUNDA

Notas

DOS PALABRAS Á MIS LECTORES

Al leer la primera carta de la colección que publicaba en *Le Moniteur des Dames* una ilustre señora francesa, comprendí cuán útil es este método para tratar el importantísimo asunto de la educación de la mujer, y cuán bien se graban con él en su alma las sanas lecciones de la moral.

Sin que tenga el mérito de la autorizada pluma de la señora Condesa de Bassanville, que es la dama á que aludo, mi pluma ha procurado tratar algunas cuestiones importantes para la sociedad en general y para la familia en particular, descubriendo llagas que parecen pequeñas á primera vista, pero que son en realidad grandes y dolorosas.

Para mi sexo he escrito siempre desde el principio de mi vida literaria; he procurado hacerle ver que la virtud es amable, que el camino recto es el más fácil y el más dulce, y que la tranquilidad de una conciencia pura es la sola dicha positiva de la tierra.

Si esto libro enseña alguna consoladora verdad á mis lectoras; si las entretiene en sus horas de soledad; si las consuela en sus días de dolor, esa será la más dulce, la más preciosa recompensa que por él pueda alcanzar.

LA AUTORA.

Madrid 6 de Julio de 1875.

LA MUJER EN NUESTROS DIAS

PARTE PRIMERA

I

MADRID DE 18....

Con el corazón aún oprimido del dolor que me ha causado el tener que separarme de ti, te escribo, Julia mia, para asegurarte de mi afecto y de mi ternura: yo habia creído poder terminar mi existencia á tu lado; deseaba cumplir el sagrado encargo de tu madre moribunda, que te puso en mis brazos cuando apenas contabas dos años, y me exigió que velase por ti y ocupase su sitio para contigo; pero la muerte de mi hermana, que ha dejado dos huerfanitas, me arrancó de ahí y me envió á esta gran poblacion donde hay muchas cosas bellas, pero donde no estás tú.

Me dices que vendrás conmigo, ya que yo no puedo dejar á mis pobres niñas; mas eso es imposible, hija mia; tu sitio se halla al lado de tu padre, al lado de tus hermanitos; Octavia y Fernando te necesitan; tu padre merece todo tu amor y todo tu respeto; ¿quién cuidará de ese hogar si tú le abandonas? ¡Cuán triste se pondria tu madre en la sagrada mansión que habita, al ver que así faltabas á todos tus deberes! ¿Y yo cumpliría con el mio, separándote de lo

que más debes amar en la tierra por un sentimiento personal y egoísta? Hija mía, llenemos cada una nuestro deber, y cree que en su cumplimiento reside la única dicha de este mundo; todo es efímero, todo pasa, todo se gasta y fenece; solo vive la paz del alma y la tranquilidad de la conciencia, que no nos dejan hasta la tumba, y que nos sirven de dulce compañía en el trayecto de la vida.

El afecto que te consagré desde el día que te tuve en la pila bautismal, no te faltará jamás, mi querida Julia; yo te diré en mis cartas de que modo debes conducirte en esa pequeña pero agradable población en que vives, y así sentiremos ambas mucho menor el vacío doloroso de la ausencia: consúltame cuanto quieras sin temor, y del mismo modo que lo harías á tu madre.

El solo fin de mi vida es la felicidad de las huérfanas de mi pobre hermana, y la tuya; he perdido á mi esposo y á mis hijos y solo vosotras me quedáis; yo quiero preparar y asegurar tu dicha, en tanto cuanto esto pueda depender de mí: «la dicha, dicen algunos, es una quimera que se persigue en la juventud, con el fin de alcanzarla para nosotros mismos, y que se anhela en la madurez de la vida para las personas que amamos;» ésto es un sofisma que se convierte en una verdad, solo cuando se busca la dicha donde no puede encontrarse; es decir, fuera cada uno de sí mismo, y en combinación de acontecimientos y de intereses que engañan siempre; la felicidad está con nosotros y depende absolutamente de nosotros, de nuestro carácter, de nuestra educación y de nuestra fuerza moral. ¡Pobre niña! eres muy joven y ya pesan sobre tí muy sérios y muy graves deberes: consolar á tu padre, educar á tus hermanos y velar por ellos, sostener las relaciones de la casa y de la familia del mismo modo, con la misma cortesía, exactitud y buen tono que eran en tu madre proverbiales y que la conquistaban tantas y tan verdaderas simpatías; ¡y todo esto á los diez y seis años!

Por eso, cuando me pides consejo, debo yo darte cuanto está en mi mano ofrecerte; mi experiencia y el afecto que desde la cuna te profeso.

El programa que al separarme de ti me trazaste, es, sin embargo, bastante extenso; le he repasado sonriendo y he visto que me impones un trabajo asiduo y difícil; quieres que te hable de la sociedad y de sus costumbres; que te indique el modo de vivir en

buena inteligencia con tus parientes, tus amigos, tus conocidos, tus criados, con todos en fin; que te guie en tus amistades, en tus lecturas, en tus buenas obras; que te señale los escollos que es preciso evitar y los buenos hábitos que debes adquirir; ¡quieres, en fin, un código completo de moral y de buena educación.

¡Ay, hija mia! yo no estoy á la altura de tan grande tarea; es verdad que he vivido en medio de la sociedad; que tenia una de las más elegantes casas de París y de Madrid, pues vivia en ambas capitales alternativamente; que tenia carruajes, criados, y un régimen, á la vez, espléndido y económico; pero no es menos cierto que mi buena hermana, viuda ya, vivia á mi lado y me aliviaba de una parte de los cuidados de la casa.

Luego perdí á mi excelente y querido esposo; á la gran opulencia sucedió ya la medianía; mi hermana perdió también toda su fortuna y compartió lo que á mí me quedaba, siguiendo en aliviarme de casi todos los cuidados materiales.

¿Qué mucho que yo ahora me dedique á los hijos de aquella hermana tan buena, tan amable, tan dulce, tan llena de abnegación? Solo para pagar esta deuda sagrada de mi corazón, te he dejado, hija mia; y aunque como ya te he dicho, sea ardua la tarea, yo pongo á tu servicio, no solo lo que mi propia experiencia me ha enseñado, sino todo lo que aprendí al lado de mi hermana, todo cuanto recuerdo que ella hacia; mi adorable Elena fué la más grande señora, la más perfecta dama que he conocido, y á la vez la criatura más dulce, más ejemplar y más amable; no es incompatible lo uno con lo otro, sino que se puede unir muy bien.

Deseas, desde luego, que te diga de qué modo debes hacer las visitas ahora que ya tu padre quiere que le acompañes, después de haberte presentado en casa del general, llevándote al baile que vá á dar; el baile desde luego, y las visitas después, te tienen inquieta preocupada: tranquilízate, el baile y la manera con que te has de presentar en él, serán el objeto de alguna de mis cartas, y también te hablaré de las visitas; no te asustes, no te preocupes demasiado de los placeres; piensa más en los deberes, y luego disfrutarás de aquellos con mayor alegría y serenidad de espíritu.

Adiós, mi querida Julia; yo te sigo á través de esa campiña riente y bajo el azul y puro cielo de esa bonita ciudad; mejor me hallaba

ahí que en este bullicioso centro; pero mis pobres niñas me necesitan, y pronto tendré yo también que ir al mundo para presentarlas en él.

Hasta muy pronto, te abraza con el alma tu madrina
FELICIA.

II

Tu última carta, mi querida Julia, expresa el deseo de que te dé algunos consejos para saber conducirte en sociedad, respecto de la conversación, como lo exigen, no solo el buen tono, sino el respeto que merecen las personas que tratamos: voy á dártelos, hija mia, y no según mi parecer, si no teniendo presente el de otras personas de superior-talento, de gran distinción y de reconocido buen trato.

La Bruyére, cuyo testimonio no puede ser sospechoso, dice lo siguiente:

«Si mirásemos con una seria atención todo lo que se dice de vano y de pueril en las conversaciones ordinarias, tendríamos vergüenza igualmente de hablar que de escuchar, y nos condenaríamos quizá á silencio perpetuo.»

Este juicio me parece demasiado severo, y la opinión del ilustre escritor y moralista, no puede aceptarse en absoluto: el silencio perpetuo solo lo guardaban, solo podían guardarlo los solitarios de los desiertos; en nuestros días, y sobre todo en nuestra sociedad, es preciso, no solo oír, sino decir también algunas Teces cosas ligeras.

La conversación debe tener tres frenos que la conduzcan y arreglen; la bondad, la mesura y la discrecion; la bondad, y aun pudiera decir también la caridad, prohíbe en la conversación todo lo que sea calumnia, murmuración, burla, palabras injuriosas, contradicción permanente y perseverante, y todos los defectos, en fin, que ofenden á los demás en su honra y en su reputación, y pueden alterar la paz y la quietud de su hogar; el evitar todo eso,

hija mia, está acorde á la vez, con las leyes de la moral evangélica y con la cortesía y esmerada educación; porque nada hay tan contrario al buen tono, y nada altera tanto la dignidad y la gracia del lenguaje, como las habladurías, la murmuración, el espíritu de disputa y la costumbre de contradecir. *En la abundancia de las palabras está el pecado*, dice la Santa Escritura: y en efecto, algunas veces, la palabra es un brevaje que embriaga, que aturde y que quita la posibilidad de la reflexión; todo esto lo contiene cierta digna medida, que debe, como ya te he dicho, ser el regulador de la conversación: si estimas tu reposo, no hables mucho; si deseas vivir en paz con todos, piensa lo que vas á decir, y cuida de no ofender á nadie en las palabras que vas á pronunciar.

—Hablad poco, dice el dulcísimo San Francisco de Sales: poco y con dulzura: poco y bueno; poco y sencillo; poco, pero con claridad y demostrando afecto á vuestros amigos.

¿No te parece, Julia mia, de gran valía la opinión de este santo, que fué uno de los hombres más corteses, y uno de los más grandes señores de su tiempo?

Suponiendo que la reflexión y la atención hácia tí misma, te hayan hecho adquirir las cualidades morales que hacen la conversación inofensiva siempre, y útil algunas veces, deseas también saber otros detalles para hacerla agradable, y voy á expresarte acerca de esto mi parecer con toda sinceridad.

Algunas veces he oido decir cuando era jóven como tú:

—¡La señora Á... ó la señora Ó... tienen una conversación deliciosa, un trato encantador!

Convencida desde temprano, de que la belleza física por sí sola no dá la felicidad, envidiaba sinceramente á las mujeres que se conquistaban simpatías durables y profundas, y procuraba estudiarlas, y observar, no solo sus palabras, sino también sus costumbres.

Bien pronto pude notar que las señoras ó señoritas á las que se alababa de tener un trato delicioso y una conversación encantadora, no eran ni las más instruidas, ni las dotadas de más inteligencia, sino las más benévolas y amables.

No decir á nadie nada que le pueda ser desagradable: hé aquí la gran regla para tener amigos y simpatías.

Si delante de una persona que ha perdido un ojo te burlas de los tuertos, es claro que aquella persona se ofenderá muchísimo, y tendrá razón.

Pues bien, Julia mia: hay tuertos, cojos y jorobados morales, y es preciso cuidar mucho de no zaherirles cuando se hable, en las apreciaciones que podemos hacer.

Cumple los deberes de la cortesía, que es como si dijéramos la bondad social; no murmures, ni oigas murmurar, si te es posible: habla muy poco de tí; oye con atención y gusto manifiesto á los demás, y es indudable que tu trato se citará como amable y grato.

Hablar de sí mismo, es sobremanera desatento y descortés: el yo es el escollo de la época presente; he oido á personas que no hablan más que de sus triunfos, de sus talentos, de sus trajes, de sí mismas en una palabra, lo que les trae el desprecio y la burla general; pues es un adagio muy sabido y muy verdadero, el que dice que, *la alabanza propia envilece*.

La pureza y sencillez del lenguaje prestan gran encanto á la cortesía, porque la cortesía huye los términos altisonantes: al pedir, al preguntar, hasta al rehusar, la cortesía busca los términos dulces; dá á cada uno las consideraciones que le son debidas y evita lo que puede herir ó mortificar á los demás, como las alusiones á una desgracia, á una enfermedad; como el ponderar su fortuna en presencia de un desgraciado, ó su salud al lado de una persona que sufre físicamente.

Cuando se habla con personas que llevan títulos ó dignidades, no es de buen gusto el llamarles de continuo con ellos; pero sí lo es, el dárselos de cuando en cuando; esto es como un homenaje debido á su clase y distinto de la adulación que manifiesta el estarlos repitiendo siempre que se les habla.

Las palabras chistosas, las anécdotas cuando no son nuevas, las *calemburs*, son cosas que se deben evitar en la conversación; cualquiera puede hacer un juego de palabras y contar una historia; pero esto no es de buen gusto, y si tiene algún mérito, debe dejársele al sexo fuerte.

Procura no interrumpir nunca á la persona que hable contigo, y sobre todo, no toques ni el brazo ni la mano de la persona con quien hables; esas son costumbres feas que alteran á las personas

nerviosas; acostúmbrate á usar un tono de voz moderado, tan lejos de los gritos, como de un diapasón que no se entienda.

En fin, hija mia, sé dulce, moderada, benévola, complaciente: escusa siempre, elogia á los ausentes, y cuando esto no te sea posible, guarda silencio; una palabra dicha con ligereza puede herir mortalmente á una persona, conviniéndola en enemiga tuya, y no hay enemigo despreciable.

Si eres indulgente serás amada: así te lo asegura quien te quiere de todo corazón.

FELICIA.



Te hablaré hoy, mi querida Julia, de una cosa muy esencial para la felicidad de la vida: del amor á la buena armonía que debe reinar en la familia.—No hay dicha más pura y más verdadera que la del hogar doméstico, y la familia es la que le presta todo su encanto y toda la alegría que le embellece y le anima.

Yo cuento por familia, en primer lugar, á los padres y á los hermanos, y después á todos los que nos están unidos por la solidaridad del nombre, y por los lazos estrechos de la sangre.

Abre la Santa Escritura, y verás en ella cuánto eran respetados por nuestros primeros padres los lazos que unían el hermano al hermano, y encadenaban dulcemente entre ellos los miembros de una misma tribu, es decir, una multitud nacida de un solo padre. Las leyes de Moisés consagran esta afección que hizo tan fuerte la pobre y pequeña nación judía. David esclama con grande entusiasmo:

—¡Qué hermoso, qué dulce es para los hermanos el habitar juntos! ¡Su unión se parece á un perfume delicioso!...

La amistad existe y debe existir éntrelos padres y los hijos, y la cordialidad y la dulzura del carácter les añade nuevos encantos:

ama tiernamente á tu padre, y haz de tus jóvenes hermanos los primeros amigos de tu vida; no reserves á estos seres que tan queridos deben ser á tu corazón, la *negligé*, por decirlo así, de tus maneras: debemos ser atentos para todo el mundo; pero mucho más, para los primeros amigos que nos ha dado el cielo; á estos debemos amarlos y atenderlos sobre todas las cosas.

Hé aquí un bello ejemplo de amor fraternal que la historia ha inmortalizado, y con mucha razón.

Enrique, el más joven de los hijos de Guillermo el Conquistador, obligó á sus dos hermanos á marchar contra él, á la cabeza de una fuerte armada, á causa de las vejaciones con que les abrumaba.

Mas el joven príncipe, que en la paz era osado y cruel, se halló muy débil para seguir la campaña, y se encerró en el Monte de San Miguel, siendo en seguida asediado aquel asilo por sus irritados y valerosos hermanos.

Bien pronto el príncipe sitiado se halló falto de agua, y llegando al último apuro, la hizo pedir á los sitiadores: el generoso Roberto, que era el mayor, se la envió al instante, y además un tonel de vino.

Guillermo, el segundo, se mostró muy irritado de aquella condescendencia.

—¡Y qué!—exclamó Roberto:— cualesquiera que sean las culpas de nuestro hermano hácia nosotros, ¿debemos permitir que se muera de sed? Y si se obstina en morir en vez de rendirse, ¿dónde hallaremos otro hermano cuando hayamos perdido éste?

Enrique, enternecido por aquellas palabras que llegaron hasta él, depuso las armas, se arrojó en los brazos de sus hermanos, y fué toda su vida su mejor amigo.

Sobre todo, hija mia, acuérdate de aquella promesa de la Ley de Dios:

Él que honra á su padre alcanzará larga vida sobre la tierra.

Este es el único de los mandamientos del Decálogo, al que se ofrece un premio, aun aquí abajo.

No dejes, hija mia, que se debilite en tí el respeto filial: no olvides los testimonios de deferencia y de veneración, que son como la salvaguardia de este respeto.

—No añadais tristezas,—dice Silvio Pellico,—á las tristezas que ya encorvan las cabezas blanqueadas por los años; que vuestra

presencia reanime y alegre á vuestros padres: cada sonrisa que llaméis sobre sus lábios, cada movimiento dé gozo que despertéis en su corazón, caerá sobre el vuestro como un rocío bienhechor. Dios confirma siempre las bendiciones de los padres.

No esperes, Julia, para probar tu cariño y tu respeto filiales, á las grandes ocasiones, porque se presentan raras veces en la vida; y más de una existencia se desliza sin haber dado prueba alguna de abnegación y de valor: es preciso aprovechar las pequeñas ocasiones de cada dia, y que trates de pagar tu deuda filial en *moneda pequeña*, por decirlo así: de lo contrario, corres gran riesgo de morir insolvente.

Conozco hijas capaces de arrojarse á las llamas por salvar á su padre, á su madre ó á cualquiera de sus hermanos, de un incendio; pero como el incendio no tiene lugar, pasan los dias haciéndose desagradables á los mismos á quienes aman con tanta pasión, en todas las pequeñas cosas de la vida: les hablan con tono brusco y grosero, les contradicen, les hacen sufrir una falta continua de atenciones, y, sin embargo, es indudable que les aman; pero lo es también que este amor no alcanza á suavizar su humor desapacible.

Si nos agrada el que los extraños nos tengan por corteses y bien educados; si anhelamos que se cite nuestro trato como amable y distinguido, ¿por qué no hemos de tener estas cualidades con nuestra propia familia? ¿dónde hallamos estimación más verdadera, cariño más profundo que en nuestros padres y hermanos?

En nadie, Julia mia, y á ellos debes amar sobre todas las cosas de la tierra.

FELICIA.

IV

Tu corazón, mi querida Julia, siente la necesidad de tener una amiga, y esto es tan natural á tu edad, que no es para mí extraño

que suceda, y lo sería mucho el que dejase de suceder.

Cuando el corazón se anima en la mujer, la necesidad de afectos es imperiosa, y nunca le formado buen concepto de la que veo rodeada solamente de relaciones superficiales, y sin ningún género de intimidad, sin ningún afecto serio, sin ningún cariño en el fondo de su vida, que debe ser en extremo estéril y triste.

Por otra parte, hija mía, la intimidad del pensamiento es tan necesaria para las almas tiernas, que llega á serles imposible vivir sin ella: hasta hoy, te ha bastado la mía; ya necesitas otra más adecuada á tu edad, y mi corazón, que es el de una madre para tí, no puede ofenderse de tan natural deseo.

Desecha, pues, Julia mía, el temor de ofenderme, y cree que te ayudaré con toda mi buena voluntad y mi experiencia para que puedas encontrar la amiga que anhelas.

—¡Y qué!—dirás tú al leer estas líneas: —¿tan difícil es hallar una amiga cuando tantas jóvenes de mi edad me ofrecen su cariño; cuando á tantas les daría yo el mio de buena gana? ¿Para qué necesito los consejos de mi madrina?

Y sin embargo, hija mía, es muy difícil el inspirar y sentir una, amistad verdadera, una amistad profunda; una amistad que resista al tiempo y á las pruebas que este trae consigo!

Durante toda mi vida estoy oyendo decir á personas de nuestro sexo que la amistad es un mito, y que ni existe ni ha existido jamás: esto es un error; la amistad existe; lo que sucede es que no se piensa á quién se concede, y que se otorga el afecto y la confianza sin saber si la persona á quien hacemos tan grande don lo merece, y es capaz de estimarlo.

No busques minea para tu intimidad una persona que te sea muy superior en posición y en fortuna; porque es probable que solo adquieras su afecto al precio de tu franqueza y de tu libertad: la especie de vasallaje que imponen aquellas ventajas á la que no las posee, no está de acuerdo con la igualdad, con la sinceridad, bases de la verdadera amistad: necesitas una amiga, de la que puedas esperar un buen consejo, pero que consienta también en aceptar el tuyo; que no se reserve, para sí el derecho de la ruda franqueza, y que permita también se emplee con ella; en fin, que desee una

amiga á su vez, una compañera, y no una persona que la adule, y abdique la dignidad ante sus deseos.

Dá tu afecto á una joven dulce, modesta, y dotada sobre todo de dos cosas muy esenciales: de irreprochables costumbres y de perfecta educación; solo estas dos circunstancias sostienen las amistades sólidas, y las hacen durables; sin ellas, lo que se llama *amistad*, son solo relaciones pasajeras, que la moda, el gusto de las diversiones y la vanidad, han formado ligeramente y que se rompen con deplorable y ridícula facilidad.

La amistad es la pasión de las almas puras; pero solo es fuerte cuando hay generosidad en el corazón y benevolencia en el carácter.

Porque así como te aconsejo, Julia mia, que no te doblegues para tener una amiga opulenta que lisonjee tu vanidad, á concesiones viles y á rebajamientos continuados, así te aseguro que no se debe exigir demasiado á la amistad y que se le debe dar más de lo que se le pida; nadie nace perfecto, y todos aquellos defectos que no son hijos del corazón se pueden disculpar; te será imposible hallar amistad verdadera, empeñándote en que tu amiga sea irreprochable, y en que cuente entre sus virtudes, la de sufrir las desigualdades de tu carácter, tu displicencia y las injusticias de tu mal humor.

Conozco dos jóvenes unidas hace doce años por la amistad más constante y más inalterable: la una no se ha casado todavía, y su posición es muy modesta: la otra es viuda ya, y cuenta con una fortuna regular; pues bien, esta se viste tan modestamente como su amiga, siempre que sale con ella, para no deslucirla.

Esta delicadeza en ese detalle material, debe observarla también la joven viuda en el orden moral; porque ella tiene un talento claro y reconocido por todos, al paso que son notorios también, los escasos alcances de su amiga; y sin embargo, movida por su afecto, se pone al nivel de aquella, y solo le habla de lo que puede comprender.

¿No crees tú, que esas delicadezas hallarán su recompensa? Es indudable que sí; porque yo he visto á la joven viuda un poco enferma, y á su amiga acompañándola constantemente; la he visto atareada para terminar un traje y á su amiga ayudándola; cada una pone su parte de abnegación y de afecto, y esto iguala las

diferencias de fortuna y de inteligencia: verdad es que estas diferencias son fáciles de igualar, porque no son grandes; las grandes son un escollo inevitable.

La amistad, cuando se encuentra, merece conservarse, hija mia; porque vale tanto, que los santos más desprendidos de la tierra, la han alabado como un don del cielo.

Fenelon, el Platón cristiano, ha pintado en sus cartas ese dulce sentimiento con toda la gracia y la verdad que le son propias; y en fin, una gran escritora del pasado siglo, ha dicho:— El amor es un lujo del corazón; pero la amistad, es una necesidad del mismo.

FELICIA.

V

Mi querida Julia: forzoso es que hoy hablemos de una cosa que pasa desapercibida en la vida de la mujer; de una cosa que se cree muy natural y que suele labrar su desgracia sin que ella misma se aperciba de los graves daños que la ocasiona.

¿Sabes de qué quiero hablar?

Del verdugo de la paz y de la dicha doméstica: del monstruo que ahuyenta el afecto que se nos tiene, por grande y profundo que sea; del enemigo que nos enagena todas las simpatías; del *mal humor*, en fin; de la displicencia de carácter.

La represión del mal humor desde que somos jóvenes es precisa, es indispensable; porque si no, con la edad vá creciendo, y convierte á la mujer en un ser insoportable, á quien nadie quiere sufrir.

Es casi siempre en el seno de su familia donde la mujer se deja llevar de los movimientos de su mal humor; en sociedad, entre sus amigas, se domina; y se domina aún más si joven y próxima á casarse mira como el primer objeto de su vida, el agradar al hombre con quien se vá á unir; pero si casada ya, deja de dominarse y se

deja llevar de los continuos movimientos de un humor desapacible, llegará día en que ya no se pueda dominar y en que su mal carácter llegue á ser público y para todos aborrecible.

Así, pues, Julia mia, ponte desde luego en guardia contra ese temible defecto, y procura que tu humor sea dulce, fácil é igual, no solo para las personas de tu trato, sino también, y con mayor razón, para las de tu propia familia.

Para esto es preciso que te acostumbres á juzgar á los demás con benevolencia, dispensándoles sus defectos y pensando en los que tú puedes tener: si vamos á exigir la perfección ajena, nunca nos trataremos con nadie, ni se tratará nadie con nosotros, puesto que estamos también muy lejos de poseerla, y que nuestros defectos son numerosos.

La represión del mal humor es también muy necesaria, es casi indispensable con los criados: el que regaña incesantemente pierde por completo la fuerza moral; un criado reñido de continuo, no es bueno jamás, y algunos he visto que faltaban á cada instante á sus deberes por el gusto de molestar á su señora, que se dejaba dominar de la cólera, á veces con muy poco ó ningún motivo; los criados se reían al ver la encendida de furor, en tanto que ellos estaban perfectamente tranquilos; comían y se divertían como si tal cosa no sucediera.

Otro tanto acontece aún con las personas que nos aman: el espectáculo de la cólera y de la displicencia dice tan mal con la condición dulce de la mujer, que al verla descender de su pedestal se la pierde el respeto sin quererlo, y casi sin saberlo: una palabra dicha á tiempo con sentimiento y gravedad, una reflexión cariñosa, una sola mirada de dulce reproche, consiguen más que largos días de semblante ceñudo y que las reconvenciones más violentas.

De los criados hablaremos en mi próxima carta, y ahora nos limitaremos á tratar de la triste influencia del mal humor en el seno de la familia.

Si es cierto, hija mia, que tenemos el deber de amar á nuestros padres y hermanos, primeros protectores y amigos que el cielo nos ha dado, no es menos verdad que el amor no se manda y que es independiente por esencia y naturaleza.

Yo conozco una señora muy desdichada y cuya desgracia es obra, sobre todo, del carácter áspero é iracundo de su madre.

Esta mujer, ante quien todos temblaban, dominó á su esposo de una manera que se dobló en todo á sus deseos, y perdió por complacerla en sus errados cálculos su posición y sus bienes: los hijos se resintieron de los reveses de la fortuna; los varones dejaron su patria por suelo extranjero, contentos por huir de la tiranía maternal: la única hija de la casa fué más desdichada todavía; amedrentada por el carácter de su madre, se casó con un hombre que le era muy inferior en nacimiento, y sobre todo en educación, y que la hizo completamente desdichada; además, su carácter adolecía de tanta timidez, acostumbrado al férreo yugo de su madre, que jamás supo tomar una determinación noble y firme, siendo víctima toda su vida de su ánimo apocado.

Si este pobre ser hubiera sido educado con dulzura; si no le hubieran quitado toda idea de sus derechos y de su dignidad, no hubiera sido tan infeliz.

Procura, Julia mia, que te amen; pero no quieras que te teman, porque en ese caso dejarán de amarte muy pronto.

Acostúmbrate á ser amable y complaciente con tu padre y con tus hermanos, lo mismo que con tus amigas; y luego, cuando formes una familia, lo serás igualmente para tu esposo y para tus hijos, que te adorarán, que tendrán confianza en tí, que tomarán una activa parte en tus penas y en tus alegrías.

El dominio sobre sí mismo es una de las mayores garantías de felicidad que hay en la vida; no es posible dejar ver todo lo que á uno le molesta; á veces es un deber y una virtud el disimulo, y casi siempre es un rasgo de talento y un medio de llegar á lo que deseamos: esto nó es decir que yo te aconseje la mentira, sino la paciencia y la bondad.

En el seno de una familia, una persona de mal humor impone un tormento continuo: si se refiere un suceso cualquiera, la persona mal humorada discute todas las circunstancias y las pone en duda; si se expresa una opinión, parece asombrarse, abruma con objeciones y con dudas; así es que delante de esas personas acaba cada uno por no hablar, y llevan consigo donde van una frialdad y una tristeza, que no hace nada deseable su compañía.

¿Quién no conoce y no teme esa mirada fría é impasible de una persona de mal humor, que se separa siempre que se espera hallarla? ¿esas respuestas secas y breves? ¿esa indiferencia afectada, por cuanto se hace y se dice? ¿ese empeño de no sonreír, ese aire de mártir, esa espresion irónica, esa humildad burlona, esa manera impertinente de no dirigirse á la persona con quien se habla?

Evita ese ridículo, que para los demás tiene algo de cruel: sé dulce, benévola, sufrida, alegre siempre, y cariñosa constantemente: sé, hija mia, el rayo de luz que ilumine tu familia, y no la nube negra y cargada de tempestades: la igualdad y la dulzura de carácter, no excluyen la dignidad, y solo la cólera descompuesta y los enfados constantes é inmotivados, es lo que nos hace bajar de nuestro pedestal.

FELICIA.

VI

Te ofrecí, mi querida Julia, que en la primera carta que te escribiese, hablaríamos de los criados, y voy á cumplirte mi promesa.

Te quejas en todas las tuyas del martirio que te imponen las malas condiciones de las personas que empleas para el servicio interior de tu casa; y esta misma queja resuena continuamente en derredor mio, pues es uno de esos inconvenientes generales, de los que todos tenemos que sufrir mucho.

Sin embargo, debo decir en honor de la clase que nos sirve, que no la he hallado nunca en la antes grande y ahora pequeña parte, que he podido conocerla, tan estremadamente mala, como se la quiere hacer: que los criados en mi casa, cuentan ya algunos años de servicio, y que les he debido pruebas verdaderas de cariño y de fidelidad.

—«Los criados son el azote de la vida,— me dices.—¡Cuanto más cambio son peores, y ya no se qué hacer!»

Te repito, hija mia, que esas quejas no me estrañan, porque las oigo á todas las personas que trato; pero el mal me parece remediable, á lo menos en parte, con un poco de paciencia y de talento, y voy á esplicarte de qué modo lo he conjurado yo.

Hay criados con condiciones perversas, como por ejemplo, la infidelidad, y la incuria: de estos es inútil hablar, y es lo mejor despedirlos así que se les conoce: toda tolerancia con una persona infiel, es inútil y culpable, porque puede ser también muy perjudicial á los intereses de la casa.

Pero si llegas á tener una criada fiel á toda prueba y aseada, que tenga buena voluntad, que desee complacerte aunque su aptitud no sea grande, aunque tenga pocas habilidades, sopórtala y no la despidas por otra que tenga quizá mejores disposiciones, pero no tan buen natural y tanta honradez.

Créeme, Julia mia: la probidad, las buenas costumbres y la obediencia, son las cualidades esenciales en los criados; y hay que poner de nuestra parte el deseo de paz, la igualdad de carácter, la equidad y la benevolencia tan indispensables, y más á nuestra dicha, como á la dicha de los otros.

No solamente hemos de pensar en lo que nos deben nuestros criados; hemos de pensar antes en lo que nosotros les debemos.

Tienen derecho, ante todo, á nuestra justicia, retribuyéndoles, según su trabajo, y en proporción de nuestra fortuna: es muy culpable la que por ostentación se rodea de una turba de criados, que no puede ni alimentar, ni pagar; ese mismo instinto de justicia, exige que no impongamos á nuestros servidores tareas superiores á sus fuerzas; que se les dejen bastantes horas de sueño, y un alimento sencillo si es preciso, pero abundante y sano.

Me parece también muy duro el no darles parte en las pequeñas fiestas de la familia; sirviente desdeñado no ama á sus dueños. ¿Cómo quieres que te tomen cariño tus criados si les tratas siempre como á estrados? ¿si no te cuidas de su bienestar, y quieres que sean esclavos del tuyo?

Les debemos también todos los beneficios de la caridad, es decir, buen consejo, un servicio, una protección eficaz para ellos ó para su

familia, cuidados y vigilancia en caso de enfermedad.

La dureza y la indiferencia de algunas personas para las que las sirven, tiene mucho de ofensivo, y aun pudiera decir de anticristiano: trata con tu prudencia y tu dulzura de ganar la confianza y el afecto de tus criados, pues si te aman te servirán mejor.

Pero que tu benevolencia no degenera jamás en familiaridad; guárdate de iniciar jamás á las personas que te sirvan en los asuntos de tu familia, por pequeños que estos sean; no prestes jamás oídos á sus habladurías, á sus noticias, y ten la seguridad de que necesitas mucha mesura y mucha reserva para sostener al derredor tuyo el respeto, la sumisión y el orden invariable que debe reinar en una casa.

Si es cierto que debemos á los que nos sirven, justicia, caridad, dulzura y buen ejemplo, no es menos verdad que nos debemos á nosotras mismas una autoridad vigilante; no abandones el cetro, mi querida niña; sé siempre la señora en el interior de tu casa, y para eso, exige en las personas que te sirvan una obediencia completa como condición indispensable de su estancia á tu lado, porque ya sabes que de una orden mal interpretada ó ejecutada, depende á veces la pérdida de un asunto importante; hazte dar cuenta de todo, y cualquiera que sea la confianza que te inspire la probidad y la inteligencia de un criado, no le permitas usurpar tu sitio, ni abandones tu derecho de intervención y de mando.

Da poco dinero de una vez; toma las cuentas, examina tú misma todas las mañanas las compras, y los restos de la víspera, á fin de ordenar las comidas con el menos gasto y el mayor lucimiento posibles: sabe cuál es el precio justo de todo lo que se emplea, haz una visita de inspección á la cocina, al comedor, á la despensa, y ténlo todo bajo tu mirada, por decirlo así: reprime con dulzura, pero con firmeza todas las prodigalidades, y no abandones al capricho de los sirvientes el gasto y el gobierno de tu casa.

No hay criado bueno, abandonado á sí mismo; no hay criado respetuoso usando con él familiaridades, alternadas con desigualdades de humor y brusquerías; pero no hay muchos que sean muy malos, si están bien dirigidos, y si se les mantiene á una prudente distancia.

Te aseguró como verdad innegable, que el cambiar mucho de sirvientes nada remedia; al contrario, una criada que sabe ha de estar poco en una casa, se toma por ella muy escaso interés, y acaso la mira como un asilo, en tanto busca otra, que le parezca mejor ó que le ofrezca mayores ventajas.

Es preciso confesar que los sirvientes se acostumbran y se adhieren (al cabo de más ó ménos tiempo) no sólo á las personas, sino hasta á las paredes de una casa: generalmente pasados los dos primeros meses, que son los más penosos y los que ofrecen más dificultades, éstas van á menos, y cada dia se establece mayor simpatía del servidor á su dueño, mayor benevolencia de este para aquel; y además, hija mia, ¡ qué enormes fatigas ocasiona el cambiar mucho de criados! siempre enseñando! siempre sufriendo los efectos de su torpeza! ellos no discurren, sino que, como ya he dicho antes, *se acostumbran*, y hasta que llegan á lograrlo, si ellos padecen, nosotros sufrimos mucho más: por egoismo siquiera, debemos ser tolerantes, porque en todas las cosas de la vida, en que es menester sufrir un poco, cuando no hay fortaleza en el alma para soportar las dificultades, se sufre mucho más.

FELICIA.

VII

Hablemos, mi querida niña, de una cosa, que según veo te preocupa mucho, y de la que yo no te he hablado todavía, porque queria hacerlo con el detenimiento que merece.

Me refiero al modo de vestir, y á los gastos más ó ménos cuantiosos, que toda señora ó señorita, bien nacida y bien educada, tiene que hacer en su guarda-ropa, según su fortuna y posición social.

—El lujo—me dices en tu última carta—lo invade todo, y adelanta terreno cada día: así es que es imposible vestir bien sin gastar

gruesas sumas, que yo no poseo: esto me quita absolutamente la gana de salir, pues donde quiera que voy, hago un desairado papel.

Estás engañada, mi amada Julia; para vestir bien, para ataviarse con elegancia, no se necesita gastar mucho, y solo hacen falta un poco de paciencia, de buen gusto y de habilidad.

Dime sinceramente: ¿piensas tú, que es mayor el número de familias que poseen una gran fortuna, que el que la posee muy modesta?

Estás engañada: hay señoras y señoritas, que pueden gastar muy poco, y que son verdaderamente elegantes.

Si tienes un periódico de modas que dé modelos y patrones, si pones en juego la inteligencia y la laboriosidad que te ha dado el cielo, te vestirás bien, y á poca costa.

La cuestión está en elegir entre los grabados y figurines, lo que mejor se adapte á los medios que cada una posee, y también, los que sienten mejor á su figura y rostro.

El arte de vestir bien, no consiste en gastar grandes sumas; consiste en emplear lo que se gaste—por poco que sea—con tino é inteligencia: consiste en adoptar los colores, las telas, las hechuras más graciosas y que digan mejor con el color de nuestra tez y de nuestros cabellos.

Poseyendo ese arte, ese sentimiento de lo bello, las más modestas galas parecen de gran valor; pues sin el buen gusto, la mayor y mas ostentosa magnificencia estará siempre muy distante de la elegancia y de la distinción.

Tampoco dá estas ventajas el poseer gran número de trajes; estos deben ser pocos, y estando confeccionados con buen gusto bastarán para que puedas vestir en todas ocasiones de un modo conveniente, y para que puedas alternar, sin desventaja, con personas favorecidas por la suerte, con los dones de la fortuna que Dios no te ha dado á tí.

Como regla general, te diré, que en una jó ven sienta bien, sobre todo, la sencillez y la sobriedad en los adornos: la sencillez tiene algo de humilde y de encantadora, que nos conquista la simpatía de todos; al paso que la ostentación es hiriente y ofensiva para las personas desgraciadas.

Yo he oído algunas veces, al elogiar la belleza de una joven que era realmente encantadora, añadir esta maligna adición á los elogios:

—Verdad es que la hacía parecer tan linda lo rico y ostentoso de su traje.

La emulación se aprovecha de todo, y solo necesita pretexto para herir con encono.

Así, una joven que viste con sencillez luce por sus solas gracias, y no atribuyen su mérito al traje ó al adorno que la engalanan.

El vestido debe variar según las circunstancias y ocasiones: no se debe jamás llevar á la iglesia trajes llamativos, porque es llevar al pié de los altares los signos exteriores de la vanidad y del orgullo, es distraerla atención de los fieles, ofreciendo á su vista un ídolo cubierto con las pompas del mundo.

Santa Isabel, reina de Hungría, y una de las princesas más hermosas de su tiempo, se despojaba de sus joyas y de las insignias de su rango en presencia del Tabernáculo.

—Solo soy una vil criatura,—decía,—y no puedo estar delante de mi Dios coronado de espinas, adornada de oro y pedrerías: mi corona debe deponerse ante la suya.

Para las visitas de duelo se viste de negro: mas las de boda y de felicitación exigen un traje elegante, aunque no sea de gran coste.

Para recibir en tu casa viste siempre con extrema sencillez, para no eclipsar á las personas que vayan á visitarte, lo que sería de muy mal gusto.

Desecha, pues, Julia mia, esa tristeza que te invade el corazón al pensar en que tu padre no es rico, y en que por lo mismo tú quedas siempre eclipsada entre todas las jóvenes de tu edad: esto no puede ser exacto, si lo que te falte de lujo lo pones de buen gusto y elegancia.

Voy á referirte un caso que yo misma presencié hace algunos días en casa de una de mis amigas.

Era el cumpleaños de la señora de la casa, y una numerosa concurrencia se hallaba reunida en el salón desde las diez de la noche: los encajes, el raso, las pedrerías se ostentaban por todas partes: yo quedé deslumbrada al ver el magnífico golpe de vista que

presentaba el salón: al lado de un espléndido traje de raso azul, veía otro de terciopelo verde luz, y más allá uno de encaje blanco.

La cortina de brocado de la puerta se levantó ya tarde, y una joven entró apoyada en el brazo de su padre.

Era rubia, delgada, y aunque no muy bonita, la distinción traspiraba, por decirlo así, en toda su persona: sus únicas galas eran un vestido de tul blanco, sobre otro de foulard blanco también, y una rosa en los cabellos; una cinta de terciopelo, de la que pendía un medallón de oro liso, ceñía su cuello; aquel vestido estaba hecho por ella misma, y le había servido de modelo un precioso figurín.

Todas las miradas se fijaron en aquella graciosa niña: los ojos cansados de la magnificencia, reposaban con una especie de bienestar en aquella virginal sencillez.

Ya ves, mi querida Julia, como también se puede sobresalir por la modestia, y como puedes consolarte de no ser rica.

FELICIA.

VIII

Después de un largo silencio, ocasionado por la grave enfermedad de una de mis dos niñas, vuelvo á reanudar, mi querida Julia, nuestra correspondencia, con indecible placer. ¡Qué amarga sería para mí la privación de hablar contigo, y de comunicarte todos mis pensamientos! ¡Qué doloroso y qué triste, el estar privada de saber los tuyos! ¡qué dulce es á mi corazón tu confianza!

Por tu parte, hija mia, me has escrito todas las semanas, y tus bellas cartas han traído á mi alma el más grato consuelo, en medio de la amargura que sentía al ver sufrir á mi pobre sobrinita: ¡es tan duro el ver padecer á un niño! ¡á una criatura inocente, que ningún mal ha hecho todavía!

Por tus cartas, he visto que has conseguido el

que tu padre haya dilatado el dar la comida proyectada, cuya perspectiva tanto te asusta: ¿y por qué? ¿por qué temer así á la sociedad? Solo el ser malos debe amedrentarnos, haciéndonos pensar que ofendemos á ese Dios todo piedad y misericordia, que es para nosotros el mejor de los padres.

Á la sociedad debe dársela importancia, pero no tanta; no hasta el punto de perder el sueño y el apetito, como según dices te ha sucedido á tí, desde que piensas en que vas á tener convidados.

Al fin el día del cumpleaños de tu padre llega, y la comida va á tener lugar; tranquilízate, y pon atención en lo que voy á decirte, segura de que sujetándote á reglas fijas y establecidas, saldrás bien de lo que tanto te preocupa.

Cuida ante todo de que el comedor esté á buen temple desde por la mañana, teniendo fuego en la chimenea, y de que todos los muebles del mismo brillen por una esquisita limpieza: que las cortinas de las ventanas caigan en pliegues simétricos y regulares y que la lámpara del centro esté bien dispuesta y asimismo bien limpia: en cuanto á las luces, te aconsejo que las inspecciones tú misma, sin fiarte de nadie; pues es de un efecto deplorable; el que luzcan mal, ó se apaguen.

Que la mantelería ostente una blancura immaculada: nada importa que sea un poco más ó un poco menos fina; pero que la limpieza sea esquisita, lo mismo en la lencería que en el cristal y plata.

Que todo esté colocado con la más perfecta simetría: si tuvieras un espléndido servicio de plata, si tu cristalería fuese de de Baccarat y tus porcelanas de Sevres ó del Japón, todas esas riquezas parecerían miserables, si la limpieza y la simetría no presidiesen á su arreglo.

Supongo que los convidados no pasarán de doce: la lámpara del centro de la mesa y dos con pié colocadas á los extremos, bastan para alumbrar bien el comedor.

Harás colocar en la mesa seis botellas de agua y seis de vino común, todas de igual forma: seis saleros dobles, es decir, con receptáculos cada uno para sal y pimienta.

Cada convidado tendrá ante su cubierto cinco copas, una para el vino común y las demás para los de Madera, Burdeos, Jerez y

Champagne: en una comida que pasa de seis cubiertos no deben servirse menos de cuatro vinos, además del Champagne.

Á la derecha de cada convidado se coloca el cubierto y el cuchillo: ten cuidado que todos los cubiertos se hallen colocados en una línea perfecta; que las botellas, las copas, los saleros, las mostaceras y los platos de hors-d'oeuvre estén dispuestos con igual simetría, y que el todo de la mesa ofrezca un conjunto agradable y regular.

Ya sabes que en ninguna comida de alguna importancia se sirve la sopa en la mesa: al entrar en el comedor debe ya humear en los platos.

No es de buen gusto ya servir un número de manjares interminable: cuatro entradas después de la sopa bastan, y éstas deben constar de un frito, un pescado en salsa, otro plato de bastante coste, y aves asadas; el tercer plato puede ser un *vol-auvent*.

El servicio á la rusa es hoy el más elegante: consiste en colocar los postres en el centro de la mesa, de una manera armoniosa y servir los manjares trinchados, pasándolos por la izquierda á cada uno de los convidados.

Harás muy bien, mi querida Julia, en consultar á tu padre, acerca del sitio que cada uno debe ocupar en la mesa; no es indiferente la colocación, y se deben reunir los que más pueden simpatizar; cuando sepas ya donde debe sentarse cada uno, escribirás en una tarjeta, con tu linda letra inglesa, el nombre de cada persona invitada, colocando las tarjetas sobre las servilletas.

El número de los postres debe ser de seis á ocho; el primero será un dulce caliente, de cuchara; los demás, pastas, frutas y confituras.

Cuando lo hayas inspeccionado todo, y visto que nada falta para el buen servicio, te vestirás con un traje elegante, pero sencillo, y de corte de interior, propiamente dicho; los cuerpos escotados, los brazos desnudos y adornados de alhajas, las hechuras recargadas, están proscritas de toda comida, no siendo de boda, ó gran ceremonia.

Estarás en el salón con tus hermanos, un poco antes de la hora en que deban llegar los convidados: que Octavia y Fernando se hallen también, sencilla, pero esmeradamente vestidos; cederás el

sillón del lado derecho de la chimenea, á la primera señora que llegue, y sentándote á su lado, entretendrás dulcemente la conversación en tanto van llegando las demás gentes invitadas; cuando avisen que la comida está servida, aceptarás el primer brazo que te se ofrezca, y al llegar al comedor, después de dar gracias á la persona que te ha acompañado, ayudarás á cada uno á encontrar el sitio que le ha sido destinado.

Te ocuparás en la mesa de todos, sin ruido, pero de una manera continua, benévola y general: advertiré solo á tu buen sentido, que los ancianos tienen derecho á todas tus atenciones; y á tu buen corazón, que las personas tímidas y de escasa fortuna, deben ser también las preteridas por tí; aunque se sirvan los manjares trinchados, resérvate el derecho de servir tú un plato, siquiera sea el de las confituras que figuran en los postres; de no ser así, los convidados podrían creerse en la mesa de una fonda, y no en la de amigos atentos y afectuosos.

Terminada la comida volverás al salón del brazo de tu más próximo vecino en la mesa; allí debe estar servido el café: ofrécelo por tí misma, y que Fernando ofrezca á los caballeros los licores y los cigarros; estas atenciones en un niño son encantadoras.

Durante la velada, procura que estén todos complacidos: organiza alguna partida de tresillo para las personas de edad; invita para que vayan al piano, á los que cultiven la música; habla con los que prefieran la conversación; en una palabra, mi querida niña, olvídate de tí misma por los demás, y haz por cada uno lo que desearías que hicieran por tí; es el secreto único de ser amable.

Cuando se retiren las damas, despídelas afectuosamente en la antesala.

Adiós, Julia; escíbeme pronto, para ver cómo has salido del apuro en que te hallas, y recibe un abrazo de tu apasionada
FELICIA.

Te lamentas, mi amada Julia, de lo poco que te dá de sí el tiempo y de que te falta para la mayor parte de tus ocupaciones: no lo extraño; el tiempo, hija mia, es una tela preciosa de que está formada nuestra vida, y si no cuidamos de ella, se deshila poco á poco, hasta destruirse completa é insensiblemente, como una gasa delicada.

Asimismo estás preocupada con las visitas que vas á tener que recibir, y quiero decirte, respecto á la cuestión de tiempo, que teniendo establecido un método invariable para todas tus ocupaciones, te parecerá que las horas del dia son más largas, ó que el dia tiene mayor número de horas.

Como primera regla, levántate temprano y acuéstate á una hora regular: es un método excelente para conservar la salud; y lo que se hace en las primeras horas de la mañana es un adelanto que sigue todo el dia.

Pasemos ahora á hablar de las visitas.

Ya he escrito á tu padre, hablándole de este particular con detención y aconsejándole señale un dia á la semana para recibir: esta costumbre francesa, y que muchas familias van adoptando ya, tiene dos ventajas: la primera es, que las personas que vayan de visita, tienen la seguridad de hallarte, y tú la de verlas; la segunda y no despreciable ventaja es, que todos los demás dias de la semana puedes salir, ó dedicar la velada á la labor, al estudio, á estar en familia, ó al arreglo del interior de tu casa.

El dia designado para recibir, está dispuesta desde temprano y haz que tus hermanitos lo estén asimismo: Octavia debe acompañarte cuando recibas, pues su edad de diez años se lo permite ya: además, Julia, la compañía de un niño es casi tan respetable como la de un anciano: acostumbra también á Fernando, que cuenta solo ocho años, á que entre á verte, aunque tengas gente, á la vuelta de la pensión, y á que permanezca un rato al lado tuyo: ya te he dicho, al aconsejarte que lleves á Octavia á alguna visita, lo conveniente que es el acostumbrar desde muy temprano á los niños al trato social; esto les forma un carácter dulce y les hace adquirir desde temprano maneras corteses y distinguidas.

Procura que en la sala de recibir ó saloncito de tu casa reine el orden más perfecto y la limpieza más esquisita; que en la colocación

de los muebles se vea cierta armonía: un salón debe demostrar hallarse habitado, es decir, lleno de vida; nada hay más triste y más helado que esas salas de recibo, que solo se abren cuando llegan visitas... y que todo el resto del tiempo están mudas y desiertas.

Que haya en el salón de la casa de tu padre un velador con libros y periódicos, flores frescas, señales, en fin, de que allí se siente, se piensa, es decir, se *vive*: tu piano le dará también, con su sola presencia, animación y alegría.

Que tu traje para recibir no sea pretensioso, pero sí esmerado: debemos, como una atención á las personas que nos favorecen, el estar vestidas de una manera conveniente; un traje de media cola de lana, con cuello y puños blancos, con bordado lijero, una corbata blanca y un lazo en el cabello, constituyen un equipo á propósito para una joven de tu edad.

Octavia estará vestida de la misma manera, poco más ó menos, cuidando de que las prendas de lencería que se ponga, estén muy blancas: ese es el lujo de los niños.

Esta recomendación de vestir con aseo y cuidado te la hago también para todos los dias, para todas horas: nada hay tan ridículo como tener que correr y esconderse cuando llaman á la puerta, por llevar un traje impresentable.

No tengo que advertirte que, al entrar señoras de visita, te pongas en pié; debes hasta adelantar dos ó tres pasos para recibirlas: mas lo que sí es preciso que sepas es que también debes levantarte cuando entren caballeros, que siempre serán algunos amigos de tu padre, y por lo mismo de edad respetable: la moda de recibir sentadas á las personas del sexo fuerte pasó ya; á los caballeros se les espera, sin embargo, sin moverse del asiento, y solo al llegar á saludarte es cuando te has de-levantar: si es un anciano, le acompañarás, dándole la derecha, hasta la puerta del salón; con las damas llegarás hasta el recibimiento, á no ser que en el salón queden otras personas, en cuyo caso llegarás solamente hasta la puerta, y Octavia seguirá despidiéndolas hasta el recibimiento, volviendo tú con las demás gentes.

Que haya siempre en la antesala un criado ó criada pronto á abrir la puerta, cuando alguna persona se retire; y por si se ha distraído ó dejado su sitio, tira del cordon de la campanilla en cuanto alguna

persona de las que estén de visita dé la primera señal de marcharse.

Será de muy buen gusto el que acostumbres á Octavia á ocuparse en algún lindo trabajo de aguja los dias de recepción: una niña de su edad sentada cerca del balcón, y trabajando en una obra de tapicería ó de crochet, es un espectáculo muy dulce á los ojos: yo he visto niñas y jovencitas en el salón de sus madres, ocupadas en escribir sobre un lindo pupitre, colocado sobre una mesa del salón; dejaban la pluma y se levantaban acercándose á saludar cada vez que se retiraba una visita.

En cuanto á la conversación, Julia mia, debe ser sostenida por tí: los dias de recepción, en que tu padre pueda acompañarte, hallarás un gran alivio, pues él atenderá á los individuos del sexo fuerte; mas tú, en todo caso, debes ocuparte de las señoras, hablar de lo que creas que le es á cada una más agradable, y ser para todas igualmente amable, cordial, benévola y expresiva.

En ninguna parte como en tu casa debes procurar oscurecer tu propio mérito para hacer trillar el de las demás: en ninguna parte debes hablar menos de tí; el gran arte del trato social, el gran secreto para tener gente, para obtener simpatías, es saber conseguir que cada uno de los que vá se halle tan complacido y tan bien, como si estuviera en su propia casa. Solo en un caso debes hacer distinción entre las personas que te visiten: esta escepcion debe ser en favor de algún ser tímido, humilde y desgraciado, si se halla entre tus visitas; hácia aquel deben dirigirse tus atenciones y cuidados; procura hacerle salir de su oscuridad, animarle, hacer saber lo que haya en él de bueno ó notable; y sobre todo, si ese sér humilde y desdeñado es una mujer, entonces, Julia, procura por todos los medios que tu sensibilidad te sugiera levantarlo á los ojos de todos y á los suyos mismos, y sé su dulce protectora.

La caridad, hija mia, no consiste solo en dar una limosna material; hay otra caridad moral que no es menos meritoria ni menos santa, y que Dios bendice desde el cielo.

Esta misma caridad te ha de obligar también á no alimentar la murmuración en tu casa; no hay nada de tan mal gusto: una mujer muy espiritual ha dicho que *en toda murmuración hay algo que*

trasciende á cocina y á antecámara; y es verdad: toda persona distinguida, repugna ese vicio vulgar y grosero como ninguno.

Cuando hablen mal delante de tí, de algún ausente, procura defenderle con dulzura; y si no puedes, cállate y protesta con tu silencio de la denigración ajena: en cuanto te sea posible cambia la conversación, hablando de cosas de interés general.

En una palabra, hija mia, en tu casa ten el talento de respetarlo todo, de considerar á todos, de escusarlo todo: sé amable y serás amada; la suavidad y la dulzura no están reñidas con la elegancia y el buen tono, sino que no hay buen tono posible sin estas cualidades preciosas.

FELICIA.

X

Me hablas, mi querida Julia, del próximo viaje que vas á emprender, con tu opulenta tia, que ha llegado de la Habana, y ha ido á abrazar á tu buen padre, que es su hermano mayor.

Ya te veo loca de alegría, porque este sentimiento se trasluce en cada línea de tu carta, y que yo comprendo bien, porque leo en el fondo de tu alma ingénua y leal, todas las impresiones, ya dulces, ya tristes, que se graban en ella.

Á lo menos temporalmente, vas á pasar desde una modesta medianía á una grande y repentina opulencia, pues la fortuna que tu tia heredó de su esposo es inmensa, en tanto que tu padre, jamás ha pasado de una posición regular. Pero yo estoy cierta de que mi querida Julia, sabrá tener moderación, así en la prosperidad como en la desgracia, y conozco demasiado su corazón para temer que se enfrie en él la llama sagrada del amor que profesa á su padre, á sus hermanos y á su tierna amiga, y madrina.

Voy ahora á darte reglas generales, para el modo con que te has de conducir en los viajes, pues tu tia, que es una persona

distinguida y que ha vivido durante algunos años en las c6rtes mas ilustradas de Europa, podr3a estrañarse de que fu modo de producirte fuese torpe 6 desdijese de las reglas de la buena educaci3n y del buen gusto: ciertas advertencias son adem3s precisas, 3 fin de que la libertad de los viajes no nos lleve fuera de las conveniencias sociales.

El traje, en primer lugar, debe ser sencillo aunque elegante: siendo tu tia la que se encarga de este cuidado, nada hay que advertirte, sino que por tu parte no le añasadas pendientes vistosos, sortijas, ni ninguna de esas alhajas, muy propias de un sal3n, pero muy fuera de su lugar, cuando se va en wagon, 6 en un va por correo.

Te advierto, que sea cualquiera la amabilidad de las personas que te halles en los carruajes, no tengas con ellas mucha conversaci3n, y que hagas uso en lo que hables de la m3s grande circunspecci3n: si viajas con seņoras de edad, procura demostrarles atenciones, ya sea cediéndoles un buen sitio, ya bajando 6 subiendo los cristales, seg6n su deseo, ya desembaraz3ndolas de un paquete que les moleste; pero todo esto, lo repito, sin provocar conversaci3n.

Responde pol3tica pero sobriamente si te hablan, y trata de aislarte en la lectura de un buen libro, que debe ser uno de los primeros objetos que coloques en tu cab3s de viaje: si hablas alg6n rato con tu tia, y esta es atenci3n que la debes, que no sea m3s que de cosas indiferentes, y sin levantarla voz, para no poner 3 todos los habitantes del carruaje en la confidencia de los negocios de tu familia: s3 reservada all3 como en todas partes, y m3s all3, que en parte alguna. Sin embargo, como la reserva no excluye la cortes3a, desp3dete de tus compaņeros de viaje por un saludo, y si has hablado algo con ellos, con una palabra de cortes3a.

En la mesa redonda de las fondas y hoteles, no te muestres demasiado dif3cil, y sobre todo, no te burles en presencia de los habitantes del pa3s, de sus costumbres. En Alemania, te servir3n las aves sobre un lecho de mermelada: en Inglaterra, te presentar3n en el mismo plato el jam3n y los pollos: la cocina toda aderezada con aceite del medio dia, es probable que te disguste; pero deja tranquilamente en el plato lo que no convenga 3 tus gustos, y no atraigas la atenci3n por exclamaciones imprudentes.

En la mesa redonda evita la conversación con los extranjeros: te recomiendo sobre todo esta prudencia, si vas á baños de mar ó á tomar aguas; porque entonces estás espuesta á encontrar diariamente á gentes que no conoces, cuyos antecedentes pueden convenirte poco: está pues sobre aviso, y no des ningún pretexto á la familiaridad ó larga conversación.

No elogies demasiado tu país, en presencia de los extranjeros; sólo conseguirías herir sus sentimientos, sin hacer triunfar tus opiniones: aprovecha más bien la ocasión de un viaje para instruirte, preguntando á las gentes del país que visites y tratando de aprender algo de la geografía, la historia y las costumbres de los países extranjeros: haciendo esto, serás agradable á las personas que trates, y sacarás de tus viajes un sólido provecho.

Viajando con tu tia, hallarás de continuo la ocasión de practicar esa complacencia que no es otra cosa que la abnegación de sí mismo: es preciso por cariño y por respeto, ceder á sus gustos, seguir su dirección, y más de una vez comprenderás la verdad del viejo proverbio: *quien tiene compañero, tiene señor*.

Procura hacer de buena gana esos pequeños beneficios; se útil á los demás, y no seas incómoda á nadie: como algunas veces se pierden muchas horas en los viajes, es útil y cómodo á la vez el llevar consigo algunos libros, y una labor fácil, tal como un crochet, una tapicería, y el proveerse de todo lo necesario para escribir, porque aun las mejores fondas, están muy desprovistas de esos objetos.

Á la vuelta del viaje, no impongas muy de continuo á tus amigas la obligación de escuchar tus peregrinaciones; no fatigues sus oídos con narraciones largas, y sobre todo, no hagas alarde de un aire francés, inglés ó alemán, porque hayas visitado París, Londres ó las orillas del Rhin.

Añadiré aquí una recomendación más grave: que los placeres y las distracciones del viaje, no te hagan jamás perder de vista tus deberes de buena cristiana: observa, hija mia, el santo día del domingo, las abstinencias del viernes, las oraciones de mañana y noche, y que ni la distracción, ni el respeto humano, te hagan olvidar nada de lo que debes á tu Dios y Criador.

En las estaciones de baños ó de campo, que por ser los meses de estío habrás de hacer, no quieras parecerte á esas viajeras insoportables, á las que todo molesta y fatiga: á estas desgraciadas, el subir una montañita, les causa palpitaciones; el bajar una colina, las espanta; el borde de una cascada, les causa vértigos.

Si hay que pasar un túnel ó una bóveda, se sofocan y sé sienten morir; la tempestad les altera los nervios, la lluvia les da dolor de muelas; el polvo les causa dolor en los ojos; el Suelo les lastima los pies; estas mujeres son insoportables, y se huye de su trato con el mismo empeño que se pone en buscar el de una joven sufrida, amable, atenta, de apacible humor, y que se ve complaciente con todos.

FELICIA..

XI

Me avisas, querida Julia, tu llegada á Londres con tu tia, y la admiracion que has sentido á la vista de la gran metrópoli. No fué menor la mia, y puedo asegurarte, que esta inmensa ciudad me pareció obra de titanes, mas bien que de hombres.

Supuesto que has de pasar algún tiempo en la capital de Inglaterra, ó más bien, en un hermoso castillo campestre,—*manoir*, como dicen ahí,—de las inmediaciones de Londres, aprovecha, hija mia, este período de sosiego para dibujar las más bellas vistas de Richmond, que en otro tiempo fué residencia de la prudente, reflexiva y bondadosa Ana de Cleves, esposa repudiada del rey de Inglaterra Enrique VIII, de sangrienta memoria: hazlo así, y cuando regreses á tu pátria, cada página del álbum de tus viajes dibujada al lápiz, podrá convertirse en un magnífico cuadro que te dará honra y provecho.—Esta idea que te espreso, me sugiere otras que te remito como un afectuoso consejo.

En el siglo en que vivimos, en este siglo en que todo está inseguro, como sucede con los castillos de naipes que forma la mano inocente de los niños, y que un soplo derriba, es preciso, aunque se posea una buena fortuna ó esperanzas de obtenerla, aprender alguna cosa útil que nos ponga al abrigo con su producto de las primeras necesidades de la vida.

De la pobreza á la miseria hay un abismo; y fuerza es decirlo: si la pobreza es inevitable, la miseria se puede evitar casi siempre; por esta razón, la pobreza es respetable, y la miseria es repulsiva.

Pobreza es el poseer solamente los medios para atender con toda la economía posible, y á costa de un trabajo constante y honrado, alas más urgentes necesidades de una existencia modesta.

Miseria es el carecer de todo, y el tener que deberlo todo á la munificencia ajena.

Líbrete la divina Providencia de este deplorable estado, hija mia, y precávete de llegar á él, dedicándote á saber con perfección alguna cosa que puedas enseñar.

Todos los padres debian examinar por sí mismos ó hacer examinar por persona competente las disposiciones de sus hijas y darles la instrucción en cualquiera de los ramos del saber humano que estuviera más acorde con estas disposiciones.

Por ejemplo, si una niña tiene afición y talento para la música, se la debiera dedicar á ella; si manifiesta vocación á la pintura, debiera procurarse hacer de ella una artista, cuyos cuadros dieran gloria á su nombre y á su patria; y en fin, para aquellas cuyas disposiciones intelectuales no fuesen muy brillantes ni muy sobresalientes, quedan los idiomas, estudios casi necesarios, que de aprender con perfección á lo menos dos, pueden servir para adquirir una existencia honrosa, ya con la enseñanza, ya con la traducción de obras escogidas.

Una mujer que posea cualquiera de los tres elementos de vida mencionados, no tiene que temer á la miseria, aunque esté sujeta á modesta medianía, y algunas veces á una honrada pobreza.

Cultiva pues, hija mia, no solo la música que amas con pasión, sino también la pintura, para la que tienes las más dichosas disposiciones, y en la que puedes hacer rápidos progresos en tus

viajes, ya estudiando los buenos maestros, ya copiando bellas y variadas vistas.

En Alemania, en Inglaterra, en Francia, el cargo de institutriz es uno de los mejor retribuidos. En España empieza también á estimarse y á conocerse su utilidad, y además, la joven que no puede ser institutriz puede ser aya, que es otro modo decoroso de ganarse la vida.

Como se suele confundir el cargo de institutriz con el de aya, voy á demostrarte la gran diferencia que entre ambos existe.

Institutriz, es la persona que se encarga por completo, no solo de la *educación*, sino también de la *instrucción* de una niña, porque educación é instrucción son también dos cosas distintas y enteramente separadas la una de la otra.

La institutriz ahorra todos los maestros, enseña á sus educandas la música, los idiomas, el dibujo, y además la religión, la moral, la historia, la geografía, y todas las labores de nuestro sexo: pule y embellece el espíritu y cultiva el corazón; la institutriz debe saber elegir las lecturas de sus educandas, y raciocinar con ellas acerca de todo lo que leen: debe enseñarles á la par que la suave y dulce modestia de las costumbres, las gracias seductoras del buen tono.

Aparte de la artista que en su agradable y cómoda casa, gana su vida independiente, no conozco, hija mia, un destino más bello y más digno para la mujer que el cargo de institutriz: ¡educar jóvenes corazones, formarlos para la virtud, ilustrar y desenvolver las gracias de los espíritus cándidos ó infantiles! ¡qué misión tan adorable, tan bella, tan meritoria á los ojos de Dios y á los de la sociedad! ¡qué dulce manera de aliar lo bueno y lo bello!

El cargo de aya no es tan brillante, pero es también muy meritorio: el aya no evita los maestros; mas la primera educación, es decir, la sólida y saludable, está á su cargo, así como el acompañar á sus educandas; el aya enseña á leer y escribir, la gramática, la historia, la geografía, la moral, la aritmética y toda clase de labores de utilidad y adorno.

El aya como la institutriz, lleva ceñida la frente de una aureola de virtud, de modestia, de intachable moralidad, que está, anexa á su cargo, y sin la cual no podrían obtenerlo: cualquiera de estos dos destinos son honrosísimos para la mujer, y yo aconsejaría á todas

las madres que pusieran á sus hijas en estado de ejercerlos, lo que les daría no solo consideración social, sino medios seguros de vida.

No olvides, amada Julia, mis opiniones y mis consejos, acerca de este punto importante: oirás decir con frecuencia que todos los caminos de ganar la vida están cerrados para la mujer; esto no es exacto: lo que sucede es que las familias se afanan mucho por el porvenir de sus hijos varones; pero olvidan por completo el de sus pobres hijas.

Yo, Julia mia, pienso en el tuyo, como en el de mis sobrinitas, á las que procuro poner en aptitud de que se basten á sí mismas: haz tú lo mismo; estudia, aprende, observa, aprovecha oí tiempo, que es el tesoro del pobre y del inteligente, y llegará un dia en que serás, ó artista llena de gloria, y acaso rica de los dones de la fortuna, ó podrás formar inteligencias superiores, y corazones para la virtud. ¡Trabajo constante y esperanza en Dios! Hé aquí las fuentes de donde nacen la dicha y la prosperidad de la mujer digna y laboriosa!
FELICIA.

XII

Solo cuando se posee una razon muy sana un entendimiento muy claro, es cuando se pueden preferir las personas que nos cuentan el número de nuestros defectos, y nos los corrigen, á las que nos adulan, y nos dan siempre la razón.

Tú posees en grado eminente aquellas dos nobles cualidades del espíritu, mi querida Julia; porque, á pesar de mis severas apreciaciones de casi todas las cosas de la vida, me amas y me lo pruebas siguiendo en todo mis consejos. La docilidad y la blandura de carácter son dos cosas tan buenas y tan bellas en la mujer, que por sí solas la pueden hacer amable y querida de todos, y por lo mismo casi dichosa.

Y cuando estas hermosas cualidades se ven en una joven, parecen como el complemento del encanto que le presta esa edad dichosa en que la belleza moral y física son tan naturales como el perfume en la flor.

Veo por tu carta que sigues mis consejos y que has dibujado en tu cartera algunos paisajes de la soberbia Londres: me dices que su grandeza te admira, pero que te es antipático el carácter serio, adusto y comercial de sus habitantes. Lo comprendo así y lo esperaba.

No puede un carácter débil y dulce como el tuyo, mi querida niña, simpatizar solo en el trato superficial, con el carácter inglés: como la sensitiva, *te* replegas al frío contacto de esas naturalezas heladas y severas; pero si en vez de permanecer en la capital del Reino Unido solo algunas semanas, pasaras en él algunos años, conocerías las bellezas de ese carácter que hoy te parece adusto, insoportable.

Los ingleses quieren *ser* y no *parecer*: á su altivez nativa, importan poco los goces de la vanidad que les son casi totalmente desconocidos; muy contrarios en todo á los franceses, (á los que odian cordialmente por más que digan) todo lo que es farsa y mentira, les parece odioso y antipático.

Lo que recomienda sobre todo á los ingleses al aprecio de las demás naciones, es su amor á la casa y á la familia; yo deseo, mi querida Julia, que el esposo que elijas se parezca á inglés en muchas condiciones, y en esta sobre todo; porque es una de las mayores garantías de dicha para la mujer el que su marido se halle bien en su casa, y no necesite las distracciones de las agenas.

Los países como las personas tienen su lado bueno, aunque tengan algunos malos; ¿qué hay en la humanidad sin su grano de oro? Todo consiste en saber hallar la preciosa semilla, y en saber aprovecharla.

Aprende de las damas inglesas, una de las cualidades más notables en ellas: la sencillez y sobriedad en los trajes, lo que no excluye en ellas la distinción y la elegancia.

Apenas habrá una inglesa que cuente más dedos vestidos: el de ceremonia de seda negro, tan rico como se quiera; y el de fatiga, que es siempre gris y de tela modesta.

Esta ausencia de vanidad y de coquetería hace que haya mucho calor en sus corazones, y que sean buenas esposas y excelentes madres: ¿no has visto los parques que hay en el centro de la gran metrópoli, llenos de niños vigilados de cerca por sus jóvenes y bellas madres? ¿No has reparado en lo esmerado y elegante de los trajes de las criaturas alegres, rosadas, juguetonas, como los cervatillos?

Yo sé que habrás disfrutado con delicia de esta vista encantadora, y que no tardaremos en ver la prueba en algunos de tus cuadros, cuando vuelvas á tu patria.

¡Y bien claramente descubro en tu carta, mi amada Julia, tu deseo de volver á España! El suelo nativo tiene atracciones indefinibles, y jamás es la dicha completa fuera de él, á no ser que se lleven consigo grandes elementos de dicha al dejarle!

Más que tú, desean tu regreso tu buen padre y tus hermanos: hé aquí la dicha de ser buena; para tu padre constituyes la más dulce, la más amable compañía; tus hermanos te aman como á una amiga, y ambos desean oír tu grato acento que les dirige por el camino del bien.

—«Parece que está la casa desierta,»— dice Octavia en su última carta.

Y Fernando añade más abajo:

«Mi querida señora, todo va mal desde que Julia falta, y hasta papá tiene malhumor, por los muchos y varios cuidados que ahora tiene á su cargo.»

Eres, pues, esperada y deseada, mi querida Julia, que es la dicha mayor á que puede aspirar una mujer: *ser necesaria*, y á ser posible, *irreemplazable*: este es el bello ideal á que debe aspirar nuestro sexo, así en el orden moral, es decir, en lo que toca á los afectos del corazón, como en el material, ó sea en lo que se relaciona con los objetos exteriores de la vida, con la necesidad de ganar dinero, con las habilidades y el trabajo.

¿Por qué causa son tan escasas las grandes pasiones? ¿Por qué muchos hombres, perdida su primera esposa, se casan otra y muchas más veces? Porque todas tenían más defectos que cualidades; porque en la vulgaridad, el cambiar es fácil, y hasta agradable.

No son los hombres tan versátiles, tan indiferentes para nuestro sexo en las naciones más civilizadas: el alemán *Vherter*, no es una creación del gran talento de Goethe: en Alemania hay muchas *Carlotas*, y muchas desesperaciones como las de aquel amante, que entre nosotros pasa por un soñador ó por un tonto. ¡Tanto la ignorancia humana es afecta á rebajar lo que no puede comprender!

Sé por las cartas de tu tía á una amiga suya que lo es mía también, lo contenta que se baila de tu compañía, y que va á hacer á tu padre la proposición de prohiarte para que un día heredes su inmenso caudal: sin embargo, creo que él rehusará, y más temo que á ti te seduzca la perspectiva de una fortuna colosal, pues eres pobre.

Dime que no caerás en semejante tentación, mi querida Julia; el dinero proporciona goces, pero trae también infinitas contrariedades: yo he sido rica, y mi inolvidable hermana lo fué mucho más.— ¡Cuántas veces, sentadas las dos en París, en su elegante y rico *budoir* lleno de estátuas, de dorados, de brocados y de encages, me decía;—De todo lo que hay aquí, sólo amo lo que no se compra ni se paga con ningún dinero: tu compañía, el orden simétrico y elegante que tú das á los objetos, la hermosa música alemana, ó más bien la ejecución que le damos á cuatro manos en el piano; y después de esto, lo que prefiero, lo que adoro, son las flores, los libros, mi labor, cosas todas que cuestan tan poco! ¿qué sería este gabinete sin el calor de tu alma y de la mía, sin el recuerdo de mi marido, cuyo retrato me sonrío, sin las risas de mis hijos? Un desierto lleno de tristeza!

Acuérdate de estas palabras, y piensa que no es necesario ser rica para ser dichosa.

FELICIA.

XIII

Madrid 18.....

He recibido tu carta, en la que me anuncias haber emprendido tu vuelta á España, y después otra en la que me noticias tu feliz llegada á esa alegre aunque pequeña poblacion que habitas: en las dos hay un tinte de melancolía que me ha llamado la atención y sobresaltado no poco.

¿Por qué estás-triste, mi querida Julia? ¿por qué ves todas las cosas bajo un aspecto sombrío? Ten entendido, que los misántropos que llegan á serlo á fuerza de sufrir, echan de menos la dulce amistad, la estimación ajena y la propia benevolencia para juzgar á los demás: creyéndose siempre ofendidos, faltos de fuerza moral para sobrellevar las contrariedades de la vida, se refugian en sí mismos, sin pensar en que la soledad solo es soportable cuando la llena Dios con su santa presencia: cuando el pensamiento, aún no amargado, puede reposar en su misericordia divina.

En una mujer, la misantropía es un mal á la vez terrible y ridículo, y vale más que viva rodeada de personas indiferentes, que el que viva sola consigo misma y lleno el corazón de tédio y de aversión al género humano: esto es tan opuesto á su condición, que se supone blanda y amante, tan opuesto á la indulgencia que debe ser su primera cualidad, que la misantropía la convierte en un ser anómalo y excepcional.

Ya te lo he dicho: nadie hay en el mundo que no tenga alguna cualidad buena y relevante, alguna alta y bella prenda moral: pasemos, pues, por alto los defectos, y miremos el grano de oro que en cada alma se oculta, como compensación de otras flaquezas y debilidades: la indulgencia es una dulce virtud que nos hace dichosos, porque amengua á nuestros ojos los defectos ajenos: nadie puede ser perfecto en la tierra.

Te hablaré hoy del punto importante acerca del cual quieres saber mi opinión: me dices que sin detenerte más que algunos dias en la ciudad has pasado al campo: que con motivo de las fiestas de Navidad, han ido otras muchas personas á la bella posesión donde te hallas, además de las que ya se hallaban en ella, y que deseas te diga, cómo deberás comportarte para no hacer un mal papel callando, y no tomando parte en la animada crítica, en las continuas habladurías elegantes, y graciosas murmuraciones, que incesantemente tienen lugar en rededor tuyo.

Tienes miedo de andar por ese terreno peligroso, y con razón; tú que tanto temes á la antipatía, á la falta de aprecio, debes ahora andar con mucha mesura, proceder con mucho tacto y con mucha suavidad para no perder las simpatías que hayas adquirido.

La más pequeña parte que tomaras en esas camarillas, la frase más leve que te pudieran atribuir, seria mirada y vista con ojo de aumento, seria comentada, zaherida, y le darían cien vueltas, en ninguna de las cuales quedarías favorecida.

Así pues, ten mucho cuidado, niña mia, y cuida igualmente de no hacer alarde de una rígida y ridícula virtud, y de no caer tampoco en la común debilidad de hablar mal de todas ó de determinadas personas.

El carácter más franco, la prudencia más ilustrada, no bastan siempre para librarse de oír habladurías; en un chisme se puede figurar sin saberlo y sin quererlo como actor y como espectador: la paz de la existencia y la dignidad del carácter, exigen, sin embargo, que se evite toda participación en esos discursos malévolos, porque cuando menos, exigirían aclaraciones interminables á que obligan las palabras repetidas por personas indiscretas.

Piensa cuando hables, que las paredes no solo oyen, sino que repiten, y con amplificaciones; es preciso, por tanto, imponerse el esfuerzo de ser sorda é indiferente para todas las malas ideas engendradas por la malevolencia, traídas y llevadas por la indiscreción y por el espíritu de intriga; este esfuerzo penoso no se renueva con frecuencia, porque cuando se ha establecido sólidamente la repugnancia que causa el oír discursos hostiles, y habladurías peligrosas, se escapa á la obligación de rehusarlos; los maldicientes buscan, no solo auditorio, sino ecos y aplausos.

La primera regla que debe observarse, es la de no hablar jamás de una persona ausente, en otros términos que los que se usarían en su presencia: esta regla sola basta para preservarte de la acusación de falsedad en primer lugar, y luego de las dificultades que arrastra consigo una conducta doble.

No dependerá, sin embargo, de tí el oír las mentiras interesadas, y las acusaciones inmerecidas; es preciso, mi amada Julia, que te resignes á soportar unas y otras, y que tomes desde luego tu partido acerca de las sinrazones que pueden hacerte, debilitando la

estimación y el afecto que mereces: esta tarea llegará á serte fácil, si reflexionas un poco, porque verás que las personas accesibles á la mentira, y bastante fáciles para dejarse llevar de la lisonja que hace parte de la táctica de los embusteros, no merecen ni un solo pesar de tu parte, ni que hagas esfuerzo alguno para persuadirles.

Mañana volveré á escribirte: la medicina en pequeñas dosis, hace más saludable efecto; continuaré tratando el mismo punto, y hablándote de las reglas generales y particulares que debes observar para que té amen y te estimen todas las personas que te rodean.

FELICIA.

XIV

Continuando el mismo asunto de ayer, te diré, mi querida Julia, que son innumerables las ventajas de la discreción y de la reserva; pero que una desconfianza absoluta tiene grandes inconvenientes: mi anhelo es que sometas tus acciones y palabras á las reglas de una prudencia ilustrada y razonable: en esa sociedad hallarás alguna otra joven con la que puedas simpatizar, á la que puedas comunicar sin peligro tus impresiones, pero no olvides que las "buenas y leales amigas son raras, y mantente en una prudente reserva hasta que el tiempo te haga conocer sus cualidades.

Los caracteres poco comunicativos, frios en la apariencia, suelen ocultar las más bellas prendas, suelen ser los más capaces de amistad, y, sin embargo, no se abandonan fácilmente á repentinas expansiones.

Aun en el caso de que tengas la dicha de hallar la amiga que yo te deseo, y que como te he dicho, no será difícil que encuentres, te aconsejo que te ocupes lo menos posible de las acciones y de los defectos de los otros, y esto te lo aconsejo, no solo por el deseo de preservarte de los malos ratos que los chismes traen consigo, sino

porque esta abstinencia me parece indispensable para conservar los sentimientos de caridad y de simpatía que debemos á nuestros semejantes.

La malevolencia es pocas veces un sentimiento innato en nosotros; casi siempre puede llamarse *trasplantado*; la costumbre, ya lo sabes, puede llegar á ser una segunda naturaleza, y nada es más propio que la murmuración para alimentar y cultivar ese sentimiento, que acostumbrándonos á culpar los otros, nos conduce á odiarlos y ser odiosos nosotros mismos. Es imposible amar á las personas, de las cuales se analizan constantemente los defectos, y por lo mismo debemos aplicarnos á notar las cualidades buenas de cada una, si no queremos apagar en nosotros la benevolencia que puede sola ayudarnos á soportar las imperfecciones de los demás y conseguir que soporten nuestras propias imperfecciones.

Por otra parte, la costumbre de criticar no solamente rebaja el corazón; empequeñece también la inteligencia, y hace incapaces á los que se dejan dominar por ella, de comprender las grandes acciones, y de creer en las bellas cualidades; es una especie de *oidium* moral, de enfermedad gangrenosa, que marchita y deseca los corazones que ataca: conduce á sospechar de las acciones más sencillas, y se transforma poco á poco, sin que se tenga conciencia de la metamorfosis, en uno de los vicios más vergozosos.

Del mismo modo que algunas plantas cambian de nombre y de carácter, según su edad, la murmuración, después de algunos años *de ejercicio*, cambia de proporciones y se convierte en calumnia. Una joven murmuradora, llega á ser una mujer envidiosa, siempre pronta á infamar: la murmuración, la envidia y la calumnia, provienen de la malevolencia que se exagera con la edad, con el pesar que la vejez trae consigo para la mujer frívola; y siendo un defecto, que parece ligero en su origen, se desenvuelve hasta ser un vicio odioso.

Cuida, pues, mi amada niña, de todo lo que hablas en medio de esa gran reunión de personas distintas, de caracteres opuestos y de gustos diferentes: piensa en que te hallas aislada en medio de muchas mujeres á las que puedes ser antipática, y de muchos hombres á los que agradas en extremo; y ten entendido, que cada una de estas dos cosas constituye un escollo cierto y un peligro probable: ten cuidado con lo que dices, y más con lo que haces: no

tomes parte en ninguna apreciación ofensiva para los demás; no des tu asentimiento á la murmuración; no acuses, sino elogia siempre que te sea posible, y cuando no, guarda un prudente silencio.

Huye con cuidado de mezclarte con aquellas personas, cuya loca alegría, viveza de carácter y lenguaje descompuesto las ponga en evidencia; porque acaso alguna de las inculpaciones á qu den lugar, recaiga sobre tí: una conciencia delicada no se puede acomodar con la compañía de personas que no merecen la pública estimación, y no hay seguridad posible en las relaciones que se tienen con ellas: créeme, Julia; ninguna persona posee menos la estimación de los demás, que la que adquiere fama de malévola y dada á la crítica: á esas gentes se les teme y no se las ama ni se las estima jamás.

Los murmuradores se alejarán de tí por sí mismos, si les pruebas á la primera ocasión, la firme voluntad de no oír suposiciones malévolas, acerca de las personas de tu amistad; y te será muy fácil hacer cesar sus habladurías, diciéndoles con política y firmeza, que tienes afecto á las personas de quienes se trata, y que te es penoso el oír hablar de ellas en términos ofensivos: en una palabra, mi querida niña, ten presente que es preciso ser indulgente para los defectos ajenos, y caritativa para el ridículo, á fin de hacernos amables y estimados á todos.

FELICIA.

XV

Ya ves, mi querida Julia, como mi amor te sigue á todas partes; como mi pensamiento te acompaña, y como la débil luz de mi esperiencia va cerca de tí, para mostrarte el camino de la vida.

Ya estás de vuelta bajo el techo paterno, asilo el más dulce, el mejor, que una jóven puede tener: comprendo bien el que tu padre accediese á privarse de tu compañía para que acompañases á tu

opulenta tia en su viaje á Inglaterra: comprendo también, que cediendo á las instancias de una antigua amiga, te haya dejado durante un mes en ese suntuoso castillo señorial: tu madre era de elevada clase: tu padre ha querido y ha debido conservar las relaciones que tenia en provecho de sus hijos, y esas razones me hacen aprobar su conducta respecto de tí, y así se lo he dicho con toda sinceridad cuando me lo ha preguntado,

Pero en medio de mi alegría, al ver que en tí aman y estiman la memoria de tu bella y buena madre, es lo cierto, Julia, que yo ansiaba con todo mi corazón el verte al lado del que es tu protector natural; de la persona que te quiere más en el mundo; de tu padre, en fin, tan bueno, tan indulgente para tí, y para tus hermanos.

Á estos les haces falta también á su lado: la edad de Octavia necesita ya de continuos cuidados; y tú que eres á la vez su amiga y su aya, comprendías como yo, según veia en tus cartas, que tu presencia le era necesaria. Fernando, con ser menor, y siendo niño, se hallaba triste y desanimado lejos de tí; así me lo decía él mismo, y ya te copié el parrafito de su carta en que me hablaba de esto.

Conserva, hija mia, conserva á todo precio el amor de tus hermanos, estos primeros amigos que nos da la naturaleza: las fiestas más espléndidas, las riquezas, el lujo, nada compensa la deliciosa intimidad de la familia: el corazón entre los que nos pertenecen por los lazos sagrados de la sangre, se llena de una dicha inefable, y de una alegría sin mezcla de ninguna sombra.

Además, hija mia, desde que hay *alguno* que te habla cíe amor, ya no debes salir del lado de tu padre; aunque con mucha vaguedad, me das á entender que tu corazón se anima, y que en breve la bella flor del amor brotará en él lozana y pura, porque tu elección ha de ser digna de tí; no dejes á este corazón joven é inesperto apasionarse de lo más brillante, mi querida Julia, sino de lo más bueno, de lo más noble, de lo más digno.

El matrimonio no es una cosa frívola: como dice muy bien un poeta español, es

Lazo dulce, lazo tierno
cuando lo forma el amor;
nudo si no, de dolor,
y un purgatorio, un infierno!

Si así se les enseñara á mirar, no solo á nuestro sexo, sino también al otro; si se les dijera los inconvenientes, las tristes consecuencias que pueden resultar de una unión eterna si el amor se extingue, ó solamente se entibia entre las personas que la han contraído, no habria tantas uniones desgraciadas, tanta inmoralidad, tantos dolores, tantas irreparables desgracias.

Para el matrimonio no hay término medio: es el cielo ó es el infierno; es la dicha completa, sancionada por la moral y por las leyes, por Dios y por los hombres, ó es la desgracia más honda, la más terrible y la que nadie compadece ni consuela.

Dejo este punto, que debe ser tratado séria y detenidamente, para hablarte de otra cosa también importante.

Á pesar de lo que tus hermanos te aman, te disgustan y te hacen sufrir; la niña es enemiga del trabajo, falta de actividad, y se hace sorda á todas tus reprensiones, porque tu padre, de carácter débil con sus hijos—como lo son casi todos los hombres—no te presta ninguna ayuda moral, y antes bien se manifiesta disgusta cuando riñes á Octavia.

Mal es este muy común en las familias mejor educadas y mejor unidas: por regla general, hija mia, el hombre es egoísta y no gusta de oír regañar en su casa; las armonías celestes no le parecerían bastantes para arrullar su sosiego doméstico; haz, pues, desde ahora, tu aprendizaje, porque acaso tu marido, cualquiera que sea el que elijas, pensará del mismo modo; hay muchas esposas que no solo no pueden reconvenir á sus hijos, sino que ni aun pueden decir á su cocinera que está salada la comida, sin que sus maridos manifiesten claramente, y aún sin esperar á que se retiren los criados, el desagrado que esto les ocasiona.

¿Pero qué remedio oponer á lo que no lo tiene? ¿Cómo poner en el corazón del hombre un instinto de justicia que se sobreponga á su natural egoísmo? ¿Cómo darle la seguridad de que nos guía un sentimiento equitativo al reconvenir á los demás?

¡Imposible! y para lo imposible no hay otro recurso que la resignación y los paliativos.

Voy á darte dos reglas principales para que te evites sinsabores:

1. ^a Riñe poco á tu hermana.
2. ^a Jamás la reconvengas en presencia de vuestro padre.

Hé aquí una sucinta explicación de estos preceptos.—Riñe poco á tu hermana, porque con los caracteres tercos y fríos es mejor guardar reserva y dignidad, que emplear reconvenciones inútiles, rebajando el propio decoro, que siempre sufre al ver una constante desatención.

No la reconvengas nunca delante de tu padre, evitando así el concluir de perder toda fuerza moral con tus hermanos, los que cada dia van adelantando en comprensión.

No hay otro remedio que aceptar lo que no puede evitarse: haz de la necesidad virtud; acepta á Octavia tal como es, y corrígela constante y silenciosamente con el ejemplo, que es la más elocuente de todas las lecciones de este mundo.

Quizá ella misma se avergüence al verte callar y sufrir; eso está en lo posible y se ha visto muchas veces; en todo caso no tendrás el dolor de ver menospreciadas tus amonestaciones.

¿Quién sabe si muy pronto no serás la reina dichosa de un hogar tranquilo, la soberana querida de un buen esposo que te ame y te estime?

Entonces la necesidad enseñará á Octavia sus deberes; entonces tu padre te liará justicia comprenderá la razón de tus quejas y sus propias sinrazones.

La vida es triste, hija mia, y no en vano se llama á este mundo *valle de lágrimas*; pero todo tiene sus compensaciones: al lado, ó muy cerca del dolor, está la alegría; y sobre todo podemos tener un bien de nuestra propiedad exclusiva y que nadie puede arrebatarnos: LA PAZ DE LA CONCIENCIA.

Espero noticias de tu padre y tuyas acerca de los vagos proyectos de enlace que según creo se agitan alrededor tuyo: me figuro que tu opulenta tia tiene también algún candidato: para dar tiempo, en mi próxima nada te hablaré de matrimonio, y sí solo de los pormenores del gobierno doméstico.—FELICIA.

Madrid, 18...

La ciencia del gobierno interior del hogar doméstico, no es tan fácil ni de tan poca importancia como se cree; no es tampoco una ciencia del todo material, como las jóvenes suponen cuando aún se hallan bajo el techo paterno; porque esta ciencia es «el arte de emplear, para la utilidad y el bienestar de la familia, los recursos que la Providencia pone en nuestras manos.»

Para conseguir este fin, el más bello á que puede aspirar la mujer, es necesario ciertamente saber muchas cosas prosáicas para practicarlas por sí misma ó mandarlas con inteligencia y acierto; pero la reunión de todos estos pequeños talentos materiales constituyen un conjunto que dá el resultado más glorioso para nuestro sexo.

No sé quién ha dicho que *el talento sirve para todo*; pero quien quiera que sea, ha afirmado una gran verdad. Las más ilustres mujeres, aquellas cuyo talento ha asombrado á propios y á extraños, no han desdeñado el ocuparse de las faenas domésticas y del gobierno de su fortuna. Madame Stael, uno de los más grandes genios femeninos que la Francia ha producido, limpiaba *por sí misma* el salón lleno de toda suerte de preciosidades artísticas, que aún el más inteligente de sus numerosos criados le hubiera, quizá, echado á perder. Mistris Bennet, célebre novelista inglesa, que vivía solo del producto de su pluma, cuidaba del gobierno de su casa y daba Cada mañana las provisiones para el día, «único modo, decía, de reunirle un dotecito á mi pobre hija.» Jorge Sand, ésa ilustre dama, descendiente de reyes, que bajo aquel pseudónimo tanta gloria ha dado á su patria, ha vivido algunos años tejiendo encajes en los ratos en que la fatiga le hacia caer la pluma de la mano, y ha tenido -siempre el orden más admirable en sus negocios: hoy mismo, (1) retirada en su castillo señorial de Nohant, rodeada de sus hijos que ha educado con amor, de sus nietos y de algunos fieles amigos, toma las cuentas á su mayordomo, y por las noches borda tapicería hasta las once que se retira escribir, pues el trabajo es y ha sido siempre una necesidad de su vida.

Es, pues, cosa notoria, que el talento no impide á la mujer el cumplir ninguno de sus deberes domésticos, sino que le enseña cumplirlos todos con perfección.

La ciencia del gobierno doméstico tiene como auxiliares;

Para *ahorrar*, el trabajo y la economía.

Para *conservar*, el orden y la limpieza.

Para *utilizar*, los diversos conocimientos adquiridos y las lecciones de la experiencia.

Para *reparar*, la industria y la actividad.

Para *embellecer*, los instintos y los preceptos del buen gusto.

¿No te parece, mi querida Julia, que si toda estas virtudes reinan en una familia llevarán á ella la paz, la abundancia y la alegría?

La dicha del hogar consiste, en efecto, casi exclusivamente en la mujer, á quien está confiado el gobierno de este pequeño reino interior; los demás individuos traen de fuera los elementos del bienestar; mas sin el auxilio de la mujer, estos elementos serian improductivos.

«Ningún bien —dice Fenelon—puede hacerse en la casa sin la mujer.»

Los antiguos nos consideraban también de una manera muy alta. Es, decían, *el magistrado* que dicta las leyes y las hace observar. Si Dios le ha dado las gracias exteriores, ha sido para hacer amada y dulce su autoridad.»

Á la mujer está encomendada la vigilancia interior, y no debe fiarse de nadie para evitarse el trabajo, que no deja de ser penoso, de ejercerla; debe pasar revista á las personas y á las cosas, como un general pasa revista á sus tropas; exigir que cada objeto se halle limpio y en su sitio. Como una reina, debe elogiar, recompensar, reconvenir y activar á todos y á cada uno con su ejemplo. Como una madre, en fin, debe cuidar de la alegría y de la salud de todos.

Los árabes tienen un cuento célebre, para probar hasta qué punto es necesaria la vigilancia de la mujer en el hogar doméstico.

Una joven, casada con un hombre opulento, veia que su hacienda se iba arruinando y que la fortuna de su marido iba muy á menos; afligida consultó á una maga de gran renombre, diciéndole lo que ocurría, y pidiéndole algún remedio para precaver la ruina total de su casa, que veia próxima.

—Toma esta cajita, le dijo la vieja hechicera, y cada mañana, levántate temprano y cámbiala de sitio; un dia la pondrás en la despensa, otro dia en el granero, otro dia en la cueva, cada dia en

uno de los salones y gabinetes de tu casa, sin olvidar tampoco el comedor y la cocina; haciendo esto, tu hacienda irá creciendo en vez de ir á menos.

La joven obedeció: ¡pero qué malos ratos le costó la docilidad á esta órden! vió lo que jamás hubiera querido ver; los caballos muriéndose de hambre en las cuadras, mientras los palafreneros se gastaban el dinero de la avena; las cubas vacías de vino, que vendía el despensero y bebían los criados; la despensa desprovista de todo; el comedor en perpétuo festín con los amigos de sus lacayos y camareras; la cocina con los utensilios rotos y sucios y sin provisiones... La jóven reconvino, amonestó, dió órdenes, hizo compras, guardó llaves, y en fin, donde iba la maravillosa cajita fué remediado el desorden y el vicio.

Pasado un mes, la jóven árabe fué á devolver la cajita á la maga.

—Hoy se cumple el término—le dijo— que me habéis dado para devolveros este maravilloso talismán: yo ignoro, señora, lo que hay dentro de esta caja, pues me habeis ordenado que no la abriese; pero es lo cierto que me ha devuelto la dicha y la riqueza: mi casa prospera; mi opulencia vuelve, y ya no está la sombría fantasma de la miseria sentada á mi puerta.

—¡Mira! dijo la benéfica maga; y abriendo la cajita, mostró el fondo vacío á los ojos de la jóven agradecida. Ya ves que no hay nada, continuó. Tu presencia sola ha llevado á término feliz el desorden de tu casa; llevando al interior de ella, que jamás vigilabas, el supuesto talismán, has visto el mal y has buscado el remedio.

Hay mujeres elegantes que tienen su interior doméstico en el estado de orden más perfecto y más admirable.

Levantadas desde temprano y vestidas de una bata cómoda, encerrados los pequeños pies en unas zapatillas, van con paso ligero y mirada penetrante vigilándolo todo, inspeccionándolo todo, corrigiendo suavemente los desórdenes, alabando lo que está bien hecho, dirigiendo las evoluciones de la cocina y del aseo interior, y ordenando las comidas de todo el día, que quizá han de saborear algunos convidados, y hasta el agradable té que se toma en amigable conversación al dulce calor de la chimenea.

Á las dos dé la tarde, estas mujeres, que no por ser activas é inteligentes dejan de ser bellas y distinguidas, están ya vestidas con esmero, peinadas con gracia, recibiendo, si es un dia d recepción, visitando el salón de alguna amiga ó leyendo en su gabinete con tanto sosiego como si nada supiesen de los detalles, siempre hirientes y enojosos, de la vida material; pero siempre precisos, si es que se desea el bienestar y la prosperidad de la familia, que debe sernos tan amada.

Es imposible dejar pasar largo tiempo, sin una minuciosa revista, ningún armario ó siti donde se guarde ropa blanca, con abundancia, plata, vagillas, etcétera, etcétera... porque si se tarda en contar, es casi seguro que siempre falte algo de su contenido; el medio mejor para conservar lo que se tiene, es tenerlo por inventario, y cada mes, lo más tarde, contarlo con la lista en la mano, y hacer buscar al instante lo que falte, ó al menos convencerse de quién ha podido extraerlo, lo que es fácil mediante un breve espacio de un recuento á otro, y despedir al criado en quien recaiga la sospecha.

Es un método muy cómodo y que ahorra infinitas dificultades, el dar la ropa para el lavado y el planchado por cuenta escrita; el apuntar las compras y el dia que se hacen, como la casa en que se hacen, para cotejarlas con la calidad, precio y duración de otros proveedores; y en fin, es preciso procurar el que los gastos sean menores que los ingresos para que la prosperidad de una casa no vaya decreciendo, pues este es el camino seguro de una ruina cierta é irreparable.

Ya ves que como te dije en mi anterior, nada, absolutamente nada, te hablo aún de matrimonio: espero que me digas algo del particular, y créeme, estoy con una gran inquietud, porque temo que tu juicio se estravie, y que aceptes, siquiera sea indirectamente, lo que te parezca más deslumbrador, pero no lo que puede hacerte más dichosa.

Hija mia, yo te lo suplico: no tomes ninguna determinación sin consultar á esta amiga, que ya tiene una larga y dolorosa esperiencia de la vida.

FELICIA.

XVII

Madrid 18...

¡Gracias á Dios que sé á qué atenerme! tienes dos pretendientes: dos hombres te desean para compañera de su vida, sincera, lealmente, y ya han hablado á tu padre, no solo para que influya en su favor, sino para que les conceda tu mano!

Tu tia no quiere ya tomar parte en este asunto: desechados dos candidatos suyos por tu buen padre, que hallaba al uno demasiado rico, y al otro demasiado viejo, ya solo quedan—por ahora—dos aspirantes á tu cariño.

Tus estrañas reservas, tus reticencias, y la violencia, de tu estilo, que hallo como premioso y fatigado, me dicen claramente, cuál es el que prefieres, y que tu ánimo, como yo temia, se inclinaba á lo que más, brilla, y no á lo que más vale.

Los hombres á cuya clase pertenece el que parece que prefieres, no pueden amar á nadie; se aman, sobre todo y ante todo á sí mismos, y después suelen dignarse pensar un poco en los demás.

Su persona les es sagrada; tanto la respetan la cuidan, y velan sobre sí propios; ellos son el *número uno* de la vida, según su elevado concepto.

Si ese hombre llegara á casarse contigo—de cuyo pensamiento se arrepentirá quizá en cuanto vea que no le admiras lo que él desea tenias segura, mi pobre Julia, la desdicha de toda tu vida, á cambio de darle tu corazón y tu pensamiento, es decir, lo que una mujer debe emplear bien y dignamente, y no en un fatuo lleno de vanidad.

Ese *otro* de quien tan poco me hablas, es quizá el hombre con quien tu padre y yo deseábamos más verte casada. Ya sé que no posee una figura muy bella; que no es rico; que su posición social, no es brillante: á la simple vista, el hombre de mundo, el dandy que puede ofrecerte una corona de marquesa, una figura sin tacha, una fatuidad sin ejemplo, una pingüe renta, un palacio soberbio, y una vanidad que se ha hecho proverbial, era un partido á todas luces

preferible: mas aunque pensara en casarse contigo, yo que te amo, lo rechazarla, y daria tu mano al otro pretendiente, segura de que con él serias mucho más dichosa.

Para amar á un hombre como al compañero de la vida, como tú deseas amar, como es preciso amarle, para unirse á él para siempre, no basta con que posea las prendas exteriores, y las ventajas materiales: necesita estar adornado de las nobles y elevadas cualidades del espíritu: necesita ante todo tener un grande y hermoso corazón, ser generoso, sensible, honrado; necesita tener á la vez energía de carácter, y sensibilidad profunda: y con estas prendas, se hará no solo amar, sino también estimar de su mujer.

El marido ha de ser superior á la esposa, porque él es el protector natural de aquella, es el jefe de la familia, es el que debe mandar, aconsejar y decidir en todo.

¿Y te parece á tí, que te es superior ese joven superficial y frívolo, que solo piensa en sus chalecos y corbatas, que pasa el día fumando en el casino, y la noche visitando los palcos de sus elegantes, amigas?

¿Podrías hallar en ese hombre un amigo sério y grave? ¿podrías hallar un compañero fiel, para hacer el camino de la vida? ¿podrías estimarle, al ver que solo se ocupa de los cuidados del tocador?

¡Oh, no, Julia mia! antes quisiera verte coronada de flores, y estendida en tu blanco ataúd, que esposa de un hombre de esos que ven en su mujer solo un lindo juguete! porque de las que tienen tales esposos, salen las mujeres estraviadas, las esposas culpables, las malas madres!

¿De qué te servirla llevar la frente ceñida de brillantes, y tener el corazón yerto, vacío, ó lleno de culpables deseos?

¿De qué, tu suntuoso palacio, si en él no moraban ni la paz ni la felicidad? ¿De qué los espléndidos carruajes, si paseabas en ellos con hastío mortal?

¿De qué, las lisonjas de innumerables aduladores, si no tenias un afecto sério y seguro en que apoyarte ?

Yo le pido al cielo verte sentada á la puerta de una casita de campo en verano, rodeada de dos ó tres niños, en tanto que tu marido lee y fuma á tu lado, echando de vez en cuando una mirada de felicidad sobre su esposa y sus hijos: deseo verte en el invierno,

en una modesta estancia, cosiendo los trajes de tus niños, en tanto que estos duermen al derredor tuyo: sí... porque la dicha no es la riqueza, ni el lujo, ni la ostentación, ni el causar envidia á los otros: la dicha la constituye la feliz medianía distante, lo mismo de la riqueza que de la miseria; la paz interior, el mutuo amor, y la recíproca confianza.

Es ya preciso que no te separes del lado de tu padre, y que vayas con él á todas partes, porque desde el instante en que hay un hombre que se dirige á tí, tu sitio es al lado de este dulce y respetable protector.

Si no te disgusta ese *otro*, es probable que dentro de poco tiempo estés casada, con uno de los hombres más estimables que conozco: ese día será uno de los más felices de mi vida, y te prometo ir á prender en tus cabellos el velo nupcial, aunque tenga que dejar por unos días á mis niñas.

Mas si no sientes hacia él una viva y verdadera inclinación, no alientes la suya con tus coqueterías: esto sería indigno de tí, y además sería culpable, porque no se debe jugar con un corazón bueno y honrado, y que te se ofrece con lealtad.

Adiós: voy á contestar una larga carta de tu padre, que se refiere á tí: ya sabes que mi mayor deseo es el de tu felicidad, y que te quiere con el alma tu tierna amiga, que te abraza.

FELICIA.

XVIII

Permíteme que empiece riñéndote, según mi costumbre, y no me llames por eso intolerante: llámate tú *incorregible*, y tendrás más razón.

¿Cuándo podrás y querrás sujetar el vuelo de esa imaginación enfermiza y desarreglada? Cuándo verás las cosas tales como son, y no tales como las forja tu fantasía? ¿Por qué exigir del cariño de la

familia, del afecto de la amistad, del amor mismo, más de lo que pueden darnos?

Feliz me llamé cuando vi que habías olvidado al dandy enamorado de sí mismo, y que sentías alguna simpatía por Eugenio de Montellano: este es hijo del mejor amigo de mi marido y siempre nos ha distinguido con el más verdadero y tierno cariño. Con un talento más sólido que aficionado á brillar, posee más las prendas del corazón que las del carácter, y es más bien hombre de sentimientos que de impresiones: modesto toda su vida, enemigo de llamar la atención; pero leal, sincero, generoso con todos, su posición jamás ha pasado de mediana, aunque posea un talento natural aventajado, y una instrucción variada y seria.

Preciso me es hacerte este relato, que tú debías haberme hecho á mí, si te hubieras detenido un poco á examinar el carácter de hombre con quien vas á unir tu suerte por acuerdo recíproco entre tu familia y tú: ¿y cómo es posible que no hayas pensado ya con madurez en las condiciones especiales de Eugenio? ¿Así vas con tanta lijereza á dar el paso más serio de tu vida?

Me quejo aquí de tu falta de reflexión, porque solo á ella se debe el que te quejes *de lo que no hace Eugenio*: te lamentas de que pasa algunas horas lejos de tu lado, de que se entretiene en conversaciones graves con las demás personas que van á casa de tu padre, de que no te dice las ternezas que tú esperabas, ni se ocupa exclusivamente de tí...

¡Y qué, hija mia! ¿Querías para marido un chichisveo, un ente insustancial y frívolo? ¿has soñado, acaso, con tener á tu lado un nuevo Marsilla, como el que dió renombre á Teruel con su pasión, siempre muriendo por tí y renovándose como el pólipo, para volver á morir incesantemente?

Eso no puede ser: hay hombres más dados que otros á las manifestaciones exteriores, y hay algunos que solo saben sentir, espresando poco lo que sienten; á estos pertenece Eugenio. ¿Crees tú que podrá cambiar su carácter, por más que hagas y que digas? No: á lo más que alcanzarás será á violentarle, y la violencia, créelo, dura poco y hace odiosa á la persona qu la impone.

Sé para él indulgente, afectuosa y buena; porque si llega á temer tu carácter, odiará el lazo que le va á unir á tí, y si le forma para no

faltar á su palabra, será quizás á pesar suyo: piensa en lo horrible de esta situación para entrambos.

Bien sé yo que hay muchas mujeres á las que sus maridos temen; mas ¡qué deplorable imperio es ese! El amor huye llorando y cubriéndose el rostro con sus alas, porque el temor no puede vivir al lado suyo: imposible amar á una mujer dominante, imperiosa, exigente y colérica.

Casi nunca se halla en el matrimonio la conformidad de caracteres, y si existiere una igualdad perfecta, acaso resultaría de ella una monotonía insufrible, cuando se vé, por el contrario, que del contraste resulta muchas veces una perfecta armonía: mas para esto, fuerza es que cada uno ponga de su parte, y que soporte con paciencia las contrariedades que el otro le impone.

Y no te lisonjees de alcanzarían dichosa suerte, Julia mia; el hallar un marido que ceda á todo como tú, no es cosa fácil, y es lo natural el que seas tú la que ceda siempre y la que se violente. Esta es la misión y el destino de la mujer: quererlo eludir, conduce á la desgracia.

No obligues, pues, á tu marido á que se ocupe constantemente de tí, ni aun ahora que el papel de amada te dá muchos derechos, que perderás con el de esposa, si no sabes conservarlos; aun ahora que él desea merecerte, no le muestres el lado oscuro de tu carácter; no seas exigente: déjale que se ocupe de otras cosas, deja al amor vivir libre, porque toda llama aprisionada, dá menos luz y menos calor.

Si él es meditabundo, ¿cómo le quieres volver superficial? Si es callado, ¿cómo le harás hablador?

Lo importante es que te ame, y déjale las formas que quiera elegir: lo importante es que á tu lado se halle mejor que en ninguna parte, que contigo halle la dicha, que tu pensamiento se halle acorde con el suyo, y que las armonías del espíritu os unan poco á poco, porque este es el lazo indisoluble que hace eterno al amor.

Poco á poco irá acercándose más á tí: sin que él lo sepa, tú te apoderarás de todas sus aspiraciones, porque solo siendo un malvado puede un hombre no amar profundamente al sér que le quiere, le respeta, y le hace dichosa y bella la vida.

La pasión es súbita como el volcan: el amor eterno y perdurable, crece y se robustece, y aunque nace niño, se vuelve gigante invencible, si le nutren con esmero la indulgencia y la virtud de la mujer.

FELICIA.

FIN DE LA PARTE PRIMERA

LA MUJER EN NUESTROS DIAS.

PARTE SEGUNDA.

I

De vuelta en mi casa y al lado de mis niñas después de haber asistido á tu enlace, mi primer cuidado, hija mia, es escribirte.

¡Qué alegría siente mi corazón!

¡Ya está tu suerte asegurada! ¡Ya tienes un protector, un amigo, un sosten para el áspero camino de la vida! ¡Ya no estaré temiendo por tí á cada instante, y si tu padre es llamado al seno de Dios, ya no dejará este mundo con la amarga pena con que lo hubiera dejado antes de que tuvieras un esposo!

Has hallado un hombre honrado, dotado de cualidades reales, de virtudes sólidas, y no un pisaverde insulso y superficial, para amigo y sosten en tu camino: dá gracias al cielo; piensa que con ese hombre, Julia, debes compartir los trabajos, los pesares, las alegrías, los cuidados de la familia, el peso de la vida, en una palabra.

Es preciso amar mucho, es preciso amar con una afección generosa y sólida al hombre que se elige, al que se acepta en la fortuna como en la desdicha, en la salud como en la enfermedad, hasta la muerte: y tú le amas así: mejor que tú misma, tu padre -y yo hemos descubierto el estado de tu alma, y hemos visto que existe

en ella el germen de ese bello y santo amor, que es la luz sagrada del hogar doméstico.

La opulencia no habita tu casa: tú no tienes dote, y tu marido empieza ahora á trabajar como abogado; pero tanto mejor: de este modo gozaré más completamente de los progresos que haga vuestra fortuna: tu marido aporta al matrimonio el talento y el trabajo: trata tú de aportar el orden y la economía.

Yo sé lo que es la dicha en el matrimonio, porque en él he sido muy feliz: y sin embargo, aunque al principio conocí la opulencia, pasados algunos años solo una modesta medianía nos rodeaba; la fortuna cerró sus alas de oro sobre nuestra morada; pero ¡qué dulce y fuertemente el alma de mi marido estaba unida á la mia! En todo nos entendíamos, y nos comprendíamos en todo. No había una disonancia en el mudo coloquio de nuestros corazones, ni en la constante comunicación de nuestras almas.

Una mujer es dichosa tan largo tiempo como puede ser amada y amar: ¿y cómo dejar de querer al que nos unen el deber y la elección libre del alma? ¿Cómo no amar al que nos ha preferido, al que nos protege, al que divide con nosotros todas las penas y todas las alegrías de la vida?

Con otra alianza tú hubieras podido tener diamantes, carruaje, y gastar una gruesa suma con tu modista cada año: una bella niña de diez y siete años, bien nacida y bien educada, podía aspirar á otra unión, que el mundo llamaría más brillante; pero esas ventajas tan buscadas, no nos han parecido á los que te amamos garantías suficientes de dicha, y te hemos colocado con entera confianza bajo la protección de un hombre serio y honrado, que continuará dignamente la obra de tu educación.

Ésta se divide en dos partes; y aunque la primera es muy importante, sin duda, la segunda, la que una mujer recibe de su marido, es la que influye en bien ó en mal sobre su existencia, ayudando también á formarla el mundo y las personas que la rodean.

Á pesar de tu feliz natural, á pesar del equilibrio que reina entre tu sensibilidad y tu razón, á pesar del recto sentido que demuestras, tu padre y yo hubiéramos temblado de darte á un hombre frívolo ó solamente descuidado.

Y sin embargo, Julia mia, á pesar de la confianza ilimitada que tu marido me inspira, no podria yo menos de abrigar un sentimiento de inquietud, si hubiera tenido que romper contigo esta costumbre de dulce intimidad que disipa los pequeños pesares y las penas quiméricas, analizándolas. Tu marido consiente que sigamos nuestra correspondencia; escíbeme, pues, todo lo que se dice á una madre; dame parte, como antes de tus impresiones, huéspedes incómodos y peligrosos algunas veces. Las dos seremos bastante hábiles y bastante fuertes para separar de tu mente lo que te cause pena.

Ahora ocúpate con cuidado del arreglo de tu casa: ya sé que vais á pasar todo el resto del mes con tu padre, en tanto que se dispone tu modesto, pero bello nido conyugal; tu marido está acostumbrado á vivir en la parte del Norte de Madrid, donde tiene sus relaciones, y á tí t agrada la parte opuesta, es decir, la que está cerca de los teatros y paseos; es indudable que, por darte gusto, irá á donde tú desees; mas no olvides que esto le costará un sacrificio; no le obligues á ceder en este punto, y piensa, Julia, que los sacrificios, aunque sean pequeños, exigidos repetidamente, debilitan hasta las afecciones más sólidas: además la parte de la poblacion que él prefiere, me parece la más apropósito para una vida sedentaria, ocupada, para la vida de familia en una palabra: las habitaciones son allí más estensas y más baratas: en fin, Julia, en todo cuanto te sea posible, trata de complacer á tu marido, para que nazca en él hacia tí una afección profunda y durable; porque ahora te cederá en todo; pero poco á poco, y pasada la primera embriaguez de la luna de miel, se le harán duros tus defectos, y acaso, herido por ellos, su corazón se enfriará para ti.

Evita esto con cuidado, hija mia; evita que la primera nube se forme en el cielo azul y puro de tu dicha; evita la primera cuestión, porque á esta se sucederán otras, y quizá llegarías á ese estad de ánimo siempre triste y displicente, que tan cruel enemigo es para la dicha conyugal.

FELICIA.

II

Conozco tu sensibilidad extremada y estoy siempre alarmada del giro que pueden tomar tus ideas: acaso llevada de tu afición á la vida doméstica, acaso dominada dulcemente y subyugada con la dicha que en tu hogar experimentas, te encierres en él, y pierdas toda comunicación con la sociedad exterior.

Quiero precaverte contra ese nial, y también contra otro muy común en los matrimonios que se aman extremadamente.

Es muy posible que así que te acostumbres á tu marido y le creas á él acostumbrado á tí, descuides ciertas pequeñeces, que después de las grandes prendas del carácter, son las que sostienen el amor en el corazón del hombre.

Conozco muchas mujeres, que antes de casarse eran elegantes, distinguidas, agradables en todo, y que así que han logrado hallar un marido, se creen en el puerto del perpetuo descanso y de la eterna comodidad de sus personas.

No puede haber creencia más errónea: nunca necesita la mujer vestirse más y cuidarse más de sí misma que después de casada; porque la costumbre es enemiga de la ilusión, y la costumbre es la que amortigua en el mando el amor que tenia á su mujer, antes de casarse con ella.

En el interés de la mujer está, pues, el aparecer á los ojos de su marido constantemente y en todas ocasiones bonita hasta lo posible, interesante y bien vestida como cuando la conoció, como cuando anheló su posesión; porque si á la costumbre se agrega el desaliño y el descuido de la persona, no hay amor bastante grande que resista.

Pocos dias hace que oí á una dama, ya de edad, reconvenir á un jóven amigo suyo, porque tenia casi abandonada á su mujer, puesto que no la llevaba á parte ninguna, ni estaba en su casa un momento, fuera de las horas de comer.

—¿Acaso se ha cansado V. de ella? le preguntaba la señora: y aunque así sea, ¿es posible que se lo demuestre? ¿Es eso digno de

un hombre de honor?

—Hago todo lo posible para disimular, que, en efecto, me he cansado de mi mujer, señora contestó el jóven; pero no siempre lo consigo, porque es muy difícil disfrazar el pensamiento que nos domina: me he cansado y ella tiene la culpa.

—¡Ella! Hé ahí una bella razón. ¡Me he cansado de mi mujer! Jamás se cansó de mí mi marido.

—Porque V. ha sido constantemente bella y elegante: porque no ha descuidado ni su persona ni su casa: mi mujer parece que solo anheló cojerme en el anzuelo de sus gracias, y logrado ya su objeto, se ha cansado de incomodarse para serme agradable.

—¡Es posible que así piense V! exclamó la bondadosa señora: si ahora descuida algún tanto su persona, es porque se ocupa ante todo de sus hijos; porque como toda buena madre, emplea su coquetería, no en sí misma, sino en esas criaturas en que se ye reproducida.

—Y hacen muy mal esas madres, repuso el casado fastidiado de serlo: una mujer jamás debe olvidarse de sí propia, porque piense en los demás: su deber y su dicha están acordes para enseñarla á mantener viva, todo el tiempo posible, la ilusión de su marido: y la que tiene el talento de ser siempre elegante y agradable, no tiene que temer que su marido se canse de ella.

Quedé pensativa oyendo esta conversacion: tanto mi anciana amiga como yo dijimos que aquel marido aburrido tenia razón para estarlo, y yo temblé al pensar en que acaso tú llegaras algún dia á aumentar el número de esas pobres mujeres. ¡Oh, Julia mia! ¡Evítalo con el mayor esmero! ¡No abandones tu persona! Sé siempre elegante, viste bien, y sobre todo, que el más esquisito aseo brille siempre en tí y al derredor tuyo.

Hoy eres bonita é interesante; pero he visto muchas que lo eran también antes de casarse, y que después de casadas ni lo parecían, ni conservaban restos de gracia alguna.

Tú sientes mucho, y cuanto más se siente se piensa menos: procura, pues, dominar el sentimiento para pensar un poco: con solo amar á su marido no se le hace dichoso: hay que probarle este amor, cuidando de agradarle en todos los detalles, no solo en la persona, sino de la casa y de la vida interior.

Recuerdo ahora un cantar de poco mérito tal vez, según las reglas de la literatura, pero de mucho según las del sentimiento, y debido á la pluma de un poeta español contemporáneo, que dice así:

No hay patria como mi patria,
Ni mujer como la mia,
Ni casa como mi casa,
Cantaba un santo egoísta.

Todos los maridos de mundo quisieran poder cantar lo mismo; porque, en el fondo, todos tienen algo de ese santo egoísmo.

Haz todo lo posible porque Eugenio piense así, y porque se lo diga á todos, ó á lo menos, s lo diga á sí mismo; en esto estriban el talento y la dicha de una mujer casada; y todas las diversiones del mundo, como todas las riquezas de la tierra, serán impotentes para compensar la falta de la dicha doméstica, si la dejas escapar.

FELICIA.



Me hablas en tu última, mi querida Julia, de una grande obra de bordado que has emprendido, y te diré con la franqueza un poco ruda que me caracteriza y que siempre empleo contigo, que no apruebo esa ocupación á que te has dedicado y á la que me figuro te consagrarás por completo, conociendo la vehemencia de tu carácter y lo que deseas terminar tus labores.

El cuidado de una casa, es muy árduo, muy pesado y ocupa mucho tiempo, si esa casa ha de estar bien dirigida; cuantos más haberes, cuanta más fortuna hay, más atenciones son necesarias; solo descansa algún tanto la gran señora, cuyo mayordomo y ama de llaves se entienden en todos los detalles de los demás criados, y del gobierno interior; mas, aun en este caso, la señora tiene que inspeccionar los actos de todos los servidores, tomarles las cuentas

y enterarse de si ellos cumplen bien y fielmente con los deberes que les han sido encomendados.

Si te levantas tarde, te pones á bordar, y por adelantar en tu obra dejas abandonado el interior de tu casa, ¿quién cuidará de ella? La despensa, el comedor, la cocina misma, necesitan una continua y atenta vigilancia: es necesario ordenar las provisiones que han de comprarse, disponer el modo de emplearlas y aprovechar los restos; cuidar del aseo interior y exterior de la casa, de la ropa blanca, de la compostura y reforma de los trajes: y si todo esto se descuida, ó se fia á los criados, la ruina es segura y llega á pasos ajiuntados.

Los deberes de tu esposo, hija mia, son modestos, y lo que es aun peor, no son fijos: ahora empieza á trabajar como abogado, y el aumento de su clientela depende también de tu habilidad en mantener las relaciones que le han de proporcionar clientes. Yo sé que tu carácter franco y sincero en demasía, ama la independendencia, y que para tí el hacer hoy risitas será un tormento; es decir, más que una molestia, á la que te resistirás todo lo posible: sin embargo, Julia, es preciso, es indispensable hacer visitas; es preciso cumplir en el mundo los deberes de la cortesía, ó llegará dia en que te encuentres aislada y sola, completamente sola.

Si cuando nuestros amigos tienen una desgracia, una enfermedad, un dolor cualquiera, sea físico ó moral, no vamos á expresarles nuestra simpatía y la parte que tomamos en su pena, ¿de qué modo les podremos manifestar nuestro afecto? Y si no se lo manifestamos ¿cómo podremos exigir el suyo?

Es una vulgaridad el decir que de ninguna manera se está mejor que solo, que la sociedad es falsa y mala y que solo busca la explotación fíe los incautos. No, hija mia, eso no es cierto; los que hablan así son personas amargadas por el dolor, y por lo mismo, injustas. Si la sociedad les ha tratado mal, será porque ellos no habrán sabido respetarla; el mundo exige el decoro, la cortesía, la buena educación; y si se le niega todo esto, hiere ó abandona á los que le faltan; pero si tú eres benévola, cortés y atenta, si manifiestas sincero y constante afecto á tus amigas, la sociedad será la primera en reconocer tus nobles y bellas cualidades, y no solamente las reconocerá, sino que te amparará dándote su estimación.

Yo he tenido una gran fortuna, una elevada posición en el mundo: mi marido desempeñaba un destino importante; pero he tratado personas de posición modesta, y he tenido siempre numerosas y agradables relaciones, excelentes amigos, y nunca he solicitado un pequeño favor que me haya sido negado, haciéndolos también siempre que me ha sido posible. Verdad es que jamás he exigido sacrificios, ni cosa parecida; porque ni al amor ni á la amistad, ni aun á los lazos sagrados de la sangre, se pueden exigir nunca grandes pruebas, bajo la pena de exponerse á hallar grandes decepciones.

Volviendo, pues, al punto de partida de esta carta, cree, Julia mia, que es muy perjudicial el empeñarse en obras tan largas como la que has emprendido, no solo para el cumplimiento de los deberes domésticos, sino también para el cumplimiento de los sociales.

Las visitas, el trato frecuente, son los lazos que unen á la gran familia humana: el suprimir una atención puede ser causa de que nos hagamos un enemigo, según sea el carácter de la persona que se cree ofendida, y por el contrario, un rasgo de urbanidad y cortesía nos conquista á veces un corazón y un afecto verdadero y durable.

Para tener tiempo bastante de cumplir con todos los deberes domésticos y sociales, arregla tu tiempo, y fíjale un orden para todos los dias. Si quieres ocuparte en labores de adorno, si gustas de embellecer tu casa, no dejes de hacerlo, esto es muy laudable; pero dedícate á esos trabajos sin pasión y solo en las horas en que te dejen algún tiempo libre otras más importantes ocupaciones.

La costura, la confección de tus vestidos, el cuidado y esquisita vigilancia que has de dedicar al guarda-ropa de tu marido, el repaso de la ropa llanca y arreglo que hay que hacer en ella, te han de ocupar con preferencia, si quieres tener las ventajas de una saludable economía, que es el camino más seguro de la prosperidad de una casa y de una familia.

Tu marido pone en el capital de la dicha doméstica las tareas del espíritu: lleva tú el de la laboriosidad, la economía, la paz y la bondad, y el edificio conyugal será sólido y eterno.

¡Trabajar al lado del hombre que se ama! ¡trabajar con él y para él! ¡dedicarse á que halle en su casa el bienestar, la dicha y la

calma! ¡qué más gloria puede haber para una mujer cuyo corazón es sensible y amante, que la de ser la amiga, la compañera amada de su marido!

FELICIA.

IV

Ya te considero tan ocupada como dices, preparando tu equipaje para ir á tomar baños de mar con tu marido, á uno de esos risueños puertos del Norte, donde tu madre te llevaba en su dulce compañía.

—Mi equipaje, me dices, á pesar de tus advertencias de elegancia, es muy modesto.

Y yo te aplaudo por hacerlo así, pues nada tiene que ver el que sea modesto, con que sea elegante.

Lejos de contradecirse la modestia y sencillez con la elegancia, casi siempre van unidas.

Así, pues, para tí, que eres aún muy joven, para tí, esposa de un abogado, y desposeída por tu parte de fortuna, un equipaje modesto es mil veces mejor y más lindo que uno costoso y rico.

Por lo demás, veo que con tu claro talento has comprendido todas mis advertencias: veo que te vistes, que respetas á tu persona y cuidas de ella, lo que no todas las mujeres tienen el talento de hacer.

Hay, aparte de los deberes que la religión, la familia y la sociedad imponen, deberes morales hácia nosotros mismos, de los que no podemos ni debemos prescindir, y estos deberes mandan que cuidemos de engalanar, no solo el alma, sino el cuerpo también, en una proporción moderada de nuestros haberes, fortuna y obligaciones.

Conozco mujeres, que son esposas ejemplares y virtuosas, madres tiernas y llenas de abnegación, administradoras económicas é inteligentes de la parte de la fortuna que sus maridos ponen en

sus manos, y sin embargo, son á la vez damas elegantes, bellas y del mejor tono.

Unir estos dos extremos es la base segura de la felicidad de la mujer.

Dos cosas hay que cautivan irresistiblemente al marido más vulgar y más díscolo.

La blandura de carácter unida á la inteligencia, la distinción unida á la virtud: preséntate siempre á sus ojos, no solo amable y dulce, sino elegante; pues, porque el alma sea buena, no se ha de dejar afean el cuerpo: desde que te levantes, usa una bata graciosa y bien cortada, ponte luego un vestido modesto pero elegante, y si sales con tu esposo, ponte un traje siempre que le envanezca de llevarte consigo, que te vea, por lo menos, tan elegante como á las demás mujeres.

De otra cosa muy importante he de hablarte hoy: no pierdas jamás con tu marido el decoro en palabras y acciones, y bajo el pretexto de que en el matrimonio todo está admitido, no te creas dispensada de las reglas de una buena educación, ni uses con él una llaneza, Verdugo implacable del amor, y que lo debilita lenta, pero seguramente.

Las deferencias son siempre de buen gusto, y son además significación de afecto y de deseo de agradar.

Nada hay para mi más triste, y á la vez más desagradable, que la vista de esos consortes que, en presencia el uno del otro, bostezan, se tienden en un sillón, se presentan mal vestidos ó medio desnudos, y se hablan con acento, no solo descortés, sino hasta duro y grosero.

¿Por qué algunas mujeres sin moralidad, y necias, que no pueden aspirar al matrimonio, despiertan grandes pasiones en los hombres?

Porque hacen todo lo contrario que muchas esposas honradas, porque les halagan, les elogian y les adulan; porque se visten para la hora en que ellos han de ir á visitarlas, porque tocan bien el piano, hablan dos ó tres idiomas, son elegantes, amables y graciosas; por eso les dominan de una manera tan irresistible, que los hombres les dan, además de su corazón, y del reposo de su conciencia, su dinero, y áun creen darles muy poco.

Jamás se ha visto que ninguna de esas mujeres sea desaliñada ó grosera, pues aunque las haya, estas solo llegan á dominar los sentidos, pero jamás el corazón del hombre.

¿Y por qué no ha de ser la mujer propia lo que son estas aventureras?

¿Qué lo impide?

Yo lo sé: lo impide la falta de valor, y ese terrible *¿qué más dá?* que domina á tantas esposas.

No seas tú cobarde de esa suerte, Julia; la mujer casada no necesita hacer heroicidades, pero sí necesita ser valerosa en pequeñas proporciones, por decirlo así, aunque continuamente; valor se necesita para vestirse sin gana, para peinarse con esmero, para contener un movimiento de mal humor, para ahogar entre los labios una palabra dura; pero este valor tiene su recompensa, y constituye, á la vez, una gran virtud y una grande habilidad, siendo como la columna que sostiene el edificio de la dicha doméstica.

Si tu marido se descompone, si se enoja, si dice alguna palabra dura ó grosera (lo que no será extraño, porque los hombres son más débiles que nosotras, y se dominan menos), no le imites, sino corrígele con decoro y con cierta dignidad dulce, que le dejará más avergonzado que los más amargos reproches.

Tuya de corazón

FELICIA.

V

Te quejas, mi querida Julia, de la afición de tu marido á la sociedad y del gusto que manifiesta de verte figurar en ella, y yo aplaudo ese gusto: la misantropía no conduce á nada bueno, y el que se olvida en absoluto de los demás, es también olvidado muy pronto.

La determinación de Eugenio de recibir un día á la semana, y de dar un té en ese día, debe ser agradable: no se tiene lo que se llama *buenas relaciones* sin molestarse un poco, y el tener esas relaciones es muy conveniente para el bienestar de tu casa y para tu dichoso y tranquilo porvenir.

Sin dinero nada se hace en el mundo, y el ganar dinero, único modo legal de poseerlo para el que ha nacido sin rentas, cuesta algún sacrificio y algunas penas.

Una pequeña reunión cordial, escogida y elegante, es mucho más agradable que esos grandes círculos donde el espíritu y el cuerpo se fatigan á la vez, porque se asiste á ellos en horas incómodas, y porque parece que cada uno hace allí alarde de ocultar, bajo el velo de la frivolidad, el entendimiento que ha debido al cielo.

No es tan difícil, como generalmente se cree, el tener algunos buenos amigos cuya compañía sea grata: con un poco de tolerancia, con un poco de gusto artístico, acaso tendrás en tu salón más concurrentes de los que desees, pues la sociedad no ofrece muchos circuitos inteligentes á donde se pueda concurrir con el deseo de esparcir el pensamiento.

Procura que tu salón esté á la vez *confortable* y elegante, y que cada uno de los concurrentes halle en él algún detalle que le agrade: en la bella estación en que estamos, poco fuego en la chimenea bastará para que se note una temperatura cálida y agradable; que haya en la meseta dos jarrones con flores frescas, puestas el día mismo de la recepción, pues nada es más triste á la vista que las flores marchitas.

Un saloncito de confianza, perfumado con un aroma elegante y bien cerrado con gruesas cortinas que caigan delante de las puertas y balcones, parece atraer la dulce y expansiva confianza, las íntimas y sabrosas conversaciones.

Procura que esté bien alumbrado, sin que sea tanta su luz que le dé las apariencias de salón de baile: hay ciertos detalles que prestan carácter á las habitaciones; nada de luz en el techo, á no ser que sea la de una lámpara de cristal blanco en forma de globo, y que contenga la de una vela; otras dos lámparas altas de cristal de Bohemia sobre la chimenea, y otra en cada rinconera, bastarán para

dar á la estancia un alumbrado modesto y alegre á la vez, incluyendo en él las dos bujías del piano.

Una mesa redonda y bastante grande en el centro del salón, es el mueble más indispensable: allí debe haber otra lámpara; allí deben estar los periódicos del día, los semanales y alguno de los libros nuevos que se publiquen, ya que no puedan ser todos; porque el principal encanto de un salón es que se vean en él la vida intelectual y la artística, para olvidar la prosa de las horas del trabajo.

Otra mesita para el té y para ordenar una partida de tresillo, debe hallarse á un extremo del salón: algunas personas de edad madura, poco inteligentes en artes, hallan en una partida de juego su diversión favorita, y es justo atender á los gustos de todas las edades.

Hasta las nueve y media, poco más ó ménos, sostendrás tú, ayudada de tu marido, la conversación en general, aparte de las particulares que pueda haber; pues en una reunión donde reina la cordial y amable confianza, cada uno se sienta al lado de la persona que le inspira más simpatía y con ella habla, sin perjuicio de mezclarse en lo que hablan los demás.

Hora y media es preciso para que vayan llegando todos los concurrentes, pues hasta las ocho no irán los que lleguen más pronto.

De nueve y media á diez se servirá un té modesto: la prodigalidad de dulces y pastas ni es de buen tono, ni necesaria en una reunión sin pretensiones. Té con leche y dos clases de pastas y bizcochos, es todo lo que debes ofrecer, advirtiéndote que las tazas, para ser elegantes, deben ser pequeñas y blancas, con filete de color y perfiles de oro.

Un criado irá presentando en una bandeja las tazas del té, y tú, ayudada de alguna amiga ó de algún amigo, ofrecerás las pastas: si hicieras sola, no podrías atender á todos con la debida oportunidad.

Terminado el té, y desocupada la mesa de juego, donde habrá estado el servicio, harás colocar en ella dos bujías, las barajas y demás utensilios de juego, é invitarás á las personas de más edad que sepas son aficionadas á ese género de diversiones.

Un poco de música, de lectura y de conversación llenarán el tiempo hasta las doce, hora en que todos se retirarán, yo te lo

aseguro, en extremo complacidos.

Sé amable un día á la semana, Julia: haz ese día el sacrificio de la comodidad, y tu esposo te quedará agradecido, consiguiendo que haya al derredor suyo una sociedad agradable que le distraerá del trabajo del día y de la incomodidad de salir todas las demás noches de la semana.

El hombre, hija mía, es vanidoso; más le gusta que vayan sus amigos á disfrutar de la tranquila y amable dicha de su hogar, que ir él á aumentar la del hogar ajeno: yo conozco bien á ese rey y señor de la creación, que aunque sea fuerte y valeroso, es á la vez, y en muchas cosas, pueril como un niño.

FELICIA.

VI

Veo por tu última carta, mi querida Julia, que necesitas poner en práctica una máxima de San Pablo: esta máxima, que yo desearía escribir en el sitio más visible de la habitación donde se reúne cada familia, dice estas solas palabras:

SOPORTAOS MUTUAMENTE.

El domingo último, tu marido y tú preferisteis á ir comer á casa de la madre de aquel, á comer solos, mano á mano, en el elegante gabinete de la mejor fonda de esa población: por la noche hallaste afligida á tu madre política, y esto te pareció injusto; poco después entró la hermana de tu marido y te reconvino con alguna dureza por haber admitido una criada que ella, según dice, tenía ya casi recibida; y tú, que ya tenías el ánimo más dispuesto por el triste y frío recibimiento de tu madre política, te enfadaste, respondiste también agriamente á la hermana de tu esposo, y te retiraste mucho antes de la hora acostumbrada.

Desgraciadamente, mi querida Julia, has dejado detrás de tí una semilla de amargura que pudiera producir tristes frutos, si no te dieras prisa á recogerla, arrojándola lejos de tí y de los que debes amar por amor á tu marido.

Soporta, hija mia, soporta esos pequeños disgustos con dulzura y bondad: haciéndolo así, ganarán tu dignidad y tu dicha; soporta las susceptibilidades de tu madre política, pensando en lo que le debe Eugenio, del cual ha hecho un hombre distinguido, á fuerza de sacrificios y de vigilancia! ¿Qué mayor prueba de amor puedes dar á tu marido? ¿y cómo has de dejar de dársela pudiendo?

Sufre igualmente con caridad, y hasta con compasión, las sinrazones de Cecilia, tu hermana política, pero ten cuidado de que no trasluzca ni la compasión ni la caridad: trata de ganarte su amistad por el irresistible ascendiente de la bondad, de la igualdad de humor, y de la facilidad en el comercio de la vida.

Eres sincera y verdaderamente piadosa, hija mia; hé aquí, pues, llegado el momento de hacer honor á la religión, demostrando sin afectación á tu nueva familia todos los cariñosos y buenos sentimientos que te inspira!

Busca en tu biblioteca un precioso libro que yo te he dado, y que se llama: *Cartas de San Francisco de Sales*, y busca el pasaje que dice:

«Vuestra familia amará vuestra devoción, si os vé más cuidadosa de su bienestar, más dulce en las ocurrencias de los negocios, más amable en las reprensiones, mejor por todos estilos: vuestro esposo, la amará también, si os vé, á medida que vuestra devoción crece, más cordial respecto á él, y más dulce y suave en vuestro amor: vuestros parientes y amigos, la amarán igualmente, si reconocen en vos más franqueza, tolerancia y condescendencia á sus voluntades; en fin, es preciso que hagáis vuestra devoción lo más atrayente y provechosa que os sea posible.»⁽¹⁾ Reflexiona, Julia mia, lo que debes hacer para atraerte á Cecilia, y tu corazón te inspirará: no hables del incidente que tuvo lugar entre vosotras á tu marido: no le atormentes haciéndole ver los defectos de las personas que le tocan tan de cerca. Hoy, bajo la impresión del amor que le inspiras, tomarla tu partido, acaso con demasiado calor; pero más tarde te

culpará el haberle mezclado á esas discusiones, que poco de prudencia hubiera podido cortar en su origen.

Haz de manera que sea siempre para su madre, lo que ha sido hasta aquí, un hijo respetuoso; procura que su madre no se aperciba de su matrimonio, más que porque tiene otra hija que la ame.

Los resentimientos ajenos, hija mia, y sobre todo, los de la propia familia, dejan en nuestra vida, como una ola amarga, que nos arrebatara la dulzura de todo goce. Pon de tu parte todo lo que puedas, para evitar esa amargura: que la desigualdad y la aspereza del carácter, no nazca de ti, sino de los otros: por mucho que lo ocultes útil marido, él verá la verdad, agradecerá tu prudencia, y si su amor no puede acrecerse, crecerá de seguro su estimación para ti, al comprender que sabes sufrir noblemente.

Para reconciliarte con Cecilia escríbele al instante, diciéndole que la esperas á comer con su marido, y suplicándole no olvide su arpa: ya sabes que la toca como el rey David, y que canta como un ángel, aunque no lo sea por su carácter; pero ¿qué remedio? tomemos lo que hay en ella de bello y de bueno, y hagamos más que perdonar lo malo: ¡olvidémoslo!

Irás tú misma á invitar á la madre de Eugenio, diciéndole que quieres compensarte de la privación de no haber comido con ella el domingo último Eugenio y tú: yo te respondo de que te recibirá muy cariñosamente: los ancianos somos como los niños: al principio y al fin de la vida es cuando más ansiamos que nos quieran.

Que en la mesa haya flores, y el aspecto de una fiesta, la fiesta de la paz y de la unión de la familia; Eugenio será dichoso al verse en medio de los suyos. Cecilia lo será también, porque podrá lucir su belleza, un lindo traje, y su grande y encantador talento musical; y la madre te agradecerá los triunfos de sus hijos.

Devuelve á Cecilia esa criada objeto de la cuestión, y que al llegar á tu casa debiste despedir, bajo la pena de pasar por una gran egoísta: ¿cómo es posible que hayas podido guardar un solo instante en tu casa, una muchacha lijera, y cuya falta de formalidad te ha ocasionado un disgusto de familia? ¿no has comprendido que era la mejor, y la más pronta satisfacción que podías dar á Cecilia?

¿ó es que por egoísmo, por tener quien te sirviera, por no trabajar tú un poco más, has olvidado aquellas consideraciones?

Ten entendido, Julia, que el que no sufre á s tiempo un poco, sufre después mucho más, y deplora su falta de fortaleza; la invitación para la comida, debe ser después de despedida esa muchacha: envíala con una esquila á t hermana política, diciéndole que se la cedes; y si ya no la quiere recibir (como es probable), al menos que no la vea en tu casa, cuando vaya á comer con su marido: es lo menos que la debes; y eres indisciplinable, por no haberlo hecho ya.

Es verdad que para la comida te hará falta: pero tienes que trabajar más; porque ni puedes dilatar el convite, ni conservarla: paciencia, y soporta con resignación esos contratiempos pequeños, que darán fuerza á tu alma para otros mayores.

FELICIA.

VII

Hace algunos años, el empeñarse en gastos superiores á la fortuna de cada uno, se miraba como cosa muy elegante: arruinarse era empresa fácil para los que verdaderamente se lo proponían.

Hoy, felizmente, esta creencia pertenece al género atrasado: las ideas adelantan: el progreso intelectual ha traído al moral como inevitable y benéfica consecuencia.

Las mujeres más elegantes de las grandes capitales, las más á la moda, llevan corriente y clara su cuenta de gastos, y miran y leen el libro donde la tienen escrita con tanto cuidado y cariño como la novela más sentimental y más de su agrado.

Nuestra época tiene las cualidades de sus defectos: es prosáica, es positiva, pero mira con horror las deudas, y ama el método.

Muy pocos años hace todavía que oíamos decir á las señoritas:— Yo no sé hacer otra cosa que dibujar y tocar el piano: todos mis vestidos los hace la modista; no tomo la aguja para nada.

Hoy es ridículo decir esto, y más todavía hacerlo: si alguna joven nace con propensión á la pereza y á la holganza, la oculta, se avergüenza de ella, y hace bien, pues sus alardes conseguirían solo una justa y merecida crítica.

Hé aquí, Julia, lo que dice una de las revistas francesas de más justa fama, y dirigida por una de las más notables escritoras de la nación vecina:

«Un murmullo general se eleva contra el precio exorbitante de las hechuras de los vestidos y confecciones. Se sabe como cosa indudable, que muchas grandes señoras han comprometido sériamente su fortuna por las cuentas de sus modistas; sin embargo, nosotras conocemos algunas que son encantadoras, y que han encontrado un privilegio para vestir con elegancia, sin arruinarse por eso.

¿Y sabéis cómo?

Acostumbrándose á cortar por sí mismas sus trajes, á dirigirlos mientras los cosen sus doncellas y sus hijas, y á tomar ellas mismas parte en su confección.»

No es enseñar á trabajar á las niñas el enseñarlas á bordar medianamente una flor, á fabricar entre sus lindos dedos algunas estrellas de crochet ó á bordar una tapicería del género más nuevo, no; las jóvenes de fortuna modesta—que son las más—necesitan saber cortar y coser sus trajes y los de sus hermanos, confeccionar ropa blanca y reformar, no solo sus vestidos, sino toda la lencería de su casa.

Las fortunas no crecen, y antes bien las desgracias de la madre patria, amenguan todos los dias los medios de vida de sus hijos, El trabajo, el santo y noble trabajo, es hoy más necesario que nunca. Y solo él puede mantener el bienestar y la tranquilidad de la familia.

Es notoria la creciente antipatía que se va desarrollando en el sexo fuerte hácia el matrimonio. Y en esta aversión, que algunos creen fundada solamente en razones morales, hallo yo también otra material y muy atendible.

El lujo, al invadir las habitaciones, la mesa y los trajes, ha hecho casi imposible el matrimonio para las jóvenes de fortuna modesta, ó que carecen por completo de ella; porque el hombre que cuenta por todo medio de vida con un sueldo—aunque sea crecido—con el

ejercicio de una facultad ó con una carrera de recursos no muy extensos, teme mucho no poder sostener ciertos gastos que cree por encima de sus haberes, y lo teme con razón.

Á la mujer toca disipar esos temores, y el camino de la dicha conyugal se abrirá para ella; y el hombre, lejos de mirar en el matrimonio el prólogo de su ruina, verá en él asegurada su paz interior, su bienestar, y la dulce certeza de recorrer el camino de la vida, con una compañera amable y previsora, que le convierta las espinas en flores delicadas.

He visto pasar angustias dolorosísimas á algunas mujeres para pagar cuentas de hechuras tan crecidas, que de seguro habian de provocar el enojo de su marido, pues debía traerle un terrible apuro pecuniario, siendo, la cuenta mayor que sus recursos del momento: y he compadecido profundamente á esas mujeres, porque no hay gala tan bella, que merezca adquirirse al precio del reposo doméstico.

Los periódicos de modas son una bella y útil necesidad de nuestra época, y en ellos se hallan patrones de gran exactitud para hacer todos los trajes y confecciones que puede necesitar una familia.

Se venden telas muy lindas y á un precio muy módico, que con un poco de buen gusto y de habilidad producen trajes encantadores; ¿á qué pagar, pues, de hechuras mucho más de lo que la tela vale? ¿Por qué no hacerlos en casa, imitando los elegantes modelos que ya en figurines iluminados, ya en grabados en negro, dan con profusión los periódicos de modas?

Quédense las grandes artistas de la moda— que las hay—para aquellas damas cuya alta posición y fortuna les permiten los grandes gastos; pero la clase inedia, ¿por qué se ha de empeñar en seguir un camino que lleva á la ruina y al dolor? El Pactolo de las arenas de oro, ¿ha llevado un hilo á cada casa? ¿La madre tierna ha abierto sus entrañas para mostrarnos tesoros desconocidos?

¡No! Los medios de vida son los de siempre, son acaso menores, porque nada hay estable en nuestro siglo de agitación y angustias; ¡y el afan del lujo y la manía de igualdad, crecen todos los dias!

Seamos fieles, mi querida Julia, á la dulce misión que la Providencia divina nos ha impuesto: la mujer, ostensiblemente, tiene poca importancia, y quizá ostensiblemente no debe tenerla mayor;

pero moralmente ella tiene en su delicada mano las riendas del gobierno doméstico, y de su buena administración depende y dependerá siempre la paz, el sosiego y el bienestar de su familia.

Como ya te he dicho en otra carta anterior, querida Julia, será en vano que el esposo trabaje y se afane día y noche para llevar á su casa la mayor cantidad de dinero posible, si la esposa, con una prudente economía, no trata de secundar sus esfuerzos.

El lujo ha perdido ya gran parte de sus encantos, gracias al abuso que se ha hecho de él: si en un salón lleno de damas vestidas de raso, de encajes y de terciopelos, y adornadas de pedrería, entra una jóven vestida de blanco y adornada con una rosa, esta joven se llevará la atención general, porque la sencillez ha llegado á ser distinguida y original á fuerza de ser poco común.

Ayudemos en lo posible las mujeres á sostener el edificio social, que se derrumba, y opongamos la fortaleza de la virtud y el encanto de la moderación, á las tentaciones de la vanidad.

Huyamos del lujo, monstruo devorador que se traga la paz y el bienestar de la familia: pólipo horrible é insaciable, que cuanto más devora más ansia, y que siempre está hambriento.

Para nada nos es necesario: ¿y por qué hemos de admitir el lujo tan caro y tan ruinoso cuando la distinción es tan barata, tan benéfica, tan adorable amiga de la mujer?

FELICIA..

VIII

Continúo el tema de mi última carta, mi querida Julia, porque nunca creeré que te preparo demasiado contra las seducciones de la vanidad, ahora que estás casada, y que eres responsable de la tranquilidad y del bienestar de toda una familia.

Recuerdo que deseabas ser rica, y que amabas con exceso la elegancia y las diversiones; y estas aficiones que de niña eran

escusables, hoy merecerían la más severa censura.

Y no serías tú una escepcion al pensar de este modo, no por cierto.

Generalmente se cree que la riqueza es la fuente de toda dicha; el manantial inagotable de todos los goces; la panacea de todos los males, y el origen de todas las venturas.

Á conseguir la riqueza van encaminados todos los esfuerzos del hombre, y el deseo de la riqueza llega á ser una idea fija en el cerebro de la mujer.

Y, sin embargo, la riqueza ni aumenta la dicha, ni la trae al hogar cuando la desgracia se halla sentada á la puerta de este, y lo más estimable que hay en la tierra es la tranquila medianía, tan lejos de la opulencia como de la pobreza.

La gran riqueza es sobretodo inútil para la mujer de corazón y de talento, y no le trae más que un cumulo de cuidados que la distraen de los tan dulces de la familia y de la amistad; porque la opulencia no la hace ni más bella, ni más elegante, ni más amada que un holgado y cómodo bienestar.

No son, generalmente, las mujeres que visten mejor, las que gastan en su guarda-ropa sumas exorbitantes; el amor al lujo se convierte en una especie de fiebre que hace incurrir en graves errores: he visto señoras que á la mita de un invierno, pasado desde su principio en fiestas, bailes, convites y paseos, ya no sabian qué ponerse; tanto su imaginación se hallaba agotada con las más extraordinarias combinaciones.

¿Eran todas de buen gusto? ¿les favorecían todas? Ciertamente que no, y que muchas veces estas combinaciones fueron el pasto de la envidia, de la murmuración y aun de la sátira más mordaz.

El arte de vestir bien es difícil, y como todas las artes, llega á su más alto grado de brillantez cuando se cultiva con inspiración; hay mujeres tan maravillosamente dotadas del instinto de lo bello, que en ellas la elegancia es una dote natural: lo más escéntrico en otras, es en ellas una gracia; un lazo prendido en el cabello, una orla de encaje, una flor colocada en el pecho ó en el talle, una sortija, un gesto, una sonrisa, una mirada, un mimo, una monada; ¡todo es en ellas adorable! ¡todo encanta y seduce!

Estas mujeres son las verdaderas reinas de la elegancia; todo lo que inventan les sienta bien: lejos de sujetarse á los rutinarios preceptos de la moda, son ellas las que pueden dar la norma con sus creaciones; pero lo que á ellas las hace parecer seductoras, no está bien á todas las demás, pues no son muchas las que nacen con un privilegio de elegancia y de distinción.

Generalmente estas mujeres no son ricas: en París, donde la que esto escribe ha estado muchas veces, ha conocido algunas que vivian de un arte, porque eran artistas de todos modos: artistas en el cultivo de la música y de la pintura, artistas por su elegancia nativa y encantadora.

Una, entre otras, daba lecciones de piano y de arpa, y tiene hoy uno de los más gloriosos nombres en la utilísima y gloriosa carrera de la enseñanza lírica: viuda á los veinte y dos años, madre de dos niños, y teniendo que cuidar del sustento de una madre anciana y enferma que vivía en su compañía, puede suponerse que esta pobre jóven no tendría grandes medios de fortuna, pues solo contaba en el mundo para su familia y para sí misma con el producto de sus lecciones, que aunque ascendía mensualmente á una suma regular, por el mérito de las mismas, se invertía toda en las necesidades de la casa; y sin embargo, mi querida Julia, ¡jamás he visto una criatura más elegante, más dotada de ese encanto penetrante, que no solo atrae, sino que fija con una fuerza invencible!

Convidada con frecuencia en casa de sus ilustres discípulas, vestía casi siempre de seda negra ó gris, con algún encaje en el cuello y mangas de valor, herencia materna, y su única gala; sus solas joyas eran irnos sencillos pendientes de oro y otros ornados de una perla; una cadena de exquisita simplicidad y buen gusto, sostenía un relojito liso, que llevaba oculto, y entre sus hermosos cabellos rubios, solía ponerse por todo adorno una flor natural.

Así ataviada, asistía algunas veces á los banquetes de las damas más á la moda, á las fiestas de la alta sociedad, á donde no podía excusarse de asistir, porque á ella pertenecía sus discípulas; y en medio del raso, de las blondas, de las plumas, de los brillantes, su modesta elegancia, lejos de ofender á nadie, despertaba una simpatía general.

Su madre y sus hijos, seres tan queridos á s corazón, que la vida de árido trabajo que llevaba le parecía la más dulce, participaban de este perfume de distinción que se estendia á cuanto tocaba aquella encantadora joven; y su casa, modestamente amueblada, tenia el mismo primor y delicadeza de detalles, que las personas que la habitaban.

El arte de vestir bien es saber elegir lo que dice mejor con nuestra fisonomía, con el color de nuestra tez, de nuestros cabellos y con el carácter particular de nuestra figura.

No se pueden seguir en absoluto todos los preceptos de la moda; por el contrario, hay que modificarlos casi siempre y suprimir ó aumentar en la hechura y en los adornos, detalles que constituyen toda la gracia de un traje ó de una confección cuando se atienden con cuidado.

Los encajes falsos, las pedrerías imitadas todo lo que aparece como *querer y no poder*, es de un efecto deplorable; es mil veces mejor llevar un traje con poco de adorno, que otro recargado de ornamentos baratos y solo de apariencia; es mucho más elegante un vestido negro, que otro de un color llamativo, pero pasado de moda.

En lo que no se debe tener economía, donde cada señora debe gastar tanto como le permitan sus medios, es en los accesorios; el calzado y el guante es de primera necesidad que sean buenos ó á lo menos todo lo buenos posible: el gran novelista Balzac, dice en una de sus obras, que conocía á una mujer distinguida en estos detalles, mucho más que en la riqueza de su traje, porque la riqueza está al alcance de muchas; en tanto que el buen gusto es patrimonio de muy pocas.

Los colores medios y oscuros, por lo mismo que no son llamativos, son más elegantes que los claros y vistosos, y es también condición indispensable para vestir bien el tener pocos trajes, pues teniendo muchos se llevan siempre atrasados de moda, á no ser que constantemente se esté gastando en reformarlos.

Antes de saber vestir bien es necesario saber *comprar bien*; ó por mejor decir, lo segundo no se alcanza sin saber lo primero: cada señora debe pensar en las horas en que sale, y con arreglo á estas y á su método de vida, comprar sus vestidos, porque la que sale

mucho de noche necesita trajes claros, y á la que tiene la costumbre de pasar las noches en su casa, le conviene más los vestidos oscuros y sencillos.

Uno de los medios más seguro de arruinar una fortuna que no tenga muy sólida base, es el que una mujer compre todo lo que le parezca bonito, sin más que por el gusto de comprarlo. Conozco una señora que tiene un armario lleno de encajes, de los cuales no empleará en su vida ni la menor parte, pues todos sus vestidos están ya guarnecidos con este rico ornamento: esta pasión por los encajes le ha llevado á gastar sumas exorbitantes en ellos, y hoy tiene empleado un capital que nada le produce.

Así sucede también con la compra continuada é irreflexiva de trajes, de muebles, etc...; llega un día en que se deplora amargamente la afición al lujo, ó más bien á l prodigalidad que compromete la fortuna, y que nada tiene que ver con el buen gusto, con la elegancia, sino que suele ser su mayor enemiga.

La sobriedad y la modestia, están más acordes con la distinción, con el verdadero buen gusto, con la moderación que no provoca envidias, sino que, por el contrario, despierta las simpatías de todas las personas de buen sentido.

FELICIA.

IX

Veo, mi querida Julia, que te he convencido acerca de las terribles consecuencias que trae un desmedido amor al lujo y á los placeres: lo esperaba, y creo que he extirpado en tu alma una semilla funesta cuyos frutos podrán ser muy amargos.

Hablemos ahora del gobierno interior de tu pequeño reino, para lo cual acaso te daré demasiado prolijas instrucciones; pero valga mi buen deseo y perdona á mis años, hija mia, el que insista en lo que considero necesario para la dicha.

No hay talento más útil para una mujer que el de saber dirigir bien su casa: todos los demás talentos son más brillantes y dan más gloria; pero aquel en cambio le trae la felicidad íntima, tan difícil de lograr en el mundo, al ver que su familia halla por su mediación el sosiego, la dicha y el bienestar.

El cumplir con sus deberes deja además en el ánimo una impresión agradable y plácida, que ninguna otra cosa proporciona: ¿y quién duda que el primer deber de una mujer es conseguir que su esposo, sus padres, sus hermanos, sus hijos y sus amigos, se hallen bien en el interior de la casa y no vayan á buscar fuera la dicha, la calma y las impresiones agradables?

Cuida tu hogar, y serás en él la reina adorada: cuida tu hogar, embellecelo, y tu esposo no irá á buscar á los ajenos distracciones y solaz: ¡si todas las mujeres cuidasen sus hogares como yo te recomiendo, habría más moralidad en las familias, más paz en las conciencias, más alegría en las almas!

La ciencia de dirigir bien una casa se apoya ante todo en la experiencia, y es preciso, por consiguiente, familiarizarse con los detalles infinitos de que se compone; aunque esté dotada de las mejores disposiciones, de una voluntad firme, de una habilidad notable, una joven colocada desde el día de su matrimonio al frente de una casa, perderá en vanos ensayos un tiempo precioso, si no ha adquirido ya en la casa paterna conocimientos de la misión que va á ejercer bajo su propia responsabilidad.

Al jefe de la familia pertenece generalmente el deber de adquirir los medios de subsistencia de los que dependen de él: mas sus esfuerzos serían vanos, insuficientes, y por decirlo así inútiles, si la madre y la esposa desdeñase ó ignorase la gran ciencia de la economía.

La economía es la que constituye el ahorro y la que distribuye los gastos del modo más ventajoso para todos los individuos de la familia.

La economía es la que enseña los medios de obtener el bienestar manteniendo el orden, y la que dá á todas las cosas el aspecto elegante, que es la necesidad legítima de todas las organizaciones delicadas.

La economía es, en fin, la que indica el punto preciso á que se debe llegar para evitar dos defectos igualmente reprobables: la mezquindad y la prodigalidad.

Una de las necesidades de nuestros dias necesidad muy agradable por cierto— es la compañía en la mesa de algunos amigos. Hablemos, pues, un poco de las comidas íntimas, aunque te repita algunos pormenores.

Compónense estas generalmente de cuatro á ocho personas y se sirven con sencillez; constan de cuatro entradas; un puré, una salsa, un pescado, un frito y un asado; entre los postres es de necesidad que figure un plato de dulce ó azucarado; la gran profusión de manjares, el número inmenso de platos que antes se servia en la comida de más confianza, es hoy de mal gusto.

Aunque se trate de una comida íntima, que es de lo que estamos hablando, los preparativos deben hacerse de antemano; una dama distinguida evitará siempre á sus convidados, aunque sean personas de su propia familia, la vista de las ruedas que se mueven para el bienestar de todos; nada es más desagradable que el ver á la señora de la casa afanada y aturdida, dejar la mesa para reparar un olvido, buscar sus llaves, revolver los armarios ocuparse, en una palabra, delante de sus convidados de los detalles que deben estar previstos; es también de un efecto deplorable el oír la dirigirse á los criados observaciones, recomendaciones, y sobre todo reconvenciones; la previsión activa é inteligente debe abrazar los detalles más importantes como los más ínfimos, y esta es la primera y la más importante de las cualidades de una ama de casa, de que ya te hablé en otra ocasión, antes de casarte.

Todos los objetos que componen el servicio de la mesa, es decir, la vajilla, el cristal y la plata, se limpian de antemano y se colocan en el comedor sobre las mesas de los ángulos preparadas para sostener estos objetos. Aunque tenga un gran número de servidores, la mayor parte de estos cuidados pertenecen al ama de la casa; ella es la que debe preparar los postres, arreglar las frutas entre el musgo, rodearlas de hojas verdes y frescas, disponer los dulces secos y los *hors d'œuvre* en los ángulos de la mesa: no puede dispensarse de examinar detenidamente si está todo perfectamente limpio, ni puede fiar tampoco de nadie en absoluto el cuidado de las

lucen, que á lo menos examinará también detenidamente para evitar que ardan mal ó que se apaguen, pues cualquiera de las dos cosas es de un efecto ridiculo.

Estos cuidados están también en relación con la economía; pues los objetos frágiles y costosos perecen en las manos de los criados; una taza de porcelana rota, una pieza de cristal ó de plata hecha pedazos ó abollada, suponen una suma no despreciable é inutiliza los esfuerzos hechos durante algún tiempo por una prudente economía.

La señora de la casa, pues, ó sus hijas, deben sacar de los armarios, preparar y volver á guardar después de limpios, todos los objetos delicados del servicio, revisando y contando cuidadosamente todas las piezas, y haciendo buscar al instante si falta alguna.

Como medida general é infalible de buen arreglo y economía interior debe darse la siguiente:

Entregar á los criados todo anotado, ó contado cuando menos: recibirlo del mismo modo, y si falta alguna cosa buscarlo sin pérdida de tiempo, y sin dejarlo para otra ocasion.

Los platos que han quedado intactos, ó poc menos, de la comida, se pueden utilizar perfectamente al siguiente dia, evitando una gran parte del gasto de la mesa.

Es sobremanera injusto el descuidar el decoro propio y el de su familia bajo el deplorable pretesto de quedara *los de casa todo está bueno*. ¿Por qué hemos de estimar más á los estraños que á nuestra familia y que á nosotros mismos? ¿Por qué no hemos de cuidar de que nuestra mesa esté siempre limpia, bien servida y elegante á la vista?

No me cansaré de repetir lo que antes dije: cuidemos nuestros hogares, para que sean más agradables que ningún otro.

No teniendo una cocinera de primer orden, hay que encargar algunos platos al *restaurante* donde son muy caros, sobre todo los de postres: no estaña, pues, de más, el que cada señora supiera componer algunos, dirigiéndose por buenas recetas, en vez de encargar los platos á la confitería y repostería.

Tú misma, si sigues mi consejo, conocerás, mi querida Julia, la utilidad de él, y experimentarás una inocente satisfacción al ver que

un plato ha salido bien, y que tus convidados lo hallan sabroso y bueno.

Adiós, hija mia: con los consejos para el alma ya ves que alterno los materiales según tu deseo, que es también, porque conoce su importancia, el de tu apasionada
FELICIA.

X

Tu carta, hija mia, me ha llenado del gozo más inmenso y más puro. ¡Qué dulce y grato es al corazón el sembrar la semilla del bien en una alma tan buena y noble como la tuya! Semejantes discípulas hacen honor á su maestra, en cualquiera condición que la suerte las coloque.

Tu marido—dices—ha ganado un proceso importante, y que duraba después de muchos años: no me había equivocado, con respecto á la existencia del talento de Eugenio, ni tampoco respecto al carácter serio y profundo de este talento: te felicito por este triunfo, y te encargo que le felicites tú en nombre mio,

»La suma de sus honorarios, ha aumentado vuestra caja de una manera inesperada, y habéis colocado bien la mitad de esta suma, á fin de que reporte algunos intereses; la otra mitad la destinabais á adquirir algunos muebles para vuestra casa.

—No sabemos qué elegir—me dices con mucha gracia:—yo deseaba varias cosas, todas caras, y vacilaba, entre un hermoso reloj, que representaba una *vendimiadora*, una alfombra blanca, sembrada de ramilletes, y dos sillones de palo-santo, forrados de terciopelo granate: Eugenio estaba enamorado de una biblioteca de antigua madera tallada.»

«Todo esto era muy bello, y no sabíamos qué elegir, cuando á los dos nos ocurrió simultáneamente la misma idea no, yo creo que antes la tuvo Eugenio.»

—«Julia, me dijo, compraremos un reloj sencillo, y el resto de la suma que destinábamos á comprar un objeto caro, fuese reloj ú otra cosa, la destinaremos al pobre pastor á quien defendí hace poco tiempo y que estaba acusado de un asesinato que no había cometido: ese infeliz, se halla sin pan, y no puede encontrar colocación, porque aunque le salvé de la muerte, y puse en claro su inocencia, la mancha ha quedado en su nombre, y no halla medio de ganar su vida: tendámosle una mano protectora, porque si no, es fácil que la miseria le empuje al crimen.»

—«Sí,—esclamé con lágrimas en los ojos abrazando estrechamente á mi noble esposo sí, Eugenio! tiéndele al pobre Francisco esa mano que el besaba al salir del tribunal, cuando por tu defensa le declararon libre: sosténle en el camino del bien, que yo renuncio á todo cuanto anhelaba: ¡ah, mi bella *vendimiadora*! ya no desearé tu compañía!»

Terminas diciéndome, que tu marido ha pagado el arriendo de una casita en el campo y de un pedazo de tierra, que Francisco cultivará, porque aunque ha sido pastor, también entiende un poco de labranza: que le habéis comprado una borriquilla, y útiles para el cultivo de la tierra, poniéndole en la casita que consta solo de cocina y dos cuartos, una cama, una mesa, un armario y dos sillas, y proveyéndole la cocina de lo más preciso: con eso y algunas semillas para la tierra, el pobre Francisco podrá ganar su vida honradamente, y si tu marido podia decir que le ha salvado la vida, tú podrás asegurar l mismo; porque si tú, Julia mia, hubieras demostrado grande empeño en embellecer tu casa, Eugenio no hubiera querido disgustarte, y el pobre Francisco se hubiera quedado en la miseria.

¡Que alegría tan pura debe inundar tu corazón, mi amada Julia!

¡Que celeste paz!

Dios ha dicho: «¡Un vaso de agua que deis al menesteroso, os será contado en el cielo. Piensa, hija mia, lo que Dios te dará á tí, que has sacrificado uno de los más anhelados goces de tu espíritu, el del adorno de tu casa, para dar pan y albergue á un desgraciado, al que todos abandonaban!

El hacer bien, lleva en sí mismo su recompensa: para los más amargos dolores de la vida, las almas buenas han hallado un solo

lenitivo: la caridad.

Viendo los males ajenos se sienten menos los propios: porque ya sea por el sentimiento egoísta que está siempre oculto en el fondo del corazón humano, sea por la natural conmiseración, que el dolor despierta siempre, es la verdad, que olvidamos un tanto nuestras penas al ver las de los otros, uniéndose para ello los instintos buenos y los malos, que viven en nuestra flaca naturaleza mortal.

Oreo que Francisco será para vosotros la personificación del afecto, del respeto y de la lealtad: ¡y es tan bueno en este mundo de dolores contar con un corazón que nos es adicto! Es esto tan consolador y tan dulce, que aunque el corazón que hemos conquistado, se halle encerrado en el pecho del ser más infeliz y más abyecto, parece como que caminamos con paso más seguro por la áspera senda de la vida.

No lo dudes, hija mía: el hacer bien da siempre deliciosos frutos; el primero, el más hermoso de todos, es la satisfacción interior que experimentamos: y después, no todas las criaturas son ingratas, y yo te puedo asegurar que lie hallado muchas agradecidas.

Ya veo al pobre Francisco cultivando su tierrecita, llevando sus lechugas y sus coles al mercado, cargadas en su borriquilla, ahorrando de la venta, para pagar el alquiler del terreno que hoy tiene en arriendo, y quizá ahorrando con el tiempo para irlo pagando y que quede por suyo: comprará luego dos ó tres ovejillas y hará poco á poco un pequeño rebaño, que guardará su perro, que es su amigo y su compañía. Á los veinte y dos años, tener por perspectiva la deshonor y el abandono de todos, era cosa demasiado horrible, y vosotros sois los redentores de su cuerpo y de su alma!

Encarga á ese desgraciado, mi querida Julia, que vaya á verte á lo menos los domingos por la mañana, y que te lleve un ramo de flores de los campos, y algunas verduras ele las que él cultive; no te puedes imaginar, hasta que lo veas, la influencia que lo bueno y lo bello, tiene en las pobres gentes del pueblo: la sola vista de tu belleza delicada, de tus maneras distinguidas, elevarán el alma de Francisco: para presentarse con decoro á tí y á tu marido, cuidará del aseo de su persona, y procurará hablar mejor: el arreglo de las flores que ha de llevarte, despertará su instinto de lo bello, por poco que exista el germen en su alma, y puesto que su tierrecita y su

casa, están á dos pasos de la poblacion, haz aun otro pequeño sacrificio, y busca un maestro que le enseñe á leer y á escribir, para redimir esa pobre alma de la esclavitud de la ignorancia, que es la más terrible y la más odiosa de todas.

FELICIA.

XI

Ya sabia por una carta anterior de Eugenio, la *gran noticia*, mi querida Julia: esperaba tu confianza con el alma llena de gozo, participando de tu esperanza, y siendo dichosa con ella.

Dentro de cuatro meses, un nuevo huésped, un ángel rosado é inocente habitará y embellecerá tu casa; cuatro meses, no serian bastante tiempo para preparar el nido donde ha de reposar, si tu madrina no tuviera algunos trabajos adelantados: un ebanista se ocupa de los últimos tallados de una cuna de nogal: yo guardo ya dobladas en un cajón de mi cómoda, cosidas y arregladas, dos pequeñas cortinas de raso azul celeste, forradas de punto de crochet muy fino, y hecho por mi mano: también hay cosidas ya, tres sabanitas y tres almohadas de un tamaño proporcionado, lisas, de lienzo fino y suave, y ahora me ocupo de bordar otras tres almohadas y tres sábanas, para completar tres juegos de cama, ó más bien de cuna para el deseado infante: el cobertor, será igual á las cortinas, de crochet, forrado con raso azul, y la manta, azul también, hecha por mí con lana de Esmirna, para que le abrigue y no le pese, y trabajada á punto tunecino.

No es posible, hija mia, que te imagines lo alegre que estoy, esperando á mi nieto; porque habiendo perdido á todos mis hijos, en tí he resumido la ternura de mi corazón, y los tuyos serán la corona de mi vejez, ya bien cercana, aunque tú digas lo contrario.

Cuídate ahora más que nunca, mi querida Julia: evita las sacudidas morales, que no han de faltarte con el nuevo

acontecimiento que me anuncias.

Octavia va á tu lado, según me dices, porque tu padre so halla agobiado con su carácter indolente, j por demás inclinado á la coquetería: por tu hermano has sabido los disgustos que ocasiona á su buen padre esa niña rebelde, y tú has procurado, con delicadeza, y sin darte por entendida de los defectos de Octavia, aliviarle de tan pesada carga.

Yo sé, hija mia, por personas relacionadas con tu familia, que la salud de tu padre se resentía ya de los graves disgustos que cada dia tiene que soportar; pero ¿qué padre se queja de los defectos de sus hijos? ¡antes se muere de dolor!

La paciencia y la sangre fría, es lo que da mejores resultados en todas las circunstancias difíciles de la vida: ármate de esos dos poderosos auxiliares para combatir los defectos de Octavia, apoyados en una gran frivolidad de carácter, y en una no menor sequedad de corazón.

Hablemos un poco, en tanto que llega la instalación de Octavia en tu casa, de esa nueva amiga, cuyo conocimiento has hecho entre las relaciones que has contraído después de casada; me hablas de los recursos preciosos que hallas en su compañía, y de los proyectos de distracciones que formáis juntas: debería alegrarme, y sin embargo una especie de inquietud me asalta á todas horas... inquietud que hasta hoy no me he determinado á comunicarte.

Por crueles que sean las decepciones, yo las preferiría para tí, á esa prudencia exagerada, que nos protege sin duda, pero petrificándonos; prefiero al error que hace sospechar el mal, el que hace creer en el bien, y expone á colocar indebidamente la estimación; pero es necesario que este error no se repita con frecuencia, porque degeneraría en costumbre, y te traeria graves inconvenientes.

Pocas cosas hay en sociedad que perjudiquen más sériamente al buen nombre de una persona, que el verla cambiar cada dia de amistades, alternando las rupturas con la adquisición de nuevas relaciones. Y nada hay por el contrario más respetable, que el pasar la existencia en compañía de las mismas personas.

Por eso te renuevo ahora, hija mia, la recomendación que te hice antes de casarte, y la reitero con mayor razón; no des tu afecto y tu

confianza sino á las personas que conozcas y estimes; á aquellas de cuyos buenos sentimientos, irrepreensibles costumbres, y carácter simpático, estés segura.

Estas reflexiones, que pueden llamarse generales, traen otras consigo que son particulares á tu nueva amiga: no la conozco más que por los detalles que tu carta contiene; según me dices, la conoces tú desde hace veinte días solamente: como yo tengo sobre tí el privilegio de la edad, veo las cosas bajo un aspecto diferente, y puedo decirte, Julia mía, que la amistad no se improvisa.

Te confieso que lo que me inspira más desconfianza, son los detalles que me das acerca de la vida interior de la señora de Q... — Casada hace cinco años, tiene dos hijas, y las dos crecen lejos de ella: la mayor vive en el campo y en casa de su abuela materna. La segunda, se halla en un pueblo inmediato y en poder de su nodriza, desde que nació, hace dos años. La señora de Q... va á ver á las pobres niñas... de tiempo en tiempo, mediante lo cual, su amor de madre se da por satisfecho!

Yo sé bien que hay necesidades penosas, y que una mujer que tiene que trabajar para vivir, se ve algunas veces obligada á separarse de sus hijos.

Pero esta no es la situación de la señora de Q...; cuya existencia desahogada y casi rica, no da lugar á hallar un pretexto para semejante proceder: la única cosa que puedo suponer es, que el partido que ha tomado es muy cómodo para ella, y para -el círculo que cada día se reúne en su casa. ¿Sabes cuál es el parecer acerca de esto del señor de Q... esposo de esta señora? ¿Sabes lo que dice acerca del alejamiento de sus dos hijas de la casa paternal? Acaso no dice nada, porque juzgando por lo que sucede, adivino en él un ser pasivo, de esos que son incapaces de hacer mal, pero igualmente incapaces de impedirlo.

Yo te aseguro, Julia, que entre todos los deberes que la mujer debe llenar aquí abajo, el más importante es el de la maternidad; pero Dios ha hecho también de su cumplimiento la dicha suprema, y uniendo á él las más santas alegrías que la mujer puede gustar, ha hecho fáciles todos los sacrificios de que se compone.

La que no puede ser una buena madre, no podrá ser tampoco una buena esposa y una buena amiga. Jóven, abandonará su tiempo á

los placeres de la vanidad, á los manejos de la coquetería. Y en el invierno de la vida, esta estará llena de los defectos que son la consecuencia y el castigo del olvido de sus primeros y más santos deberes: es decir, de la envidia, de la maledicencia, de la intolerancia para con todos.

FELICIA.

XII

¡Bien venida sea la pequeña María á este mundo! ¡Dios la dé toda la dicha compatible con la observancia de la virtud, y este es, Julia, el voto más amante que puedo hacer por tu hija! No siempre los acontecimientos se encargan de darnos el castigo ó el premio que merecen nuestras acciones: pero es indudable que lo llevamos en nuestro interior, y que la conciencia nos da la dulce tranquilidad del ánimo, ó el tormento que se encuentra en el recuerdo de haber obrado mal.

Ocúpate ya de la educación de María, aunque esta no cuenta más que un mes de vida: el sentimiento de lo *justo* y de lo *injusto* existe en los niños desde que nacen: son voluntariosos, y tienen caprichos á los .cuales debes guardarte muy bien de ceder, bajo la pena de enseñarles que sus gritos y sus exigencias tienen el poder de cambiar las resoluciones que hayas tomado: la debilidad de carácter, es el medio más seguro de eternizar las luchas, así con los niños como con las personas mayores, y las concesiones, tienen por resultado el multiplicar indefinidamente las exigencias.

Mas al elogiarte la firmeza, lo hago á condición de que siempre vaya acompañada de la justicia. No olvides, sí quieres ser infalible á los ojos de tu hija, que debe respetar tu voluntad, no solo por ser *tuya*, sino por ser justo en sus causas, y sensata en sus resultados: es preciso que no contraríes inútilmente á María, multiplicándolas prohibiciones y las recomendaciones; pero una vez que hayas

tomado una determinación, no te vuelvas nunca atrás de ella. La debilidad produce inevitablemente la importunidad y la desobediencia, porque los niños aprenden que sus instancias pueden arrancar un consentimiento que se les rehusaba, y de aquí concluyen que la negación era inútil, y que puede infringir las prohibiciones sin inconveniente.

Además, la debilidad y la violencia caminan siempre en compañía: he visto á muchos padres ceder á un movimiento de impaciencia causado por la obstinación de sus hijos y administrarles castigos corporales, que probaban á estos, no el derecho del más justo, sino el derecho del más fuerte. He tenido por vecina una joven señora, madre de dos niños, á los que queria mucho, pero á los que educaba muy mal, aunque se ocupaba sin cesar de ellos: una ternura nial entendida la hacia incapaz de soportar sus gritos y sus cóleras; y cuando la madre perdía la paciencia, llegaba algunas veces á golpearlos, con menoscabo de su dignidad y grave daño de las criaturas.

Los niños no se engañan: comprenden muy bien, que en lugar de inflingirles un justo castigo, se ejerce una venganza, y las *correcciones* de esta naturaleza, no los corrigen jamás.

Un dia trabajaba yo al lado de mi joven amiga: uno de sus hijos, de edad de dos años, vino á pedirme el ovillo del hilo: le contesté que no podia dárselo porque me hacia falta, é hic otro ovillo con el que se divirtió algunos momentos. Mas es muy difícil señalar un límite á los deseos, y esta virtud, tan rara en los hombres, no se puede exigir á los niños.

El de mi vecina se quiso apoderar de mis tijeras: yo le demostré que este instrumento podría ser peligroso para él, y se lo rehusé: el niño empezó á gritar: su madre, contrariada de ver interrumpida nuestra conversación, iba á darle las tijeras, pero yo logré impedirselo. Entonces el niño exasperado por una resistencia á la que no estaba acostumbrado, corrió á la habitación vecina, donde empezó á rugir, como si le matasen: detuve á su madre á mi lado, continué tranquilamente nuestra conversación: el niño continuaba dando gritos; pero hacia algunas pausas, y adelantaba de vez en cuando su cabecita rizada, á fin de asegurarse bien de que no se

corría á acariciarle: cuando se convenció de que gritaba en vano, calló y vino ó nuestro lado vergonzoso y tranquilo.

Cuando sus hijos se ponían intratables, mi vecina me enviaba á buscar: jamás di un capirotazo á sus niños, y sin embargo me obedecían y me amaban.

—¡No comprendo esto! me decía su madre suspirando: ¡hace V. todo lo que quiere! ¡debe V. darme su receta!

Esta receta, Julia mia, era muy simple: no contrariaba inútilmente á los niños; soportaba con paciencia sus pequeños caprichos, cuando no tenían serios inconvenientes; motivaba siempre mi negativa, demostrándoles con ternura que su propio interés me prohibí acceder á sus demandas, y en fin, no me dejaba jamás ablandar por sus ruegos, sus lágrimas y sus cóleras. Como es muy fatigoso el llorar y el gritar, los niños no se imponen gratuitamente esta fatiga, y cuando están bien seguros de que no ganan nada con encolerizarse, suprimen este procedimiento violento.

Mi *receta*—como decía mi vecina—es aplicable á todas las edades y á todas las situaciones; y las personas débiles, las que no pueden soportar las violencias de otros, y las eternizan queriendo evitar-las, debieran probar con ella.

Pruébala tú con Octavia también: ese carácter á la vez colérico y lijero, ese afán de homenajes, ese amor á la holganza de tu jóven hermana, necesitan un yugo suave y saludable á la vez; ya sé que á tu edad, tienes bastante con tus cuidados de esposa y de madre, sin tener que añadirles la pesada carga de preceptora de tu hermana: pero ¿quién puede tomar esta pena, faltando vuestra excelente y santa madre? No es tu padre el llamado á educar á esa niña, que aunque dotada de buen corazón, tiene un carácter fatigante y lleno de defectos.

Ten paciencia, pues, hija mia, y resígnate á esa doble responsabilidad que pesa sobre tí: emplea con tu hermana una dulce, pero firme dignidad, y sobre todo enséñale con el ejemplo: está siempre ocupada de alguna cosa útil, y si ella permanece ociosa, déjala que se avergüence de su actitud sin llenarla de reproches amargos, que quizá la harían perder todo resto de ese suave y dulce decoro, tan bello en las jóvenes.

Que solo salga contigo de casa: no la permitas numerosas amistades, sino solo el trato regular con las personas de tu confianza: de este modo conseguirás mucho más que con reflexiones fuertes, con incomodidades y con escenas violentas: no des parte á tu padre de las sinrazones de tu hermana, más que cuando estas lleguen ya á un punto insoportable, lo que me parece imposible que suceda, si observas la conducta firme, digna y dulce que te recomiendo.

FELICIA.-

XIII

Me pides, mi querida Julia, algunos consejos sobre la educación física de María, y voy á dártelos: mi experiencia acerca de esto, es completa, ya porque he educado á mis hijos y á los de mi hermana, y ya porque he tenido cuidado de tu propia salud, habiendo pasado á mi lado los primeros años de tu vida.

No es fácil discernir, si yo he dirigido bien la naturaleza, ó si esta ha sido bastante generosa y bastante, fuerte para suplir á mi insuficiencia; mas como quiera que sea, te enviaré en esta carta una relación de los cuidados que he prodigado á tu infancia y ala de mis hijos.

Te diré con respecto á la educación física, lo que te decia respecto á la educación moral de tu hija; y es, que los sistemas no pueden ser jamás enteramente aplicables, y que en lugar de forzar las disposiciones particulares, la organización y los gustos de cada niño á modelarse sobre ciertas ideas preconcebidas, vale más observarlos, y por el contrario, subordinar todos los sistemas posibles, á la naturaleza particular del niño que se educa.

Desde el dia de tu nacimiento, mi querida Julia, te acostumbré á tomar dos ó tres veces por dia, un poco de leche con agua; tenia yo una inquietud perpétua, imaginando que una enfermedad de tu

nodriza podía impedirle darte el pecho, y quería que no dependiese de ella sola tu alimentó cotidiano y único; por eso te acostumbré á esta otra nutrición desde muy pronto. Si María, como me dices, es robusta, debes hacerlo mismo: sino, espera á que se robustezca un poco, y sigue los consejos del médico, para acostumbrarla á poderse pasar sin el pecho de la nodriza. ¡Cuánto mejor hubiera sido que tú misma hubieras podido amamantarla! pero con los accidentes nerviosos que siguieron al nacimiento de tu hija, ha sido imposible, y no me toca á mí quejarme, sino consolar tu dolor.

Las abluciones de agua fría para los niños, tienen hoy muchos adeptos: sin embargo, yo no me determinaría á emplearlas; nada cuesta entibiar ligeramente el agua de manera que pierda la crudeza, y á mi parecer hay algún peligro para las tiernas criaturas con el agua enteramente fría: los niños hasta los seis meses, deben ser lavados por completo con una esponja grande y fina, y después de los seis meses, deben tomar un baño diario, secándolos bien en ambos casos, con una sábana fina.

La moda inglesa de hacer salir á los niños en toda las estaciones con las piernas desnudas, es origen también de muchas enfermedades: sostienen algunos que la costumbre triunfa en los niños del sufrimiento; mas ¿á qué viene la inútil barbarie de hacer padecer á esos pobres seres, indefensos contra la crueldad de sus madres? No dudo que los niños al cabo de un largo invierno, soporten el aire en las piernas, tan fácilmente como en el rostro; pero es quizá á costa de ser atacados de un reuma nervioso para toda su vida.

¿Para qué, por otra parte, hacerles adoptar una costumbre á la que habrán forzosamente de renunciar?

Tus hijos—ni aun los varones—están destinados á aumentar el cuerpo de los *Highlanders*, que sirven en la armada inglesa, y no hay necesidad de aguerrir sin vestir sus piernas.

Me parece que lo más prudente es conformar el traje de los niños á la temperatura. María podrá y deberá estar ligeramente vestida, cuando se halle en una habitación abrigada, ó bien cuando juegue sobre el césped del jardín, durante las tardes del verano: mas es preciso abrirla convenientemente, cuando salga los días fríos. Evita, sobre todo, el exceso opuesto á la moda inglesa, y no la

abrumes bajo el peso de las entretelas y de las lanas de los abrigos: deja en toda ocasión que el aire puro y sano llegue hasta ella: el exceso de precauciones da á los niños una constitución delicada y débil y les impide desarrollarse.

No adoptes jamás para tus hijos los trajes que compriman sus nervios: la libertad más absoluta es necesaria á su desenvolvimiento, y este es indispensable á su salud. Muchas madres del gran mundo creen que las exigencias de la moda son más respetables que el bienestar de sus hijos, y someten á estos á la tortura del corsé, á fin de que el traje luzca todos sus ornamentos: no las imites, mi querida Julia, y no comprimas el talle de María. He conocido una dama rusa que sujetaba á sus hijos á continuo martirio, deseosa de que fuesen tipos de elegancia y de distinción, y de que introdujesen las modas infantiles francesas en su país: esta señora perdió todos sus hijos, antes que renunciar á su sistema. Solo ha conservado uno, y este está baldado y anda con la ayuda de muletas; ni tan grande desgracia ha convencido á su madre de su error.

Quiero concluir esta carta, hija mia, con una recomendación importante, para evitarte un defecto muy común en las jóvenes madres, y tanto más frecuente, cuanto es más natural. Para estas madres, su hijo se convierte en un ídolo, al cual todo debe ser sacrificado. Guárdate bien de sacrificar Eugenio á su hija; evítale los pequeños enojos que esta le puede causar: y cuando tu marido entre en su casa, recuerda que él necesita también de todos tus cuidados, y de toda tu ternura; porque los maridos son niño grandes, que sufren si se les desatiende, en tanto que aman á su mujer.

En fin, sino manifestase, tan vivamente como tú, los sentimientos de *adoración* que sientes por tu hija, no le hagas de esto un crimen: la naturaleza ha puesto en el corazón del padre de la madre, un amor igual en poder, pero distinto en sus efectos: el mejor de los padres, seria una mala madre, ó á lo menos una madre inhábil. Dios ha hecho que tú sientas hácia tu hija esa ternura apasionada, á fin de hacer fáciles y hasta dulces los cuidados continuos, fatigosos y á veces repugnantes de que tienes que rodear á la delicada criatura, fruto de tus entrañas. Los atributos de un padre son del todo distintos; este interviene en la educación de sus hijos, cuando se

trata de formar su corazón y ilustrar su espíritu; pero mientras hay que velar únicamente por las necesidades físicas, el cuidado te pertenece solamente á tí, y no te encareceré demasiado, por mucho que lo haga, el cuidado de evitar á tu marido la vista y el conocimiento de los cuidados necesarios á vuestra pequeña María. Que Eugenia no se vea reemplazado en tu cariño, y antes al contrario, que se crea el primero en él, para que ame á s hija.

FELICIA.

XIV

No sabré espresarte, hija mia, cuál es mi alegría al verte tan felizmente dotada del talento de la vida, como te veo, no solo por tus cartas, llenas de espresion y de sinceridad, sino también por las de Eugenio, que me escribe poseido del sentimiento íntimo y profundo de su dicha.

«Gracias á la buena índole y al superio talento de Julia—me escribe tu marido— gracias también á los consejos de V yo no veo al derredor mio ninguna sombra negra: mi mujer ha hecho de nuestro hogar el más dulce asilo: mi hermana, mi madre, que no la miraba con mucha simpatía, porque siendo muy jóven y muy bonita, temian que les robase mi cariño, la adoran ahora. Y hacerse amar de Cecilia, no es cosa fácil por cierto: mi casa respira el orden, el arreglo más admirable: la alegría y la dicha habitan mi hogar como su casa propia: ya María cuenta un año, y Julia se halla á principios de otro embarazo, sin que su salud ni sus gracias seductoras se hayan alterado: y no hablo solo de sus gracias físicas; aunque sean estas de mucha valía, hay otras en ella que valen mucho más: estas gracias son, su suave y dulce prudencia; su alegre conformidad, con todos los pequeños trabajos de la vida; su amor tierno, deferente, lleno de consideraciones para mí; su cariño é infatigables cuidados

para su hija; su bondadosa afabilidad para todos; y en fin el acerta gobierno con que dirige el timón doméstico.»

»Pero la más admirable de sus obras es el haber cambiado el carácter de su hermana. Octavia es ya otra, bajo la dulce influencia del trato de Julia: esta no ha empleado para corregirla de su coquetería, de su ociosidad, de su insolencia, otro medio que el del ejemplo; pero este ejemplo constante y silencioso, ha llenado de rubor á la indómita niña: los castigos la hubieran irritado: aún su holganza y su aversión al trabajo subsisten, pero Julia triunfará también de estos arraigados defectos.»

»Soy feliz, pues, mi querida señora, y estas solas palabras son las primeras que me ocurren al contestar á su amable carta últimamente recibida: sí, soy feliz, y lo seré más cada día. Dios bendice la casa, donde entra un ángel como Julia, y mi trabajo crece dando cada día mayores utilidades.»

»Soy, señora, uno de los hombres más dichosos de la tierra : una buena y amable compañera, una hija á la que adoro y que promete retratar las perfecciones de su madre, una familia unida y estimable, el trabajo honroso y bien retribuido, creo que es todo lo que se puede pedir al cielo, y esto me lo há dado con la plenitud de su inmensa bondad.»

Sé que al copiarte este párrafo hago una pequeña traición á la confianza de Eugenio; pero al mismo tiempo sé, que en su lectura está tu mejor recompensa, y no tengo el valor de rehusártela.

Sigue, hija mia, por esa senda con pié seguro y firme: es la sola que lleva á la felicidad: que tu marido te halle siempre ocupada de él, y que halle á sus hijos bien cuidados, aseadamente vestidos, sin que se aperciban jamás de las ruedas que hacen funcionar la máquina de su dicha, y los esfuerzos indispensables á la conciliación de estos distintos deberes.

Ya sé que la tarea es difícil y multiplicada. Mas solamente llenándolas, disfrutarás de los bienes de la vida, y de la satisfacción de tí misma.

Ya ves como tenia yo razón al asegurar que una mujer, una madre, no puede conocer el hastío y el fastidio. Todas tus horas, todos tus momentos estarán ocupados; y es solamente en esas condiciones, cree á mi vieja esperiencia, como una mujer puede

estar al abrigo de los peligros de toda especie, contenidos en la ociosidad, que es la madre de todos los vicios y de todas las desgracias. á

Tu padre está tan contento con la mudanza del carácter de Octavia, que me parece rejuvenecido de veinte años, según el estilo de su carta: ya sé que todos los días vais Eugenio y tú á saludar á ese padre cariñoso, y que tu marido le ha dedicado un afecto y una consideración completamente filiales. Vuestros hijos os lo pagarán, y vosotros debeis estar satisfechos en el fondo del alma, al recordar este precepto y esta promesa de la escritura:

Ama á tu,-padre y á tu madre, para qu tengas larga vida sobre la tierra.

Habla tu padre de llevar á Octavia á pequeño viaje para recompensarla de su enmienda; porque para ese tierno padre cualquiera esfuerzo de sus hijos es una heroicidad. Fernando, tu hermano menor, corresponde bien á sus desvelos y le paga con ternura y en aplicación todo su cariñoso interés: tú eres el orgullo de su vejez y tu pequeña María la alegría de su alma: solo Octavia es la que le ha dado disgustos con su carácter especial y poco dócil; sin embargo, tú has conseguido un gran triunfo: inspirar á esa niña el amor al decoro, la reserva y la dignidad tan necesarias á su edad, no ha sido pequeña victoria; pero aún te queda el mayor enemigo que vencer; el de la ociosidad: para combatirla voy á darte un remedio eficaz.

Haciendo tú tus propios vestidos, no es regular que des los de Octavia á la modista; pero es probable que los hagas tú misma; deja de hacerlos si es así: dale á tu hermana la tela, los patrones, y las instrucciones necesarias, y que corte y cosa sus vestidos ó que esté sin ellos: te aseguro que si tiene que ponerse uno usado, en vez de otro nuevo y de moda, perderá su afición á la holganza, y antes de estarse en casa, ó salir mal vestida, cortará y coserá sus trajes.

Es cosa dura el que las personas tengan defectos opuestos como sucede con Octavia: la coquetería y la pereza no suelen ir en buena compañía, porque se incomodan la una á la otra: cuando están juntas es necesario combatirlas separadamente, y á la vez, ponerlas al servicio la una de la otra: puesto que Octavia es naturalmente elegante, hazle ver que el seguia siéndolo depende de ella, y que tú

no puedes ni quieres poner tu aguja y tu tiempo á las órdenes de sus caprichos, teniendo demasiado que hacer con el cuidado del equipo de tu esposo, de tu hija y tuyo. Es seguro que más ó menos pronto, Octavia hará sus vestidos y sé aficionará al trabajo: y entonces no será estraño que te ayude, hallando en ella un auxiliar activo é inestimable, por su buen gusto y actividad, que será entonces tan grande, como ahora lo es su negligencia.

FELICIA.

XV

Dedicaré también esta carta á los cuidados físicos que los niños necesitan; el modo de atenderles en las caidas, es muy esencial para precaverles de accidentes funestos en lo sucesivo.

Una de las razones por las cuales no puede una madre prudente dejar sus hijos al cuidado de los criados, es el temor de los accidentes graves que pueden resultar de una caida ó de un golpe que no se haya cuidado al instante de recibirlo, y cuidado con inteligencia.

Una niñera deja caer una criatura, sea por torpeza, sea por descuido, sea por travesura del mismo niño, ó bien le vé caer ante sus ojos, ó darse un golpe jugando, y es casi seguro que calla este accidente á la madre, á menos que una señal visible no la obligue á hablar, pues teme que la riñan ó la despidan por su falta de cuidado.

De aquí resulta una multitud de enfermedades que parecen caer de repente sobre las pobres criaturas, y cuya explosión seria muy fácil precaver atacando el mal en su nacimiento.

Muchas veces una fiebre cerebral arrebatá á un niño en pocas horas, y el origen de esta muerte cruel, es un golpe recibido en la cabeza; otra vez se advierte repentinamente que se le ha torcido el talle á una niña, que su espina dorsal se ha encorvado, que los hombros se han desencajado, y estos desarreglos espantosos

tienen por origen una caída sobre las caderas, que no se ha curado al instante mismo, cuando el mal podía repararse fácilmente con la ayuda de algunas precauciones.

Lo mismo sucede con los pobres niños que cojean, pues la causa de esta deformidad son las caídas sobre las rodillas, ó los golpes en las mismas, que no se han atendido prontamente.

Hay que vigilar á los niños con un cuidado constante, y en caso de accidente, atenderles de modo que se corten las consecuencias del mal, para lo que siempre debe haber en la casa tintura de árnica, harina de mostaza y aguardiente alcanforado.

En caso de golpe ó caída sobre la cabeza, si el lugar herido no sangra—lo que es frecuentemente mucho más peligroso que una herida—se hace beber inmediatamente al niño un vaso de agua azucarada, con unas gotas de tintura de árnica, que podrán ser en número de ocho á diez más ó menos, según la edad ó la robustez del niño.

Se pone seguidamente una cucharadita grande de tintura de árnica en un vaso de agua fresca, y en ella se empapa una compresa de tela de hilo y se aplica sobre la parte herida. Si la digestión de la última comida del niño está bastante adelantada, se le dan unos baños de piés con un poco de mostaza y si no se le acuesta, arrojándole moderadamente, sobre todo los piés, que se procurará tenga con un calor igual y dulce, poniéndole, si es invierno, una botella llena de agua caliente junto á ellos.

Si la caída ha sido de espaldas ó de lado sobre alguna de las dos caderas, es de toda necesidad desnudar al niño y darle fricciones con aguardiente alcanforado, acostándole al instante, y teniéndole con tanta quietud como sea posible, durante veinticuatro horas.

Si no tiene dolores, se le puede dejar libre al cabo de este tiempo; pero si se queja ó llora, e indispensable que permanezca acostado, en tanto que se envía á buscar á un médico especialista en esa clase de dolencias, y renovar las fricciones hasta que llegue el facultativo: el niño deberá estar, no solo acostado, sino estendido en el lecho, sin permitirle que se siente ni aun para tomar alimento, el que deberá ser muy ligero, ó mejor dicho, deberá guardar dieta absoluta, pues nada hay más peligroso que ocupar el estómago de una criatura, cuando tiene atacado ó en peligro el cerebro.

Estas reglas están tomadas de un excelente tratado de medicina del doctor Corvisart, el médico por excelencia de los niños.

Este hombre eminente encarga también, que en los niños se cuide por lo menos tanto de la parte moral como de la física; que se les enseñe á ser razonables en sus afecciones, moderados en sus sentimientos y valerosos cuando se ven contrariados. «La resignación, añade, es el mejor sosten de la salud en todas las ocasiones de la vida, y debe enseñarse á los niños desde muy temprano: generalmente los centenarios son personas virtuosas ó profundamente egoistas, y en todo caso, poco dominadas por las pasiones, las que matan más pronto y más seguramente que las enfermedades; es, pues, preciso, que hagais á vuestros hijos dueños de su imaginación, si queréis que tengan larga vida.»

Una existencia arreglada, según la misma respetable autoridad, es muy necesaria á los niños: el método y la sobriedad en las comidas, les dan firmeza de estómago; las madres deben estudiar la constitución de sus hijos y observar qué alimentos les son provechosos ó nocivos, conformando su régimen á este conocimiento.

Desde que una criatura puede comer debe acostumbrársela á una cantidad de alimento razonable, y que no sea demasiado corta ni excesiva: las niñas no pueden usar trajes demasiado escotados, ni llevar descubierto el antebrazo, porque la impresión del frío en este sitio, en el pecho y en el estómago de las criaturas muy tiernas, puede ser mortal en el invierno, y lo mismo en la primavera y durante el otoño, época en que el aire es sutil y ya frío. No se debe oprimir á las niñas con el corsé ó los vestidos: esto perjudica á todas las funciones importantes, como la digestión, la respiración, etc... y les quita además toda su gracia nativa; pero tampoco debe dejárseles desabrigado el estómago, cosa que les seria en extremo perjudicial: para los niños de ambos sexos de uno á cuatro años hay formas de corsés muy cómodas, muy holgadas y muy higiénicas, que dejan al cuerpo de los niños la más completa comodidad, y la más adorable esbeltez.

Deja á los niños un poco de reposo después de cada comida; el ejercicio es una cosa excelente, pero haciéndolo con prudencia: nunca debe llegar hasta la fatiga, ni puede tomarse durante el

tiempo de la digestión: es un error creer que el andar después de comer es sano á la salud: el instinto enseña á los animales á acostarse después de cada comida, y no seria malo que tomásemos la lección que nos dan.

Acostumbrando á los niños á acostarse temprano madrugan, lo que es muy sano para ellos: el fresco de la mañana les reanima y comunica vigor á sus tiernos organismos: son como flores, que necesitan aire puro, brisas y aromas: un baño frió en verano y templado desde el otoño, les conserva en perfecto estado de frescura y de salud, y de esto nos ofrecen un ejemplo incontestable los niños ingleses, tan robustos, sonrosados y hermosos, y que se bañan todas las mañanas al salir del lecho.

La suavidad de carácter influye más de lo que se cree en la salud de los niños; porque las criaturas sujetas á cóleras y á raptos de -ira, se hacen biliosas desde muy temprano, y tienen los nervios destemplados é irritables: para suavizar el carácter de un niño, debe tratársele constantemente de un modo afectuoso, pero sin demostrar con él debilidad de carácter: que sepa amar el bien y huir del mal; que sepa que lo malo le está prohibido constantemente y sin apelación, y que el ser bueno le hará amable y amado de todos.

Tales son, hija mia, los cuidados que debes emplear con María y Luis: ya sé que á este le cria la mujer de Francisco, el antiguo pastor, hoy convertido en labrador casi rico, casado con una hermosa jóven, y el hombre más honrado y más alegre de esas campiñas.

FELICIA.

XVI

Algún tiempo he estado sin escribirte, mi querida Julia, ocupada con la educación de mis dos sobrinas, y últimamente con la enfermedad de la mayor, muy grave, y que la ha dejado en un

estado de debilidad extraordinaria: la pobre niña necesita de mis cuidados continuos y de una atención constante, y así me perdonarás el que te escriba con ménos frecuencia que antes; pues no por eso te quiero ménos ni me intereso ménos por tí.

Siempre serás, mi querida Julia, uno de los seres más amados de mí corazón: felizmente, ya veo tu porvenir asegurado, porque el porvenir tiene también su base firme ó insegura, según se han puesto bien ó no sus cimientos.

Esposa feliz y estimada, madre de dos hermosos hijos, tranquila acerca de la suerte de tu padre, cuya ancianidad es dichosa, viendo muy cercano un venturoso enlace para tu hermana; tu suerte, hija mia, puede ser envidiada por las más dichosas; y como te digo, tu porvenir está asegurado por lo que hace á la paz y al bienestar de tu familia.

¡Cuánto deseo poder ir á haceros una visita y reposar mis ojos en el espectáculo de vuestra dicha! Mas hasta ahora, ha sido imposible para mí el cumplir este deseo: amenguados mis bienes de fortuna hasta la medianía, no me es posible dejar mi casa á manos ajenas, y además estoy sujeta por el sagrado deber del cuidado de mis dos huerfanitas: siempre recuerdo una décima, que si no es de gran mérito literario, lo tiene grande en cuanto al pensamiento moral, y que debiéramos saber de memoria y recordar todas las mujeres: la escribo aquí para que la aprendas.

Si sufres adversa suerte
sea con resignación,
que es más ilustre blasón
ser sufrido que ser fuerte.
Tal vez en bien se convierte
la mayor adversidad:
que en la ciega oscuridad
de que ceñidos estamos,
lo que por mal reputamos
es nuestra felicidad.

Con efecto, hija mía, la resignación que estos versos, se recomienda, es uno de los mayores bienes de la vida; porque sabiéndose conformar con su suerte, se evitan al alma muchas

amarguras: esta idea— *Dios lo quiere*—es tan benéfica, tan dulce, que no debemos alejarla nunca de nosotros.

Según veo por vuestras cartas, todos están locos de alegría con tu hijo, con tu hermoso Luis, que ha criado fresco y robusto la esposa de tu protegido Francisco: ten cuidado, mi querida Julia, ten cuidado que el dardo de la envidia no penetre en el alma de María: ¡ten cuidado de que no tome aversión á su hermano, y de que su tierno corazón no sufra la más cruel de todas las torturas!...

«He visto—dice San Agustín—he visto á niño de dos años, moribundo de envidia, enviar miradas de odio á un hermano suyo que su madre amamantaba al lado de su cuna, y mi corazón se ha estremecido!»

El mio se estremece también como el del santo, al pensar en que por falta de cuidado y de premeditación, tu pobre hija puede sufrir todos los tormentos de una envidia cruel.

En tí confío, mi querida Julia: tú tienes bastante talento, y sobre todo, bastante corazón, para evitar esto, y para compadecerte de esa inocente niña, á la que mataría la idea de que habría perdido el cariño de sus padres ó que daban á su hermano la parte mejor: y si esta idea no alteraba su salud, alteraría, al menos, su bondad y los buenos sentimientos de su alma, y le haría concebir una aversión hácia su hermano, que con el tiempo produciría efectos muy fatales: no puedes imaginar, mi amada Julia, cuánta parte tienen las preferencias de la niñez en esos dramas, que algunas veces se desarrollan en el seno de las familias: el odio existe oculto desde los primeros años de la vida, crece como el fuego entre la ceniza, y llega un dia en que estalla furioso, envenenado, sin dique alguno, y se lleva la paz, el sosiego y el honor de muchas personas. He oido contar el terrible caso de dos hermanos, de los cuales el menor había sido siempre preferido al otro por sus padres: el desdeñado alimentaba por el favorecido un odio profundo que creció con él; casado el menor, supo hacerse amar por su esposa, á la que sedujo é hizo abandonar su marido y sus hijos; el esposo ultrajado, la mató de un pistoletazo, y no queriendo manchar sus manos en la sangre del seductor que era la suya, acaso comprendiendo los tormentos de toda la vida de aquel hermano, se suicidó con la misma pistola con que habia hecho justicia en su mujer: esta lúgubre historia, la

contaba mi buen padre, que siempre tuvo el más esquisito cuidado en tratarnos con la igualdad más perfecta, y con la misma ternura á todos sus hijos.

Procura que no haya entre los tuyos ninguna preferencia: que en el alimento, en el vestido, en los cuidados—y sobre todo en las caricias— sean perfectamente iguales: enseña desde temprano á María, que debe proteger á su hermano, por ser más pequeño; y á Luis, que las niñas merecen atenciones de parte de sus hermanos varones : elogia á cada uno separadamente y nunca al uno en presencia del otro, á no ser que los elogies á la vez: repíteles que el amor entre hermanos, es el lazo más dulce de la vida: que los hermanos son los mejores amigos que nos han dado Dios y la naturaleza, y los primeros y más fieles que podemos hallar en la existencia: cómprales de todo doble, de todo para los dos: y cuando, por ejemplo, el uno necesite sombrero y el otro no, compensa al que no se lo compres con otro objeto que él desee, para que vea no hay en tí ni la intención más pequeña de hacer diferencias, y que los amas con igual ternura á los dos,

La primera necesidad de una madre, es convencer á sus hijos de que los ama, no sólo con pasión, sino con una pasión igual para todos; porque el cariño maternal, es un destello del cielo en la tierra, y todos los niños en quienes se refleja son buenos, dulces y generosos.

En mi próxima carta, te hablaré de algunos puntos graves, acerca de la educación de tus hijos.

FELICIA.

XVII

En la época azarosa en que nos ha tocado nacer, nada hay estable ni seguro; lo que parece tener más firme base es lo que se viene al suelo más pronta é impensadamente, y nadie está seguro

de poseer, mañana lo que hoy cree sér de su exclusivo dominio y propiedad, aunque lo sea en efecto.

Ya no está asegurada la fortuna de los hijos con enseñar á los varones á administrar bien, y á las hijas á gastar con moderación y economía; no: ni la economía es posible hoy más que hasta cierto punto, ni la buena administración preserva á los más crecidos caudales de los vaivenes de la fortuna.

No se puede confiar ni en las especulaciones, ni en las combinaciones, algunas veces, ni aun en la buena fé de los que han de ayudarnos en asuntos de interés que les es común.

¿Cuál es el único preservativo de la desgracia, en este agitado siglo en que vivimos?

Las naciones más civilizadas que la nuestra lo han comprendido bien. Alemania, que se halla á la cabeza del progreso intelectual, dá á sus hijos una instrucción sólida, y educa á sus hijas de modo que se hallen siempre al abrigo de la miseria, ya que no de la pobreza.

Porque *pobreza, j miseria* no son sinónimos á mi parecer: pobre es el que carece de riquezas, el que no puede gastar en superfluidades caras: mísero es el que carece de lo absolutamente necesario, el que padece amargas privaciones que abrevian la vida por la angustia de todos los momentos, por la dependencia absoluta de la caridad agena, ó el peligro de morir.

La pobreza es soportable, es algunas veces feliz, es muchas veces hasta bella y apacible; pero la miseria... ¡oh! la miseria, ¡es horrible, degradante, mortal!

Tristes, muy tristes pensamientos acuden á la mente cuando se reflexiona en la suerte de la mujer en nuestra época; época que por ser muy ambiciosa, es también muy egoísta. Y es para los padres, ó á lo menos debe serlo, cuestión trascendental el mejorar la suerte de esos seres tan amados de su corazón, de esas criaturas por las que darían su existencia y que pueden quedar desvalidas y expuestas á la más horrible miseria; porque como dije al empezar este artículo, hoy nada hay estable; todo vacila y todo se derrumba con la más grande facilidad.

Ya el camino de la ciencia se vá abriendo para él sexo débil en algunas naciones' vecinas y amigas de la nuestra: ya las señoras están asistidas en sus dolencias por otras señoras, y tras el

mostrador de caoba de las oficinas de farmacia se sientan lindas jóvenes, cuya vista calma algún tanto la pena del que vá en busca de un medicamento para una persona á quien ama y que padece: ya (y esto desde hace algunos años) miden en París y en Londres los encajes y el raso manos delicadas y femeninas; ya, en fin, en todo aquello en que la gracia, la bondad y la dulzura son estimadas, halla un sitio la mujer, que lo desempeña con más paciencia y más atractivos que el hombre, hecho no para contentar voluntades, sino para allanar obstáculos y superar dificultades.

Pero en España aun no estamos en ese caso: la ciencia no ha abierto todavía sus puertas á la mujer, y aun la industria cuenta poco con ella, y rara vez llega en su ayuda.

Y sin embargo, la que te escribe, Julia, piensa que se pueden abrir para la mujer en nuestro país, si no anchos caminos, á lo menos alguna senda por donde camine con tranquilidad ayudada del trabajo; por una senda donde no halle la opulencia, pero sí un bienestar relativo, una decente medianía, ó á lo menos, una honrada pobreza.

Cuáles son estas sendas humildes, quizá ¹ escabrosas, pero exentas de precipicios?

No se educa, y mucho menos se instruye á una niña, enseñándole á dibujar un paisaje, á bordar en blanco una flor, ó en colores un almohadón de tapicería, á tocar en el piano dos ó tres piezas de *efecto*, y á hablar muy mal el francés.

Nada de esto sirve á una joven, ni para ganar su vida el dia que le falte el amparo de sus padres, ni para economizar á sus hijos, el dia que los tenga, algún maestro ó profesora.

Hacer á la mujer á la vez que muy agradable, útil, irremplazable para alguna cosa, hé aquí lo necesario, lo indispensable, para mejorar el destino de nuestro sexo.

Para conseguir lo primero, es decir, que sea agradable y simpática, se necesita *educarla* esto es, se necesita darle las gracias exteriores.

Para conseguir que sea *útil* es preciso instruirla con perfección en uno de los ramos del saber humano, y muy preferentemente en lo que se relacione con las manifestaciones del arte, que es lo que

está más acorde con la imaginación apasionada de la mujer española.

Se debe enseñar á las jóvenes alguna cosa, con tanta solidez y perfección, que puedan ellas enseñarlas á su vez á las demás; porque la música, la pintura, los idiomas, son manifestaciones de la instrucción de la mujer, que puede transmitir con utilidad propia y ajena á las otras mujeres, y á los niños de ambos sexos, que necesitan flexibilidad y dulzura de carácter en sus profesores, á los niños, á los que *se corrije riendo*, según dijo el más suave y tierno de los poetas latinos.

La historia, la geografía, la mitología, la religión, la moral, la gramática, y sobre todo el buen gusto, la elegancia de maneras, la distinción de lenguaje, son cosas también que una mujer distinguida puede enseñar y aún transmitir de la manera más completa y más sólida.

La desigualdad intelectual que hoy existe entre el hombre y la mujer, es la causa de que el lazo conyugal pese algunas veces, y se rompa no pocas, y esto es tan sabido, que de ello se habla ya, aún entre las personas menos instruidas; pero á mi modo de ver, no es solo la falta de cultura de nuestro sexo la que tiene la culpa del relajamiento de los lazos de la familia: la tiene también el descuido de la educación moral de la mujer, que se hace odiosa muchas veces, ya con sus exigencias del lujo, ya con su carácter irascible, ya con el descuido de su persona, ya con el olvido de todas las habilidades que la hacian agradable cuando era soltera.

Todos estos escollos en que tropieza la dicha conyugal, en que quizá se pierde para siempre -la felicidad de la familia, puede enseñar á evitarlos á las otras mujeres una mujer; y si una mujer hiciese aprender el medio de ser dichoso á su sexo, merecería tantas palmas y laureles—por lo ménos—como un conquistador, ó como un sabio.

Procura, pues, Julia, que tus hijas aprendan *para enseñar* alguna cosa que sea útil y buena; que sean profesoras de música, de pintura, de idiomas extranjeros, prefiriendo para este fin aquello á que tengan más afición, ó que puedan ser institutrices para formar el corazón y el entendimiento de sus educandas.

Como base principal de su porvenir, hazlas que sean agradables, dulces, amables, condescendientes, porque la infancia y la adolescencia aman lo bello con preferencia á todo, y todos los niños aprenden mejor con una profesora amable y elegante, que con otra que sea descuidada en su atavío, intolerante y dura.

El trabajo no lleva quizás á la riqueza, pero aleja siempre á la indigencia; el santo, el noble trabajo, no dá el esplendor, pero sí deja á la mujer en la libertad de una honrada medianía.

FELICIA.

XVIII

Por fin, cediendo á tus instancias y á las de tu marido, voy á fijarme cerca de vosotros por una temporada. Sofía acaba de casarse, y la dejo en la mejor de las compañías, como es la de un buen esposo. Carolina irá conmigo, y seguramente te hará ver hasta dónde puede ser encantadora la adolescencia de una niña. Sofía y Carolina me pagan con usura todos mis cuidados y desvelos. Á pesar de tu impaciencia—y no es menor la mia,— aún tendré que tardar en ir á tu lado: una de mis amigas vá á vivir á mi casa, y debo, por consideración y por deber, dejar todos mis asuntos arreglados; así, antes de mes y medio me es imposible abrazarte, Julia mia, por grande que sea mi deseo.

Hablemos entre tanto, que para el alma no hay distancias; hablemos con la pluma hasta que podamos hacerlo de viva voz, sentadas la una al lado de la otra, con tu mano en la mia, y mirando el tranquilo sueño de tus hijos.

¡Eres feliz! ¡Hé aquí la gran verdad que se desprende de tu última carta! ¡hé aquí la certidumbre que llena de alegría mi corazón!

Y lo eres, porque lejos de sacrificar al egoismo los goces del corazón que algunas veces vienen acompañados de penas, has

rechazado siempre aquel odioso sentimiento, el más estéril de todos, el que más daño nos hace.

Los egoístas tienen siempre el castigo más terrible: ellos se aman mucho, es verdad; pero en cambio nadie les ama, y viven solos en medio del gran comercio humano..

Tu marido te adora, porque lejos de oponerte á sus gustos los previenes y los antepones á los tuyos: tu padre te idolatra porque no hay cuidado, no hay prueba de amor, no hay tierna demostración, que tú no dediques á su vejez; tus hermanos te profesan la más tierna amistad, y tus hijos parecen hallarse mecidos en la más completa dicha, embargados por la más grande alegría solo con tu vista, solo con oír el eco dulce y amado de tu voz.

Este es, hija mia, el premio de la mujer buena: la dicha de todos los suyos refleja en ella, y la hace feliz.

Aún tienes que imponerte hoy un pequeño sacrificio: el arreglo de tu vida, tus deberes de madre, te inclinan á la tranquilidad y al retiro; pero tu esposo desea algunas gentes al derredor suyo.—Como siempre, cede, m amada Julia, pues que Eugenio lo desea; procura, no *tener un salón*, sino reunir al derredor vuestro algunas personas cuya compañía le sea agradable. Esta empresa ofrece algunas dificultades, pero menos en una capital de provincia donde habitas, que te ofrecerla en Madrid ó en París: en estas grandes capitales solo la perseverancia puede triunfar de algunos obstáculos; y quizá en esa población, á pesar de que no habrá muchas casas donde reciban, quizá te cueste también algún trabajo; mas todo lo debes á la dulce obligación de complacer á tu marido.

Es preciso que las personas que compongan vuestro círculo tengan tiempo de conocerse y estimarse, de *acomodarse* los unos á los otros, y el tiempo será vuestro principal aliado para llegar á la conquista ele este fin: el tiempo funda la costumbre, y opera la fusión de los espíritus y de los caracteres; él formará, anillo por anillo, esa cadena que se ambiciona con razón, y que se llama una compañía asidua.

Contentaos con un solo dia por semana, que señalareis para esas reuniones: mayor frecuencia seria muy onerosa para vuestras ocupaciones, á menos no obstante de consagrarte toda entera al terrible trabajo de tener *un salón*; este trabajo no está acorde ni con

tu edad ni con tus deberes, porque exige la autoridad de una mujer anciana y la independencia absoluta, consecuencia muy triste de la dispensa de todo deber y de todo lazo -de familia.

Como principio general de la dicha, hija mia, observa estos dos preceptos: Severidad para tí; benevolencia para los otros. No mires nunca á lo que los otros deben hacer por tí, sino á lo que tú debes hacer por los otros; de esta suerte serás amable y amada.

No creas que para conquistar la dicha basta siempre, con ser buena, no: verás personas, al parecer muy malas, que son dichosas, á lo menos todo lo hace suponer así: esto consiste en que la ciencia de la vida tiene muchos aspectos, y que los detalles y las buenas formas nos conquistan más simpatías que el fondo, por más que sea este excelente.

No te pongas jamás en frente de idea ni de persona alguna, porque si es imprudente chocar con las ideas, lo sería mucho más chocar con las personas: cuando tengas que hacer oposición—y alguna vez es necesario en la vida—que sea con la fuerza de inercia, y no la fuerza ciega y brutal la que te haga resistir.

Ya lo sabes por experiencia: la felicidad de la mujer existe solo en el fondo de su alma, en la satisfacción de su conciencia, en el amor de los suyos. Y no le basta ser buena: es preciso también que sea agradable á su familia, á sus amigos, á la sociedad en general.

Sea hija, esposa ó madre, su destino y, su misión en la tierra es siempre sufrir y resignarse. Necesita oponer á los defectos de su marido el contraste de sus buenas cualidades y conservar su amor por medio de la gratitud y del amor que la profese.

Hay un mal horrible en el matrimonio; mal que yo no he padecido y del que pido al cielo te libre siempre: este mal es el de ver á su marido, no solo cansado de su esposa, sino también de sus hijos y de su casa; es decir, de todo aquello que debía amar.

Todos los esfuerzos de una mujer deben dirigirse á precaver este mal, y solo se precave haciendo al hombre agradable su casa y su familia.

Los esposos que se cansan no son dichosos, y sí se extravían por cansados, culpan amargamente á su mujer de no haber sabido retenerlos.

Influye también mucho en el aprecio de un hombre para su mujer, el que la opinión general le sea favorable. Tú, Julia, sobresales por una hermosura encantadora, y el amor propio de tu marido se halla ya bastante halagado: halaga también como hasta aquí su corazón, y emplea tu talento en conservar en él un sitio que será para tí el refugio más seguro en todas las borrascas de la vida, él delicioso asilo donde descanses de todas las penas.

FELICIA.

FIN DEL LIBRO

**¡GRACIAS POR LEER ESTE LIBRO DE
[WWW.ELEJANDRIA.COM!](http://WWW.ELEJANDRIA.COM)**

**DESCUBRE NUESTRA COLECCIÓN DE OBRAS DE
DOMINIO PÚBLICO EN CASTELLANO EN NUESTRA
WEB**

(1) La ilustre escritora á que nos referimos ha muerto después de escritas estas páginas. (Nota de la autora.)

(1) Carta á la señora presidenta Brulart, inserta en el tomo, y una de las más dulces y tiernas de este Santo.